



SALVAJE

MIGUEL A FUENTES

SALVAJE

Una novela de
Miguel Ángel Fuentes

EL AUTOR

Miguel A Fuentes es un escritor novel que inicia su carrera en el mundo de la escritura con este relato de fantasía oscura y aventuras. Creció en un pequeño pueblo de Valencia, España, donde ya siendo un niño, exploraba los reinos del mundo de la fantasía. Tales incursiones, llegaron a depararle serios problemas a lo largo de su trayectoria estudiantil. Hoy, llega a nosotros con un relato en el que narra las aventuras en las que se sumergía, durante los años más duros de su vida.

Nota del autor:

En aquellas historias descubrí criaturas fantásticas sedientas de sangre y repletas de odio hacia aquellos a quienes debía considerar héroes. Pero por aquellos tiempos empaticé con las criaturas a las que, por naturaleza, debí haber odiado. Para



© Miguel Ángel Fuentes Erenas, 2017

Primera edición: agosto 2017

Todos los derechos reservados a nombre del escritor de esta obra literaria.

Queda prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y/o transformación de esta obra sin contar con la autorización firmada y por escrito de su autor. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de un delito contra la propiedad intelectual.

Escrito por Miguel Ángel Fuentes Erenas

*A mi esposa Gema,
por tenderme su mano.
Por mostrarme el camino.*

Prólogo

Hacía mucho tiempo que el mundo había sido conquistado por los hombres, en su incesante búsqueda de tierras fértiles y riqueza. Pero aquellas altas cumbres, lugar donde aparecieron los primeros humanos, siempre se mantuvieron alejadas de cualquier intento de dominio.

Son muchas las aldeas que habitan las tierras nevadas al pie de las montañas que mantienen oculto el valle. Sus habitantes, los hombres salvajes, llevan tanto aislados del mundo que todavía hoy conservan el fiero aspecto de sus ancestros. Viven de la providencia de la tierra o del mar, y visten burdas pieles que obtienen por medio de la caza. Recelan de quienes se adentran en sus tierras y reniegan de cualquiera que no hubiera nacido en el seno de la blanca y fría nieve.

Cuando los vientos de la montaña rugen y arrastran consigo el aullido de los grandes lobos, la caza se vuelve imposible y los salvajes no tienen más remedio que cambiar sus arcos por afiladas hachas para viajar allí a donde les lleven las nuevas nieves que extienden sus dominios. No es extraño ver a los reinos de sus vecinos prepararse para el embiste de los temibles salvajes con la llegada de las nuevas nieves. Algunos de ellos, hastiados de la eterna lucha que tanto gusta a los salvajes, abandonan sus villas y los diezman dejando en el linde de sus tierras enormes carros provistos de alimentos, animales, telas y todo cuanto han sido capaces de cosechar por evitar que se adentren en sus tierras.

Tal vez esa fuera la razón por la que el valle siempre se mantuvo en secreto alejado de la codicia del resto de los hombres que viven en las ciudades con sus altas murallas, que miran con ojos desinteresados los fríos baldíos de los salvajes. A pesar de su ferocidad, siempre ha habido algo que los salvajes han temido por encima de la propia muerte.

En lo más profundo de sus dominios, donde las altas tierras se quiebran y se hunden en el infinito océano, existe una gruta que atraviesa las altas montañas hundiéndose en la profundidad de la tierra hasta lo desconocido. Su sola mención es capaz de amedrentar al más bravo de los guerreros. No hay antorcha que ilumine más allá de las grandes estatuas de piedra que custodian la entrada. Como si una oscura y tenebrosa sombra acechase a quienes tratan

de adentrarse entre sus tinieblas. Es el camino de las almas de aquellos que no merecen cruzar al otro lado del puente de la vida. El camino para los condenados a ser devorados por la montaña para morar en su vientre, entre sombras y llamas, por el resto de la eternidad. Pero si toda senda termina en algún lugar, ¿a dónde conduce la misteriosa gruta? ¿Qué secretos aguardan tras la montaña?

Solo en una ocasión hace mucho tiempo vieron a un extraño salir de los avernos de la gruta. Alguien tan maldito que ni hombres ni bestias se atrevieron a interponerse en su camino. Atravesó las nieves y desapareció para siempre, dejando atrás una senda de leyendas e increíbles historias de aquel a quien los salvajes bautizaron con el nombre de Obborg, el que camina entre los muertos.

Prefacio

La primera vez que le vi lloraba desconsolado en los brazos de su madre. Un recién nacido cuyo llanto auspiciaba mi llegada y clamaba a las bestias que yo amedrentaba con mi presencia. Hace tanto tiempo que habito el mundo, que apenas presté atención a la insignificante criatura. No guardo ningún recuerdo del tiempo en que yo fui como tú. Yo también sentí temor, pena, tristeza. Incluso tal vez esperanza, pero todos aquellos recuerdos se perdieron con el paso de los tiempos.

No soy más que un heraldo del destino. Ese viejo insensato que arrastra las almas como la incansable corriente que escupe y pule las piedras del río de la vida. Y yo aquí, como un mísero rufián que aguarda al acecho para cobrarme su peaje.

Tomé la mano de la joven y ella luchó, como todos cuando sienten mi presencia. Arañan, muerden, gritan y se aferran a sus cuerpos con la vaga esperanza de desandar lo andado, de caminar por un mundo que creían que les pertenecía. Pero mi mano, como la de un maestro artesano, está demasiado curtida como para dejarlos marchar. Por ella han pasado vagabundos, mujeres, niños y ancianos; bravos guerreros, esquivos rateros y ricos mercaderes. O incluso aquellos que alguna vez se creyeron dioses. Nadie escapa.

Entonces, cuando me dispuse a culminar con mi cometido, sucedió lo más increíble que jamás he visto en todo el tiempo de mi existencia. Aquel pequeño de mirada esmeralda logró lo que ninguno antes que él. Cogió mi mano y me miró. Nadie me toca, nadie me ve, pero él hizo ambas cosas. Ignoré a la madre y entonces lo sentí. A pesar de que las fieras ya humedecían la tierra con la saliva de sus fauces por saborear el aroma de aquella criatura indefensa, no existía ningún puente que albergase peaje para semejante alma.

Asió mi manga y dejó de sollozar. Yo dejé tranquila a la joven que lo soportaba y le permití vivir un tiempo más, pese al infierno que sintió por eludir su peaje, aunque a ella no le importó. Tomó su cuchillo y lo blandió contra las criaturas que rodearon a ambos como un hambriento ante un banquete. Por primera vez descubrí mi capucha y mostré mi rostro a aquellas bestias; al verme, huyeron dejando solo muchacho.

Jamás he velado por nadie como lo hice por aquel niño hasta que llegó el anciano. Él no pudo verme, pero ambos escuchamos las últimas palabras de aquella madre moribunda.

Protégele.



I

No te imagines un tronco repleto de agujeros de gusano, ni una ciudad como las de los hombres que habitan más allá de las montañas, infesta de ratas, ladrones y con olor a orín en sus calles. Alicorn es el hogar de los na'rin y eso, mi querido amigo, significa una vida sencilla basada en el respeto por la naturaleza y el amor hacia las viejas costumbres. En las noches de rayos y centellas, cuentan a sus hijos que en los albores del tiempo cayó desde los cielos una semilla tan grande que cuando llegó al suelo creó las altas cumbres que rodean el valle, para proteger a sus habitantes de los terribles salvajes que viven al otro costado de las montañas, y que de la semilla brotó el gran árbol en el que hoy viven a salvo de los peligros que les acechan. Si hubo algo de cierto en aquella historia, es que el árbol es tan sumamente alto, que hasta las nubes quedan atrapadas entre sus enormes ramas, que llegan más allá de donde alcanza la mirada. Y es aquí donde sucedió la historia más extraña y extraordinaria de todas.

Antes de seguir con esta historia, déjame que te hable acerca de los seres que viven en el gran árbol. Aunque los Na'rin se consideran una raza pacífica repleta de buenas virtudes, también son altivos y sumamente arrogantes. Los na'rin evitan a toda costa el contacto con los seres que habitamos el mundo. En particular los humanos, ya que procuran guardar a toda costa el secreto de su existencia para evitar que ni tú, ni yo mismo, podamos llegar más allá de la gruta que se abre paso hasta su mundo. Ello, si consigues primero eludir a los enormes salvajes que atestan las tierras de las nieves.

Aunque no son criaturas sedientas de sangre, como ocurre con esos salvajes, aquellos de entre los na'rin que poseen un corazón aventurero y dotes para la caza son ordenados exploradores y abandonan el árbol para dedicar sus vidas al acecho de cualquiera que se atreva a poner un pie en su valle. ¿Qué cómo es posible que te esté contando este relato? Por curioso que te parezca, no todos los na'rin que conozco, y son un buen puñado, estarían dispuestos a dispararte una flecha por salvaguardar el secreto de su existencia. Yo mismo tuve la suerte de toparme con uno de ellos. Pero dejémonos de mis desventuras y hablemos del muchacho.

En uno de aquellos agujeros cómodos, humilde, abarrotado de taburetes

y armarios repletos de viejos tomos olvidados vivía el que salvó la vida sobre quien trata este relato. Un viejo na'rin que, como buen anciano, transmitía su buen saber a un pequeño grupo de inquietos jóvenes que le presta atención con devoción. Con él adquirían los valores más elementales de su pueblo, pero también aprendían conocimientos tales como el arte de la caza, el aprendizaje sobre las plantas, y la no menos importante de las enseñanzas: el respeto por el equilibrio. Podía decirse que aquel hogar era como la mayoría de agujeros que poblaban el colosal tronco del árbol, pero era el único lugar al que debía acudir si se buscaba consejo o conocimiento. Por no hablar de los viejos y polvorientos tomos de todo tipo que el propio profesor, que así llamaban al viejo na'rin, fue acumulando a lo largo de sus años. Uno podía perderse la vida entre las páginas de aquellos manuscritos.

Y allí estaba, sentado en su cómoda silla, con la cabeza gacha y la espalda encorvada sobre uno de aquellos enormes libros, que se le iban antojando cada vez más pesados a medida que pasaban los años, ora dormitaba, ora leía algún fragmento ante sus pupilos.

El anciano pegó una cabezada que causó algunas risas. Sacudió la cabeza y miró al grupo de jóvenes que tenía delante, sentados sobre el suelo. Cerró el pesado tomo y con un esfuerzo se lo quitó de encima para dejarlo a un lado. Miró a sus alumnos un momento y habló.

«Al viejo Cormilo le costaba dormir en su yacija al acabar el día, y cuando por fin rendido ante el sueño caía, era en la hora en que desde sus nidos hambrientas cantaban las crías. Tan harto estuvo el pobre y viejo Cormilo, que con un palo quebró los nidos y adiós a los pajarillos».

Los jóvenes na'rin rieron con las palabras del profesor. Cuando sus risas cesaron, este continuó. «Con la conciencia no muy limpia, el viejo Cormilo durmió hasta el final del día. Sin nada que le perturbara, dejó abierta la ventana para que algún grillo entrara. ¡Con qué magnífica serenata hizo el bicho que roncara!».

Ante las rimas del profesor los jóvenes aplaudieron y volvieron a guardar silencio para que continuase recitando. «Pasó tan buena velada que la noche siguiente el viejo volvió a dejar abierta su ventana, deseoso de que el grillo divino por ella entrara. ¡Malditos!, gritó Cormilo, cuando llegó el bicho con familia y amigos. Al día siguiente, no sin razón llamaron al viejo

Cormilo el Chiflado, cuando lo vieron subido al árbol montando un nido».

Las lecciones del anciano eran muy controvertidas y hacían que los jóvenes aprendiesen de formas muy divertidas toda clase de materias y principios. Algunos na´rin ancianos desaprobaban sus métodos, pero ninguno se quejaba, ya que era el único en disposición de enseñar a sus descendientes mientras que el resto dedicaba su tiempo a sus respectivas ocupaciones.

—Bueno... —dijo el profesor al cerrar el pesado libro, mientras observaba a un joven que se encontraba en el rincón más alejado de la estancia—. ¿Qué crees que nos intenta decir el viejo Cormilo?

El niño en cuestión era Lerno. Tenía el pelo largo y muy oscuro, a diferencia de sus compañeros; él era medio salvaje y sus rasgos le delataban tanto que trataba siempre de sentarse a una distancia prudente del resto de sus compañeros na´rin, quienes sentían repulsa o simplemente miedo. El muchacho, que no estaba prestando atención al anciano, miraba a través de la ventana que tenía a su lado, hasta que el continuo silencio de sus compañeros y sus furtivas miradas le dieron a entender que el profesor se estaba refiriendo a él. Cuando se percató, abandonó la ventana y miró al profesor con aquellos ojos que relucían con el color de las esmeraldas, único rasgo que su madre le legó y que era envidia de muchos na´rin, por ser considerado un don extraño y muy apreciado.

—Nos dice que hay que cerrar la ventana. Aunque la de mi alcoba es tan pequeña que ni siquiera tiene puerta —respondió el joven.

Todos sus compañeros rieron, incluido el profesor, que dejó a un lado aquel pesado libro y se levantó con esfuerzo de su asiento.

—Querido muchacho... —habló el anciano, mientras se paseaba entre las hileras de taburetes de sus pupilos—. El viejo Cormilo nos explica la propia esencia del equilibrio.

El profesor tenía en su rostro las arrugas que solo una vida dedicada a la enseñanza puede conferir. Cuando su maestro murió, tuvo que ocupar su lugar desde bastante joven. Han sido tantas las generaciones que han gozado de sus lecciones, que incluso su propio nombre terminó perdiéndose entre las páginas de alguno de los libros que tan fervientemente custodiaba.

—Cuando el viejo mató a todos los polluelos alteró el equilibrio. No habiendo ningún ave que los amenazase, los grillos proliferaron para estorbar al anciano. Pero hay algo más oculto entre sus palabras. ¿Sabrías decir el qué? —volvió a preguntar al muchacho.

—Él intentó restaurar el equilibrio —respondió el joven.

El profesor asintió con su cabeza.

—De nada sirve que el viejo corrija los errores cometidos, si él mismo es quien no encaja.

Los niños empezaron a intercambiar preguntas en voz baja cuando oyeron sus palabras. Luego, prosiguió con su discurso.

—Todo estaba allí mucho antes de que Cormilo llegase para construir un hogar en el que dormir. Rompió el frágil equilibrio de los pájaros, de los grillos y de todo cuanto molestaba al anciano —el profesor se acercó a Lerno con paso calmado mientras daba su discurso.

—Todos los seres del mundo lo habitan por un motivo. En ello consiste el equilibrio —acabó su discurso el anciano profesor cuando se detuvo ante el muchacho, que le miró con aquella expresión de felino.

—Creo que por hoy ya ha sido suficiente. Sabed que dentro de poco tendrá lugar la gran cacería. No es un asunto que podáis tomar a la ligera. Regresad a vuestros nidos antes de que la noche los llene de grillos.

Todos los jóvenes na'rin recogieron sus enseres y abandonaron rápidamente el lugar entre cuchicheos y murmullos. Todos, salvo uno. El mestizo que estaba sentado ante el profesor observaba como sus compañeros atravesaban el umbral de la puerta para regresar al hogar de sus familias. El anciano esperó pacientemente hasta que el último de ellos se marchó cerrando tras de sí la puerta con un sonoro portazo, que resonó entre las hileras de armarios.

—Mi querido Lerno..., ¿qué es lo que tanto te aflige? —preguntó el profesor.

—Me gustaría ser como ellos —respondió el muchacho, quien volvió a

mirar a través de aquella diminuta ventana.

El profesor se acercó y se inclinó junto a Lerno para observar el exterior, donde varios niños se alejaban mostrándoles la espalda mientras ascendían por la larga escalinata en dirección a sus casas. A su derecha, la silueta de las altas cumbres nevadas que se fundían con el azul del cielo capturó su atención.

—Entiendo a qué te refieres —dijo después un tiempo.

—No —negó Lerno volviéndose hacia el profesor—, no lo comprende. Usted no es distinto a ellos.

—No hay nada de malo en ser diferente. Créeme, te lo dice un viejo y arrugado na´rin, pero también te lo diría si fuera un hombre. Mis ojos siempre te verán tal y como en realidad eres.

Lerno agradeció las palabras del anciano, pero su sonrisa menguó tan pronto como afuera algunos de aquellos jóvenes na´rin rieron al señalar hacia la ventana.

—Todo el mundo me odia —se lamentó el muchacho bajando la vista al suelo.

El profesor puso una mano sobre su hombro y señaló con la otra hacia la diminuta ventana.

—Solo los amigos de verdad te verán tal y como eres, sin importar desde qué ventana te miren —trató de tranquilizarlo el profesor—. Si no, echa un vistazo a sus ojos y dime qué ves en quien se esconde bajo la ventana tratando de no ser descubierto.

Lerno se alzó sobre su taburete y estiró el cuello para tratar de mirar bajo el alféizar de la ventana, donde descubrió a un na´rin de edad similar a la suya, que le observaba con ojos avispados mientras le hacía señas con una mano. Cuando cruzaron sus miradas, el joven na´rin le dedicó una amplia sonrisa que lo contagió e hizo que olvidara por completo aquellas diferencias que les separaban. Cuando éste se percató de la presencia del profesor que yacía de pie junto al mestizo, volvió a esconder su cabeza bajo la ventana con temor. Lerno no pudo evitar soltar una carcajada cuando vio su reacción.

Luego miró al profesor, pero este estaba absorto, con la vista perdida en algún lugar entre las montañas.

—¿A qué estás esperando? —dijo de pronto el profesor—. Nunca hagas esperar a un amigo.

En muchos aspectos Lerno era como cualquier otro joven de entre los na´rin, salvo por el hecho de que el padre del muchacho era un humano al que nadie conocía y del que había heredado ciertos rasgos que lo diferenciaban del resto. Tenía mayor semejanza a un felino que a un na´rin, y sus orejas eran perfectamente redondas, a diferencia de las de los na´rin, que eran algo pequeñas y pegadas a la cabeza. Su nariz, prominente y recta, contrastaba con la de aquellos que la tenían algo regordeta. Pero a pesar de las diferencias, este no era el motivo por el que las gentes de Alicorn trataban de poner tierra de por medio cuando se encontraban con el chico.

Aunque Lerno no era del todo consciente, su madre fue condenada a un exilio impuesto por contravenir los deseos del consejo de ancianos. Y es que no hay nada en el mundo que los na´rin odien tanto como odian a los humanos, con los que ella decidió emprender una aventura amorosa que culminó con su muerte. Cuando perdió el derecho a vivir entre los suyos, también lo haría la criatura que trajo consigo. A la que ningún na´rin se atrevió a tocar. Ninguno, salvo uno. El viejo profesor acogió al muchacho y lo cuidó lo mejor que supo, a pesar de que aquello significaba perder su lugar en el consejo. Sin ningún nombre ni posesión más que la esperanza de que algún día aquellas gentes lo aceptaran en su seno como a uno más.

El profesor se entristeció de pronto, pero se sintió orgulloso por el joven en que se había convertido tras los años que habían compartido el uno al lado del otro.

Lerno se despidió del profesor, dejándolo solo entre sus pensamientos, y salió al encuentro de su amigo, que seguía escondido bajo la ventana.

—El profesor te echa de menos —le espetó Lerno con gesto serio.

El pequeño na´rin dio un brinco y lo miró con los ojos muy abiertos. Al ver que estaba solo, le dedicó una amplia sonrisa que le sirvió a modo de respuesta.

Halby era un na´rin con un carácter... distinto. No es que fuera diferente al resto, pero su personalidad contrastaba con el resto de los de su raza, como lo hace el día con la noche. Extrovertido cuanto menos, pasaba la mayor parte de su tiempo gastando bromas y riendo, aunque en muchas ocasiones le trajera más de una reprimenda. No le importaba en absoluto lo que el resto pudiera pensar de su inusual comportamiento. Tal vez ese era el motivo por el que Lerno se sentía cómodo con el joven na´rin, con el que llegaba incluso a olvidar su aspecto y las diferencias que los separaban. Pasaban largas jornadas explorando los rincones del árbol y hacían travesuras cuando se rebelaban contra el aburrimiento que suponía pasar el día entero sobre un gran árbol con demasiada paz. Y es que los jóvenes en su edad tenían prohibido descender sin que un adulto los acompañase.

Ambos compartían aquellas largas horas a escondidas en un agujero que había permanecido abandonado durante mucho tiempo. No es que sobraran los agujeros en el árbol, sino más bien lo contrario. Familias de muchos miembros vivían aglutinados en míseros espacios en los que no cabían ni estando derechos. Pero aquel amplio, abandonado y polvoriento agujero había pertenecido a la madre del mestizo y, por ende, nadie quería pasar ni un solo instante en él.

Se suponía que el muchacho debía heredarlo, pero tras muchas discusiones entre el profesor y el resto de miembros del consejo, jamás se le otorgó tal derecho de nacimiento. Aun así, tanto el profesor como ambos jóvenes sabían que ninguno de aquellos orgullosos na´rin osaría meter sus narices en aquel lugar.

Para aquellos dos la arboleda se tornaba un insoportable remanso de paz. A excepción de las divertidas lecciones del profesor, el banquete que se celebraba al final de cada cacería y anunciaba la llegada del invierno, o incluso sus incursiones por el bosque en busca de las aventuras que tantas veces los pusieron ante el gran consejo, pocas eran las alternativas existentes para pasar su tiempo.

Las cacerías no eran eventos recurrentes, como sucede en la costumbre de los hombres, que cazan cuando aprieta el hambre o cuando pretenden saciar la ciega sed del ocio. Para las gentes del árbol acabar con la vida de una bestia era como acabar con una parte de ellos mismos. Semejante

sacrificio era premiado con el respeto y la admiración del pueblo por el acto cometido en pro del bien común, al que debía enfrentarse todo cazador que participase en la cacería. Cuanto mayor y más grandiosa era la presa, mayor la gloria del cazador. Lerno lo sabía. Había visto el modo en que los na´rin trataban a aquellos que regresaban con las mejores piezas de caza. Aquel deseo había ardido en su interior desde que tenía conciencia.

Y allí estaban los dos, rodeados de mugrientos y destartalados muebles, urdiendo fantasiosas conjeturas acerca de la próxima cacería, en la que ambos participarían por primera vez en sus vidas.

—¿Crees que este año te dejarán ir a cazar? —preguntó Halby, mientras apuntaba a Lerno con un arco imaginario.

—Espero que sí. No me lo pueden impedir —respondió este refiriéndose al consejo—. El profesor dijo que no debía preocuparme por eso.

—Pero sin un arco..., ¿te has planteado cómo te las arreglarás para poder dar caza a cualquier cosa? —planteó Halby al percatarse de que le apuntaba con su arco imaginario—. Al menos, yo tengo el que me regaló mi padre. Pero el profesor no tiene ninguno que poder darte.

—Ya idearé algo —dijo pensativo, observando a su amigo—, como hago siempre.

—¿Y si te tropiezas con alguna fiera? No podrías defenderte con cuerdas y piedras —concluyó.

Lerno lo miró fijamente sin pestañear un ápice, con los ojos abiertos como platos mientras movía lentamente sus hombros, como una fiera que danza cuando está a punto de abalanzarse sobre su presa. Halby sentía un miedo atroz cada vez que el muchacho de rasgos humanos interpretaba a los salvajes de las historias que contaban a los na´rin de niños. Bien por su sangre de salvaje, o por sus facciones, Halby siempre corría mientras Lerno trataba de atraparlo dando grandes saltos como lo haría una fiera. De cualquier manera, aquella particular cacería siempre terminaba entre risas. Recorrieron la estancia hasta terminar rendidos boqueando sobre el suelo, mirando al techo. Cuando todo pareció quedar en calma en la apenas iluminada estancia, un inesperado crujido en el techo llamó su atención. Se

mantuvieron observando y otra vez y aquel crujido volvió sonar sobre sus cabezas.

Una pequeña fisura completamente recta quedó a la vista. Lerno dio una patada sobre el suelo. Algo se removió en el interior del techo e hizo que cubriera de polvo a su amigo. Este tosió y lo cubrió a insultos, pero guardó silencio cuando el techo sobre sus cabezas volvió a crujir nuevamente, dejando al descubierto una pequeña abertura. Ambos intercambiaron sus miradas y, sin mediar palabra, empezaron a dar patadas contra el suelo. Lo que fuera que hubiera estado oculto en aquel lugar cayó a los pies de los chicos con un ruido sordo. Ambos esquivaron el objeto y trataron de alejarse tan rápido como pudieron.

Cuando la nube de polvo se dispersó, se acercaron a escudriñar de qué se trataba, sin poder separar la vista del objeto alargado. Parecía haber sido envuelto con prisas entre viejos trapos y un fino cordón de seda, cuyos nudos discurrían a lo largo de lo que fuera aquello.

—Lerno —dijo Halby con voz temblorosa—. ¿Crees que es lo que parece?

Este le respondió con una mirada de emoción que no logró contener.

—¿A qué esperas? —le urgió.

Lerno asintió y, aunque en un principio dudó, empezó a desatar aquellos nudos por un extremo del objeto con sumo cuidado. Cuando deshizo el quinto nudo, una parte del objeto quedó a la vista, mostrando la cabeza de un ave similar a una lechuza, con su afilado pico curvado tallada en madera. El cuello del ave se extendía a lo largo del cuerpo del objeto, que aún estaba oculto entre los pedazos de trapo.

—¡Es un arco! —exclamaron al unísono al ver el pequeño espacio bajo el pico, que estaba dispuesto para albergar el extremo de una cuerda.

Uno por uno, fueron desatando el resto de nudos hasta que no quedó ninguno. Volvieron a cruzar sus miradas sabiendo que solo restaba un paso para desvelar el resto. Halby retiró sus manos y esperó a que Lerno diera aquel último paso.

Cuando por fin apartó la polvorienta tela, el cuerpo de un arco largo, tallado en madera de cerezo, quedó completamente al descubierto. En su extremo contrario, encontraron otra cabeza de lechuza exactamente igual a la opuesta, cuyos cuellos se retorcián recorriendo con sus plumas labradas el cuerpo de la madera hasta el agarre, que había sido tallado con la forma de unas alas entrelazadas.

— ¡Lerno, es impresionante! —saltó Halby—. ¿Crees que fue el arco de tu madre?

Lerno lo observó como si se tratara de un tesoro inalcanzable para él.

—No puede ser... —respondió, sin poder creer lo que tenía ante sí—. Dijeron que habían quemado todas sus cosas.

—Tal vez alguien lo escondió aquí para que no lo encontrasen —supuso Halby.

De pronto, la estancia quedó entre penumbras durante un instante, como si alguien hubiese atravesado velozmente la ventana, por la que entraba la única luz que iluminaba el lugar.

Tanto Halby como Lerno miraron hacia la ventana con una mezcla de temor y sorpresa, pero no había nadie. Lerno trató de envolver rápidamente el arco, pero su amigo se lo impidió sujetándole los brazos.

—¿Pero qué haces? —lo increpó.

—¿Qué ocurrirá si lo descubren? —le respondió.

—¿Es que no te das cuenta? —trató Halby de llamar su atención, que estaba puesta en la ventana—. Apenas habíamos hablado acerca de cómo te las arreglarías en la cacería sin un arco, y va y nos cae uno encima. Es como si ella quisiera que lo tuvieras.

Lerno lo miró con los ojos muy abiertos. El brillo en su mirada dejó entrever la tristeza que sentía en su interior.

—Lo siento... —se disculpó Halby.

—Tienes razón —lo cortó Lerno—. Ya no me importa que me vean con

él. Pero de poco me sirve sin una cuerda.

—Ese no va a ser el problema —lo alertó Halby, señalando con sus dedos un lugar en la madera—. Fíjate en eso.

Lerno miró el lugar que su amigo le indicaba. Unos diminutos agujeros amenazaban con acabar lentamente con el arco si no se le daba una solución a tiempo.

—Creo que deberíamos llevárselo a mis padres —sugirió su amigo—. Ellos sabrán qué hacer. Además —añadió—, no nos sirve de nada sin esa cuerda.

Desde que tenía uso de razón había querido participar en la cacería. Fantaseaba con ello cuando se encontraba a solas en la alcoba que el profesor le había procurado, en el interior de su hogar. Allí urdía improvisadas trampas con cuerdas, que durante un tiempo enloquecieron al anciano y a sus visitantes. La aparición de aquel arco lo cambiaba todo por completo. Pero aún había un asunto que le carcomía por dentro. Halby, quien lo conocía bastante bien, se percató casi al instante.

—¿Qué te pasa ahora? —le preguntó.

—No querría molestar a tus padres, ni poseo nada que ofrecer a cambio.

A nadie en aquella ciudad le entusiasmaba la idea de tener a un mestizo relacionándose con sus hijos, ni mucho menos verse sometidos al chismorreo de sus conciudadanos. Para aquellas gentes tener un padre desconocido era tan grave como romper el equilibrio que con tanta devoción adoraban. Por suerte para el muchacho, los padres de su único amigo eran la excepción que confirmaba aquella regla.

Halby ignoró sus palabras y se dirigió hacia la salida.

—¿A qué esperas? —lo llamó, asomando su cabeza desde el otro lado de la puerta—. Aquí afuera hace un frío que espanta.

Lerno envolvió el arco lo más rápido que pudo y se dirigió hacia la puerta, donde se detuvo un instante para dedicar una última mirada hacia el interior.

—Gracias..., mamá.

Cuando el muchacho cerró la puerta, la casa de su madre se quedó en completo silencio, como si aquel lugar estuviera conteniendo el aliento hasta su regreso.

II

En Alicorn no existían ni el comercio ni el oro que con tanta ambición codiciamos los hombres. Al sur de las cumbres de hielo, el dinero siempre ha sido y seguirá siendo motivo de disputa. Las gentes lo acumulan y lo pierden junto a su vida, y es responsable de que haya gobernantes con demasiado poder que solo velan por sus intereses. Sin embargo, en Alicorn no hay monedas que se pueden robar ni guardar en el interior de una bolsa sujeta al cinto, junto a un cuchillo bien afilado. En su lugar, las gentes del árbol obtienen lo que necesitan a través del intercambio de bienes o de favores. Necesité bastante tiempo para comprender lo que significa para un na´rin recibir algún favor por parte de otros. Más aún si estos son solicitados.

En nuestro mundo, puedes pedir tantos favores como te venga en gana a cambio de un vaso de vino, o los servicios de cualquier fulana por un par de monedas. Pero para los na´rin, recibir cualquier favor implicaba estar en deuda con la otra parte hasta que esta le pidiera un favor de valor similar al otorgado. No importa el tiempo que transcurra, ni qué descendiente se haga cargo de la misma. Aunque el deudor muera, la deuda debe quedar satisfecha. Quienes no lo cumplían, su honor y el de su familia caía en desgracia por el resto de sus vidas. Era la base sobre la que se asentaba el bienestar en Alicorn.

El profesor era el mayor ejemplo en cuanto a intercambio de favores. Cierto es que no estaba obligado, pero daba sus lecciones a los más jóvenes, aunque sus progenitores no se lo pidieran. A cambio, proveían al anciano de comida, muebles, ropa y todo cuanto alguien de su edad pudiera necesitar. A pesar de que sabían con certeza que el mestizo moraba bajo su tutela.

Todos estos pensamientos sacudieron su cabeza, mientras ambos descendían por la larga escalinata de camino al hogar de la familia de su amigo. No tenía dinero ni oficio con el que poder respaldar un favor como aquel. Un tendón era una cosa, pero la reparación de un arco exigía de habilidad, materiales y tiempo. Aunque ya estaba anocheciendo, miró el arco y trató de reconfortarse pensando que, si algo tenía, era tiempo de sobra, que solía emplear para estar junto al amigo que caminaba a su lado, o leyendo viejos tomos polvorientos en el hogar del profesor. «Tal vez podría trabajar

en su taller», pensó en cuanto apareció, tras el último recodo de la escalinata, la lámpara de aceite encendida que solía pender sobre la puerta del agujero donde vivía Halby con el resto de su familia.

Halby era otro de los jóvenes de quien el resto parecían tratar de mantener las distancias. Aunque no en la misma medida con que sucedía con el mestizo. A pesar de que la dedicación de su padre era imprescindible para la comunidad sobre el árbol, muchos la llegaban a considerar una temeridad. Otros, no obstante, lo concebían como un mal menor por el bien de muchos. Pero todos ellos trataban de evitar, siempre que podían, a la familia del curtidor. Dejando a un lado la moral del asunto, el señor Halmor, el padre del muchacho, era alabado por la gran calidad de todos sus trabajos. Tal era su reputación, que tuvieron que construir junto a su hogar un enorme artilugio que requería de la fuerza de varios na´rin para elevar, mediante varias cuerdas y poleas, las grandes piezas provenientes de las partidas de caza. Estas terminaban siempre en su curtiduría, donde era habitual verlo despellejando las ensangrentadas pieles con la frente empapada de sudor. Luego las exponía en los tenderetes que precedían durante esos días la entrada al hogar de su familia. Si sentías curiosidad por conocer cómo había marchado la cacería, ese era el lugar al que debías acudir. Justo donde ahora se encontraban los muchachos.

Su amistad con Halby era una relación condicionada por aquella situación que les alejaba del resto de los que habitaban el árbol. ¡Vaya si se tenían estima! Halmor y Eina valoraban aquella relación, así que permitían al mestizo quedarse en su taller para observar su trabajo, e incluso en algunas ocasiones Halmor permitía que le echara una mano cuando le hacía falta, sobre todo tras cada cacería, cuando el trabajo se atrincheraba tras sus puertas. A Lerno no le asustaba la visión de la sangre que se escurría por la mesa y salpicaba el suelo cuando se llenaban las cubetas de madera, ni el hedor que emanaba de las entrañas de las bestias que el curtidor despellejaba, mientras su mujer se quejaba recorriendo el agujero para abrir las ventanas. Por el contrario, su hijo Halby, que era quien se suponía debía aprender aquel oficio, sentía verdadera repulsa y trataba de mantenerse al margen tanto como podía. En más de una ocasión Halmor empleaba a Lerno como ejemplo, y este siempre se excusaba alegando que su amigo era mitad salvaje y no necesitaba acostumbrarse. Como siempre ocurría, tanto el curtidor como el mestizo terminaban haciendo el trabajo solos, pero entre risas. Siempre había

alegría bajo el techo de aquella familia, o como solía decir el profesor: «Cualquier madero es bueno cuando te alcanza el agua al cuello».

Cuando por fin alcanzaron la puerta, se vieron forzados a detenerse al escuchar los gritos que salían desde el interior de la vivienda. Eina, madre de su amigo, gritaba acalorada a su marido en una de aquellas discusiones en las que más valía no estar presente. Ambos intercambiaron sus miradas y, sin necesidad de pronunciar palabra, se apresuraron a ocultarse bajo el alféizar de la ventana. Desde aquel recurrente escondite, asomaron sus cabezas para ver lo que sucedía. Adentro, el fuego refulgía en el hogar de la chimenea a la izquierda, e iluminaba con sus llamas el resto del lugar con un cariz hogareño. Algunas lamparillas habían sido encendidas y estaban dispuestas sobre la mesa, donde se encontraba sentado el señor Halmor, recortando algunos retazos de cuero, como solía hacer antes de la cena. Eina, su esposa, caminaba de un lado para otro dando voces al curtidor mientras rebuscaba, desesperada, en los lugares y muebles por donde pasaba. De pronto, y aprovechando que su mujer le dio la espalda, el señor Halmor hundió su mano entre los relatos de cuero que había ido amontonando sobre la mesa. A Eina no se le pasó por alto el gesto de su esposo, y al volverse descubrió la artimaña. Después de acercarse, rebuscó entre los pedazos de piel, mientras Halmor actuaba con normalidad oteando con sus diminutos ojos la piel que tenía entre sus manos. Cuando Eina dejó de rebuscar, sacó de aquel montón un pequeño cuchillo que reconocieron al instante. Se trataba del cuchillo que la madre de Halby usaba en su cocina.

Los cuchillos, así como cualquier utensilio cortante o punzante, eran realizados empleando distintas savias procedentes de algunos árboles del valle. Bien es cierto que no hay nada como un buen cuchillo forjado en hierro. Pero tal práctica se antojaba lejana para los na'rin que vivían de lo que el valle les ofrecía. El conocimiento del hierro les resultaba un misterio, aunque poco les importaba. Cualquier objeto que traían consigo los salvajes era abandonado junto a sus cuerpos ante el umbral del desfiladero.

—Halmor..., ¡el cuchillo! —gritó Eina fulminando a su marido con la mirada—. ¿Cuántas veces te he dicho que pertenece a la cocina?

—Lo siento, cariño... —se disculpó Halmor con su practicado tono de voz—. Prometo que mañana trataré de conseguir uno nuevo para mi taller.

—¡No me vengas con esas! —le gritó muy seria—. ¡Este es mi cuchillo!

Eina giró sobre sí misma y caminó en dirección a la pequeña cocina que había al fondo de la estancia. Consistía en un hornillo de piedra que le llegaba hasta las caderas, una despensa muy surtida de frutas y verduras, así como una fuente que surgía del interior del tronco del árbol, por la que constantemente discurría el agua procedente de las nubes que este capturaba con sus enormes ramas.

—¡Y es el que mejor corta! —canturreó alegre su marido, al tiempo que se levantó de su silla y bordeaba la mesa tratando de mantenerse a una prudente distancia de su esposa.

Afuera, ambos amigos rieron y se debatieron si era el momento adecuado para entrar en la vivienda y salvar a Halmor de la cólera de su esposa. Halby creyó que su padre aún sería capaz de sobrevivir un rato más. Así que permanecieron allí asomando sus cabezas sobre el alféizar, disfrutando del espectáculo que estaba teniendo lugar al otro lado de la ventana.

—Si mañana no vuelves con mi nuevo cuchillo, ¡más te vale no volver a entrar por la puerta! —vociferó Eina, y trató de atrapar a su marido, quien cambió de lugar en la mesa mientras reía.

—Si le pido otro cuchillo al cuchillero, acabaremos debiéndole tu hornillo —canturreó Halmor cuando volvió a sortear a su esposa, moviéndose al otro lado de la mesa—. ¿Y no te debe ninguna prenda de calzado? —rugió ella con el cuchillo alzado, mientras volvieron a intercambiar su posición en torno a la mesa.

—Ese condenado siempre anda descalzo —se excusó él con el rostro enrojecido y sin apenas aliento. En cambio, su mujer iba ganando fuerzas.

—Creo que es el momento —susurró Halby a Lerno, que estaba agazapado más cerca de la puerta.

Tres sonoros golpes resonaron en el interior, sumiéndolo en un profundo silencio, solo roto por los pasos que se escucharon al otro lado de la puerta.

Lerno adoraba a aquella familia. Para ellos no era más que el amigo de

su hijo y un visitante recurrente al que abrían la puerta cuando llegaba de visita. Para el chico, aquellos na´rin eran lo más parecido que había tenido a una familia. A excepción del profesor, que pasaba largas jornadas sumergido en sus viejos libros, o en las eternas y aburridas reuniones con el gran consejo de ancianos en la cima del árbol.

Al momento la puerta se entreabrió. Eina asomó su sonrojada nariz, tratando de encontrar con expresión de dureza al inoportuno visitante que se había atrevido a golpear la puerta de aquella manera. Miró a ambos lados sin encontrar a nadie, hasta que se percató de la presencia del muchacho, que la observaba desde muy abajo de su nariz. Ambos se miraron durante un largo instante. Él con temor, ella con las cejas fruncidas.

—¿Sabes que acabas de salvar a Halmor? —le preguntó con un hilo de voz.

—¿Sí? —respondió el muchacho mientras hacía un esfuerzo por aparentar sorpresa.

Eina no pudo soportarlo más y, aunque su ceño permaneció fruncido, sus labios se curvaron mostrándole una amplia sonrisa que delató su actuación.

—¿Sabes que te debe un favor? —volvió a preguntarle en cuanto vio la sonrisa del muchacho—. ¿Cierto? Y bien gordo —puntualizó—. Venga, pasad. Pronto serviremos la cena. Esta noche te sentarás con nosotros a la mesa.

Tras decir aquello, dio media vuelta y, antes de perderse en el interior de la vivienda, dedicó a su hijo una mirada severa. Este dejó de sonreír al instante. Aunque Lerno no era su hijo, Eina tenía un trato especial hacia el muchacho. A decir verdad, era la única mujer en todo el valle que sentía verdadero aprecio por el muchacho.

Cuando ambos cruzaron el umbral de la puerta y acostumbraron sus ojos a la luz del hogar, lo primero que vieron fue el alivio en el rostro de Halmor y la mueca de enfado que le dedicó su esposa cuando regresó nuevamente a la cocina.

—¡Pero qué sorpresa! Habéis llegado en el mejor momento... —

canturreó Halmor, mientras se secaba el sudor de la frente y se afanaba en recoger todas aquellas pieles sobre la mesa—. Eina estaba a punto de preparar la cena. Quédate con nosotros, ¿quieres? ¿Y qué es eso que nos has traído?

—Es mi nuevo arco —respondió alegre, con una sonrisa y la voz temblorosa.

Al escuchar aquellas palabras, Halmor se quedó paralizado y alzó sus pobladas cejas debido a la sorpresa.

Eina, que se encontraba en la cocina, escuchó las palabras del muchacho y se volvió para mirarlo. Cuando descubrió el bulto recubierto de sucios y polvorientos trapos dio un grito. No pudo evitar que un cazo de barro se le escapase de las manos y terminase hecho añicos. Todos se sorprendieron ante aquella reacción.

—¿De dónde has sacado esa cosa? —dijo alarmada. Cuando se dio cuenta de que era el centro de atención, bajó su tono y añadió—: Vas a llenarlo todo de polvo. Déjalo en la mesa de la entrada. Tras la cena habrá tiempo para verlo.

Eina observó como el chico obedecía sin apenas quitarle un ojo de encima, hasta que finalmente dejó el bulto encima de la mesa que Halmor empleaba para dejar los encargos provenientes de los demás habitantes del árbol que requerían de sus servicios.

A todos les extrañó el comportamiento de Eina, más cuando todos sabían que aquello suponía una gran noticia que merecía una celebración por todo lo alto. Motivo por el cual Lerno no tardó en susurrar al oído de su amigo que tal vez no había sido buena idea traer con ellos aquel arco.

El lugar siempre solía estar perfumado con la fragancia de las flores que decoraban la inmensidad de jarrones distribuidos por cada rincón de la casa. La madre de Halby los confeccionaba con sus propias manos para todo aquel que precisara de algún lugar donde almacenar bebidas o semillas. Los había para todo tipo gustos. Desde grandes ánforas de gruesa panza, hasta diminutos y coloridos jarrones que servían para contener aliños o especias. En una ocasión, el muchacho rompió el jarrón favorito de Eina, y no

precisamente por accidente. El padre de Halby encontró en una ocasión una extraña flor con una belleza y tamaño extraordinarios. Cuando llegó la noche y todos cenaban, la flor se abrió liberando un pestilente olor, y de su interior surgió un enorme insecto de largas patas que persiguió a la familia por toda la casa durante horas. Cuando Lerno apareció, se encontró con la familia al completo en el exterior, esperando a que el bicho se cansase y regresara a la flor. Pero el muchacho no se lo pensó. Tomó el largo madero con el que Eina atizaba la colada, y puso remedio al bicho cuando este trató de huir ocultándose en el jarrón. Desde entonces, siempre ha habido una tabla ocupando su lugar.

Lerno miró a su costado y el padre de Halby le guiñó un ojo con simpatía.

—Luego le echaremos un vistazo —le susurró por lo bajo, tratando de evitar que su mujer lo escuchara.

El característico olor que solía acompañar al curtidor le acarició la nariz en cuanto le habló. Era un sutil, aunque mal disimulado, aroma dulzón a hierbas y alcohol. Curtía con este brebaje las pieles en su pequeño taller; lo elaboraba a base de corteza, hierbas y raíces que mejoraban la calidad del cuero, en especial para la confección de las resistentes prendas que los exploradores usaban para guardar las montañas de visitantes inesperados como los salvajes. Halmor era delgado, en comparación con el resto de los na´rin. Tenía la espalda un poco encorvada y tendía a sonrojarse con facilidad cuando se reía, cosa que solía hacer la mayor parte del tiempo. Vestía un mandil que solía llevar a todas partes colgado al cuello, y que él mismo había ido componiendo a partir de pequeños pedazos de cuero de cada una de las criaturas que habían pasado por sus manos cacería tras cacería, lo que le confería un aire bastante excéntrico.

A pesar de las reprimendas de su mujer, le gustaba señalar con el dedo cada uno de aquellos retales y contar la historia que había tras ellos. Cómo había sido cazado, quién dio muerte a la criatura, las prendas o útiles que confeccionó con su cuero. Tenía tantos retales que contarlos era casi imposible, y si te pillaba mirándolos, terminabas escuchando algunas de aquellas viejas historias, aunque no quisieras.

Eina, en su caso, era una de las na´rin más bellas de todo Alicorn. A

decir verdad, de las pocas na´rin que quedaban sobre el árbol. Su marido en ocasiones decía que era una suerte tenerla como esposa, pues cada vez había menos féminas entre los na´rin. La expulsión de la madre de Lerno supuso la marcha de la fémina más joven con posibilidad de procrear. Cosa que dejaba a su hijo Lerno en una complicada situación moral, ya que era el último descendiente de los na´rin y, además, un mestizo.

Desde la mesa, solo se la podía ver de espaldas en la pequeña cocina al otro lado de la estancia. Tenía el pelo recogido en un elaborado moño de tonos cobrizos, que sujetaba con un delicado cordón de seda. Vestía una hermosa túnica del color de la hierbabuena, con infinidad de florituras desde el cuello hasta la cintura, con la que se movía con la gracia de un felino. Aunque su carácter se asemejaba más bien a una jauría de lobos cuando se enfadaba. A pesar de todo, siempre se portaba de forma afectuosa con Lerno y él la apreciaba por ello.

—¿Qué tal el viejo testarudo? —preguntó Eina, rompiendo el silencio, en cuanto se acercó a la mesa para dejar un enorme cazo repleto de frutas y verduras. Desprendían un agradable olor que les acarició el paladar.

—Está muy preocupado por la cacería —respondió el muchacho, mientras miraba con apetito la comida.

—No se lo discuto... —dijo ella, dedicando una furtiva mirada al bulto que descansaba cercano a la entrada—. La cacería es muy peligrosa...

Eina distribuyó los cuencos vacíos como era habitual, y la cena transcurrió entre divertidas bromas que la hacían enfurecer, risas, algún que otro tirón de orejas y las historias que Halmor relataba sobre cacerías del pasado y las presas que habían llegado a su curtiduría, acompañadas de las también habituales quejas de su esposa. A Lerno no le importaba. Era el único que escuchaba al curtidor como si cada vez fuera la primera, y este las relataba dirigiéndose entusiasmado al muchacho.

—Tenía tan mala puntería que cuando me trajo al jabalí me sorprendí de que no tuviera ninguna herida —dijo Halmor mientras inspeccionaba un animal imaginario sobre la mesa.

—Cuando le pregunté, me dijo que estaba tan harto de volver sin

ninguna presa, que se pasó cuatro días enteros persiguiendo a la pobre bestia hasta que se murió sola. O el o yo, me decía.

Todos rieron salvo Eina, que miraba distraída hacia la entrada.

Halmor notó su actitud y miró el bulto mientras arrugaba la nariz, en una mezcla de curiosidad y preocupación. Lerno y Halby también se percataron y recordaron de pronto que aún tenían pendiente el asunto del arco.

—Ahora que ya hemos terminado, veamos ese nuevo arco —dijo con ánimo Halmor mientras miraba de reojo a su mujer.

Cuando Lerno regresó a la mesa con aquel bulto, Eina se levantó de la mesa y se marchó a la cocina sin dirigirle la mirada al muchacho. Lerno la observó con preocupación, pero Halmor captó su atención pidiéndole que lo desarrollara y lo dejara sobre la mesa.

—Solo falta ponerle una cuerda y podremos cazar juntos en nuestra primera cacería —dijo Halby tratando de contener la emoción.

Cuando Lerno descubrió el arco Eina palideció súbitamente.

—¿No habíais dicho que era un arco nuevo? —preguntó desconcertado Halmor al ver el viejo arco.

—¿Lo habías visto antes? —preguntó de pronto Lerno dirigiéndose a Eina.

Eina miró al muchacho y regresó para sentarse a la mesa. Lerno la observaba con la esperanza de conocer su respuesta. Ella no respondió, se limitó a mirar sus verdes ojos, y una lágrima recorrió su mejilla hasta descolgarse sobre la mesa. Luego miró el arco que había recostado ante ella y lo acarició con sus delicadas manos, como si estuviera saludando a un viejo conocido.

—Mi padre talló este arco para tu madre —Eina parecía encontrarse en algún lugar de otro tiempo—. No tenía a nadie más, así que yo misma escogí la rama para regalárselo a mi amiga. A la que amé como a una hermana.

Lerno se sorprendió al escuchar aquellas palabras. Era la primera vez que alguien desobedecía las normas para hablarle acerca de su madre.

Decidió no interrumpir y escuchar atentamente.

—Lura y yo éramos como vosotros dos. Incluso participamos juntas en nuestra primera cacería. Este fue el arco que ella usó. Y el que la ha acompañado durante tantos otros años cuando fue elegida como exploradora.

Lerno trató de cubrir con las telas el arco, al comprender el dolor que evocaba en ella su presencia, pero Eina las apartó dejándolo nuevamente al descubierto para acercárselo a su marido.

—Creo que deberías echarle un vistazo —pidió a Halmor, que se había mantenido al margen hasta aquel momento.

Halmor ojeó con detenimiento la madera y ambos brazos a cada costado del arco. El agarre parecía deteriorado por el constante uso en el pasado, lo cual era normal, ya que se trataba de un arco bastante viejo. El gesto del curtidor se aseveró cuando descubrió los diminutos agujeros donde la madera parecía más deteriorada. Dio con sus dedos algunos golpecitos mientras mantenía el arco pegado a su oído. Todos se impacientaron al verlo hacer aquel gesto en repetidas ocasiones. Cuando volvió a dejarlo sobre la mesa miró a su esposa, y esta no necesitó palabras para comprender su mensaje.

Eina tomó el arco entre sus manos y lo miró largamente. Luego dirigió su mirada a su marido con un extraño cariz que Lerno no había visto nunca en la madre de su amigo. Halmor se removió en su silla incómodo, trazando un no con la cabeza y los ojos muy abiertos. La tensión se mascaba en el ambiente cuando Eina se acercó a su hijo y le susurró en el oído.

—¿Recuerdas aquella ocasión en que te pedí que fueras hasta la cima del árbol y volvieras? —empezó Eina, mientras su marido permanecía cruzado de brazos.

—Sí, claro —afirmó Halby con media sonrisa.

—Pues en esta ocasión hazlo solo hasta la puerta del profesor. Esto va a ser rápido.

Halby tiró del brazo de Lerno y obedeció al instante sin hacer ninguna pregunta. Cuando salieron, cerró la puerta tras de sí y torció de pronto hacia un costado, obligando a su amigo a que le siguiera bajo el alféizar de la

ventana, donde se habían escondido al llegar la primera vez. Tras un largo silencio, solo roto por unos pasos y el sonido de alguna silla, pudieron escuchar la voz de Halmor, que les llegaba clara como la luz del alba.

—Podríamos hablar con Gildo. Nos debe más de una prenda desde hace varios inviernos.

No hubo respuesta.

—O podríamos pedírselo a Cornelio. Él nos debe un equipo completo que hicimos para su hijo, ¿recuerdas? —volvió a hablar Halmor, pero en esta ocasión tampoco obtuvo respuesta—. O podríamos...

—Nadie en este maldito árbol va a hacerle un arco —cortó Eina con voz severa.

Lerno nunca había escuchado hablar a Eina de aquel modo, y aunque no le pillaban de sorpresa aquellas palabras se entristeció al oírlas.

La voz de Eina continuó escuchándose al otro lado de la pared.

—¿Qué crees que ocurrirá cuando Gildo, Cornelio, o cualquier otro, vea uno de sus arcos en manos del niño?

Lerno se ruborizaba cada vez que la oía llamarle niño, cosa que hacía cuando creía que no podía captarlo. Aunque tratase de disimularlo, para ella era como un hijo más.

—¡Lo sé!, ¡lo sé! —se escuchó la voz de Halmor—. ¿Y si solo le hacen un pequeño arreglo? Podríamos llegar a un acuerdo si...

—¿Crees que van a tocar ese arco después de lo que sucedió?

Lerno miró a Halby y él le devolvió la mirada. Posiblemente usar aquel arco no era buena idea después de todo, pero era su única opción si quería ganarse el respeto de su pueblo.

—Es hora de que vayas a hacerle una visita a Marlon —volvió a sonar la voz de Eina.

Lerno y Halby de nuevo cruzaron sus miradas. Ninguno de los dos había

escuchado jamás aquel nombre.

—No —respondió de mala gana Halmor—. Definitivamente no. Ni pensarlo.

—No va a desistir de participar en la cacería junto a nuestro hijo con este arco —volvió a insistir Eina.

Halmor enmudeció.

—¿Quieres que Halby termine herido?

—No me obligues a verlo. No lo soporto. —Halmor parecía sumamente afligido.

Lerno y Halby no comprendieron por qué no podría soportar de ese modo la visión de aquel a quien llamaban Marlon. ¿A qué se debía tanto miedo?

En el interior de la casa reinó durante largo tiempo el silencio, hasta que la sensual voz de Eina lo rompió.

—Halmor... —Aquel tono de voz entrañaba una gesta para el curtidor.

Lo que Eina dijo entonces se escuchó como el murmullo que se desvanece con la brisa. Al momento tres sonoros golpes resonaron al otro lado de la ventana donde ambos permanecían ocultos. Al mirar hacia arriba se encontraron con la cabeza de Halmor asomándose por la ventana mientras los iluminaba con un farolillo y el rostro decidido.

—¡Oh! Qué bien que estés aquí. Vamos, muchacho, coge tu arco y no te separes de mi lado. Mientras antes salgamos, antes podremos regresar.

Halby se quedó boquiabierto cuando vio a Lerno y a su padre descendiendo la escalinata en plena noche.

—¿Cómo...?, ¿a dónde? —logró finalmente preguntar Halby—. Si no hay nadie que viva hacia ese lado... ¡Este es el último agujero del árbol!

Eina miró a su hijo con una expresión de triunfo cuando Halmor y Lerno desaparecieron de la vista.

—¿De verdad quieres saberlo? —preguntó esta.

—Sí, claro.

—He prometido a tu padre que, si regresan con el arco reparado, vaciaría mi colección de jarrones y le regalaría el armario para sus trastos.

Halby no pudo evitar abrir los ojos de par en par con incredulidad.

—Pero ¿quién es ese que vive ahí abajo en el bosque?

El rostro de Eina se puso serio de pronto.

—Alguien a quien jamás querrías conocer.

III

A lo lejos podía distinguirse todavía el gran tronco del árbol del que no hacía mucho habían salido a hurtadillas. Lerno y Halmor, a la cabeza, se dirigían al norte con el farolillo apagado, para no levantar sospechas en quienes husmearan el horizonte desde sus ventanas. La noche había engullido el bosque y Lerno tenía la sensación de estar caminando entre tinieblas. Sobre sus cabezas, un cielo atestado de nubes complicaba aún más el paso.

Cuando el alto tronco del gran árbol quedó por fin oculto tras la silueta de las copas de los árboles cercanos, se detuvieron.

—Ahora ya podemos ver por dónde pisamos —dijo el padre de Halby, al tiempo que encendía el farolillo.

—¿Adónde vamos? —preguntó Lerno cuando pudo ver por fin el rostro del curtidor, que parecía un tanto nervioso.

—Vamos a ver a Marlon. Vive al norte, justo en el límite del valle.

—Creía que todos vivíamos en el árbol.

Halmor alzó el farolillo hacia donde se dirigían, luego miró al muchacho.

—¿Ves algún camino que lleve al norte?

Lerno miró a su alrededor, pero solo encontró arbustos, madrigueras y árboles por todas partes, ninguna senda, ni siquiera una formada por el paso de los animales del bosque.

—Marlon es un renegado que vive al norte. Nadie excepto unos pocos sabemos de su existencia. Ahora no te separes de mi lado. Estos bosques no se transitan por un buen motivo.

Lerno dudó de que algún na´rin pudiese vivir solo al amparo de aquellos bosques. Aun así, siguió tras los pasos del curtidor, que iba poniéndose más nervioso a cada minuto. De pronto, el paisaje cambió y ambos se detuvieron.

—Aquí es donde debemos dar un rodeo hasta llegar al otro costado.

Lerno miró hacia adelante, donde solo podía ver árboles marchitos y la tierra desprovista de cualquier atisbo de vida. Una espesa neblina flotaba entre los troncos de los árboles tornando el lugar aún más siniestro.

—¿Qué le ha pasado a este bosque? —acertó a preguntar Lerno.

—No mires hacia el bosque. Dicen que quienes lo miran terminan perdiendo la cordura —La frente de Halmor estaba empapada en sudor y parecía bastante asustado—. Quienes se internan jamás regresan. Vamos por este lado.

Ambos continuaron caminando hacia el este durante un largo trecho, dejando atrás el bosque marchito. El sonido del agua llegó entonces a sus oídos y ambos aceleraron el paso, hasta que pronto se encontraron con una suerte de riachuelo, cuya agua descendía apresuradamente besando cada piedra a su paso. Halmor se apresuró aún más y aquel tranquilo descenso del agua se transformó en el rugido de aguas más profundas. A pesar de la oscuridad que les rodeaba, supo que se estaban acercando a una gran cascada.

—¡Alto! —gritó Halmor, mientras sujetaba a Lerno con un brazo, y le impidió dar otro paso—. No te dejes engañar por el sonido del agua.

Halmor alzó el farolillo y alimentó la llama, mostrándole así lo que había más adelante. A un paso de donde se encontraban, una abertura en la tierra dejaba entrever el reflejo de la llama, muy abajo, en lo que parecía ser una gran caída.

—Aquí acaba el valle y empieza el gran océano. Si vieras más allá en la distancia, sabrías que no termina jamás. Lástima que solo pueda verse de día —Luego iluminó con el farolillo un estrecho paso—. Vamos por este lado. Ya casi hemos llegado.

Halmor parecía atemorizado. Lerno pensó en el sacrificio que suponía para el curtidor haber llegado hasta aquel lugar tan apartado de la comodidad de su agujero en el árbol.

Ambos cruzaron por aquel estrecho paso con sus espaldas pegadas a la fría piedra del acantilado, hasta que la llama del farolillo iluminó una abertura que se adentraba en la roca y les puso a salvo de aquel precipicio.

—¡Por fin! —exclamó Halmor, secándose el sudor de la frente—. Creía que jamás llegaríamos hasta aquí.

—¿Qué es este lugar? —preguntó Lerno, tratando de ojear hacia el interior de la gruta.

—Esta es la entrada a su guarida.

Halmor avanzó unos pasos, entonces se toparon con una pequeña construcción que les impedía seguir.

—A ver..., había que pasar esto por aquí y... —Empezó a hurgar Halmor en aquel armatoste de maderas y cuerdas; finalmente algo liberó una puerta que se abrió con un crujido—. Vamos, pasa. A partir de aquí trata de no decir nada. Deja que sea yo el que hable.

Tras decir esto, prosiguieron por la gruta, hasta que encontraron una salida a cielo abierto al otro extremo. En aquel lado solo se veían las estrellas y dos grandes paredes de roca a cada extremo, como si en realidad la gruta continuara extendiéndose ante ellos con el cielo sobre sus cabezas. Más adelante, un estrecho río sin apenas corriente, no muy profundo y de aguas tan cristalinas que, aún con la luz del farolillo, les dejó ver algunos peces dando bocanadas de aire sobre la superficie. A un costado del agua, como clavada en la dura piedra, una pasarela formada de troncos les ofrecía paso para cruzar al otro lado.

Caminaron por la construcción iluminando la superficie del agua, de la que bebían algunas bestias que Lerno no recordaba haber visto nunca, con el pelaje blanco y prominentes cuernos sobresaliendo de sus cabezas como la raíz de un árbol buscando la tierra.

Cuando llegaron, las paredes se extendieron rodeando una pequeña colina oculta entre los acantilados. No había otra forma de acceder a aquel lugar más que por donde habían llegado. En lo alto de la colina, una luz delataba la lámpara en una de las ventanas de una gran construcción de madera.

A juzgar por la elaborada pasarela, Lerno intuyó que el tal Marlon parecía ser lo suficientemente habilidoso como para reparar su arco, aunque también lo suficientemente loco como para vivir en aquel lugar sin ninguna compañía. Halmor apagó la luz de su farolillo y pronto la de la ventana se apagó también, sumiendo el lugar en una completa oscuridad.

—Escúchame, Lerno —le dijo—. Deja que sea yo el que hable. Si se siente molesto, es muy probable que tengamos que salir corriendo.

Lerno solo se limitó a mirarle. Tal vez había sido una mala idea llegar hasta aquel lugar.

—No le gustan las visitas... —añadió pensativo Halmor.

—¿Qué quiere decir...?

Sin mediar palabra, Halmor echó a andar con paso decidido hacia la cabaña, y Lerno no tuvo más remedio que seguirle.

A medida que se acercaban empezó a comprender el temor del curtidor. Desde lejos y en plena noche no se apreciaba, pero la cabaña era inmensamente grande, más que cualquier agujero sobre el gran árbol. Quien vivía allí debía de ser de gran tamaño. Cuando alcanzaron la entrada no dejó lugar a dudas. Halmor apenas alcanzaba la mitad de la puerta.

Después de reunir el valor necesario, trató de golpear la gigantesca puerta. Los golpes apenas se escucharon.

Nadie pareció haber oído la débil llamada.

—Vaya —susurró Halmor—. Sí que es maciza la puerta.

Volvió a golpearla una vez más con mayor empeño, pero nadie respondió. Halmor empezó a impacientarse. Insistió, en esta ocasión dándole tres fuertes patadas que resonaron en el interior. Un chasquido a sus espaldas captó su atención.

—No te des la vuelta —susurró Halmor, que se quedó completamente inmóvil.

De pronto un gran objeto silbó atravesando el aire entre ambos, muy cerca de sus cabezas, y terminó hundiéndose profundamente en la madera de la puerta sin apenas levantar ninguna astilla. De aquel enorme filo de metal pendía un largo mango de madera engalanado con algunos pedazos de cuero.

—¿Quién va?! —rugió una atronadora voz a sus espaldas que salpicó de saliva sus nuca.

Halmor y Lerno dieron un respingo y giraron sobre sus talones. Sus espaldas golpearon la sólida puerta cuando descubrieron a quien les amenazaba.

Ante ellos se hallaba un salvaje que les doblaba en estatura, recubierto con burdas pieles ocultando su cuerpo por completo. Su aliento formaba espesas neblinas que le emborronaban el rostro y que acompasaba con el amenazante balanceo de su cuerpo.

Halmor se cubrió la cabeza con sus brazos mientras temblaba de pies a

cabeza. Lerno también se sobresaltó, pero algo en su interior hizo que actuara guiándose por su instinto, en lugar de dejarse vencer por el miedo. Flexionó sus rodillas, tomó impulso con todas sus fuerzas contra la puerta y, aferrándose al mango de aquel filo incrustado en la puerta, tiró empleando cada músculo de su cuerpo. Cuando logró arrancarla, se abalanzó en dirección al salvaje, que lo miró sorprendido. A pesar de su empeño por acertarle, no lo consiguió y terminó dando patadas al aire; el gigante lo sujetaba del cuello con una de sus grandes manos con increíble facilidad, mientras que con la otra observaba como el filo había terminado hundido en el pedazo de tronco con que se había cubierto la cabeza.

Creyó que había llegado su hora y que en cualquier momento escucharía el crujido de su propio cuello.

Pero nada sucedió.

Sintió su aliento y abrió los ojos, encontrando ante él una mirada cargada de cólera. De pronto, y para su sorpresa, el salvaje empezó a sonreír y aquella mirada se tiñó con un tinte de locura.

Halmor lo envolvió con sus brazos mientras el salvaje lo liberaba de su poderosa mano. Fue entonces cuando comenzó a reír atarantando sus oídos.

—Tendríais que veros las caras —consiguió articular el gigante, entre carcajadas, sujetándose el vientre con ambas manos.

El salvaje hundió entonces el arma en un enorme tocón de madera, que terminó partiéndose en dos mitades con una facilidad insultante. Tomó ambas mitades y se las pasó a Lerno, quien parecía consternado.

—¡Sabes que no me gustan estas bromas! —exclamó Halmor.

—¿Qué le pasa a tu chaval? —preguntó mirando a Lerno de reojo, mientras pasaba por su lado de camino a la gran puerta.

—¡Oh, sí! Disculpa —saltó de pronto Halmor—. Lerno, te presento a Marlon.

—Ya tendremos tiempo para presentaciones. Entrad, deprisa —les urgió antes de desaparecer a través de la gran puerta de madera.

Lerno se llevó la mano al cuello y miró a Halmor, dudando de si debía confiar en aquel salvaje que por poco le asfixia.

—Como te dije, deja que sea yo el que hable.

Lerno seguía de pie en el lugar donde Marlon lo había soltado, mirando atónito como Halmor seguía al salvaje a través de la entrada de la construcción. Al cabo de un momento, el interior se iluminó y la lámpara en la ventana volvió a alumbrar el exterior. Marlon sacó de pronto su enorme cabeza a través de la ventana y miró detenidamente al muchacho. Su enmarañada y sucia melena le cubría medio rostro, pero sus ojos seguían transmitiendo aquella nota de locura.

—No esperarás que te invite a pasar —gruñó—. Entra y cierra la maldita puerta. Me estoy cagando de frío.

Luego, tras liberar el portón de la ventana, desapareció de la vista, dejando el exterior completamente a oscuras. Lerno se apresuró a entrar tan rápido como fue capaz, encontrándose con Halmor, que le esperaba tras el umbral.

—Pasa y dame el arco. Lo dejaremos ahí hasta que sea el momento adecuado.

Halmor tomó el arco mientras el salvaje deambulaba moviendo muebles.

—¡Es un salvaje! —susurró Lerno en cuanto tuvo ocasión.

—Por si lo has olvidado, tú tampoco es que seas del todo un na´rin.

A Halmor no le faltaba razón. Aunque Lerno había pasado su vida entre las gentes del árbol, aquello no le convertía en un na´rin completo. Pero cuando escuchó la conversación entre aquellos dos seres tan distintos, comenzó a comprender a qué se refería.

—Empezaba a creer que el viejo Halmor me había olvidado —dijo Marlon con un hilo de voz, mientras echaba algunos troncos a la chimenea.

—No he tenido ocasión para volver a visitarte —se excusó Halmor cuando tomó asiento a la mesa, que ocupaba el centro de la construcción, débilmente iluminada por ambos farolillos.

—Déjate de excusas. Sé muy bien por qué no has venido —increpó Marlon, avivando las brasas de la chimenea.

Halmor no respondió y Lerno decidió tomar asiento en la mesa junto a Halmor, interesado por el hilo de la conversación. Afuera, rugía el viento

proveniente del océano. A diferencia del valle donde el clima tendía a ser cálido, en aquel lugar era más evidente la proximidad del invierno. Cuando Marlon prendió la chimenea y cientos de chispas refulgieron en el aire, la estancia quedó expuesta a la vista de Lerno.

Las paredes estaban construidas con pesados troncos asentados unos sobre otros. Enganchadas en la pared con retorcidas tachuelas, pendían herramientas que jamás había visto en su vida. Pero lo que más le extrañó fueron los dos grandes escudos que colgaban a ambos lados de la puerta principal.

Marlon llegó hasta la mesa y acercó una gran silla repleta de enormes pelambres, en la que se dejó caer.

—No intentes disculparte. Ya sabes qué opino de tus modales —dijo dirigiéndole la mirada, luego miró a Lerno—. Chaval, trae aquella jarra de allí y algo donde escanciar lo que tiene adentro.

Lerno se levantó y fue hacia donde le había indicado con la cabeza. La jarra descansaba en el suelo y resultó ser bastante pesada y de buen tamaño, así que necesitó ambos brazos para llevarla hasta la mesa. Luego regresó para volver con tres cuencos de barro, que repartió sobre la mesa. En todo aquel tiempo Marlon estuvo observando al muchacho.

—Aunque estoy enfadado, no te lo reprocho —continuó—. Si yo tuviera una hembra como la tuya, tapiaría la puerta y las ventanas y no saldría nunca.

Lerno miró a Halmor y descubrió que tenía el rostro completamente enrojecido por la vergüenza, sin saber qué responder. Marlon tomó la gran jarra y sin previo aviso se levantó y la metió en el fuego, algo que Lerno jamás había visto hacer a nadie. Al poco tiempo, un olor dulzón inundó el lugar y la gran jarra bufó lanzando vapor. Luego Marlon volvió a cogerla, esta vez empleando un largo pedazo de metal, y la volvió a depositar sobre la mesa.

—Acércame tu cuenco —dijo a Lerno.

Lerno obedeció y el salvaje inclinó la gran jarra sobre el cuenco, llenándolo hasta el borde con un líquido blanco bastante espeso que seguía hirviendo.

—Bébelo antes de que se enfríe. Te quitará el susto y el frío del cuerpo.

Lerno tomó el cuenco y lo dejó delante mientras lo observaba con curiosidad. Aquella extraña bebida desprendía un aroma agradable que le tentó a acercar su nariz para olerlo mejor. Halmor, a diferencia de Lerno, no dudaba y se relamía mientras Marlon llenaba su cuenco. Cuando lo tuvo entre sus manos no se lo pensó dos veces. Se lo llevó hasta los labios y bebió un buen trago con los ojos cerrados. Lerno trató de imitarlo y dio un sorbo. Mientras bebía, un anhelo hasta entonces perdido parecía haber despertado en algún lugar de su corazón. Aquel sabor dulce y especiado le hizo olvidar el lugar donde se encontraba.

—Parece que tu chaval nunca ha probado la leche —dijo Marlon a la vez que observaba como Lerno bebía sin separar ni un momento los labios del cuenco. Al no recibir respuesta miró a Halmor, que parecía ignorarle mientras bebía.

Marlon quitó el cuenco a Halmor y este lo miró indignado.

—Aparte de beberos la leche de mis cabras, ¿a qué más habéis venido? —le espetó—. ¿Después de todos estos años no pretenderás que crea que se trata de una visita de cortesía?

—¡Ni mucho menos! —exclamó Halmor un tanto fastidiado, mirando de reojo el cuenco que le había quitado.

—¿Entonces a qué habéis venido?

Halmor se aclaró la garganta y se dispuso a hablar. Cuando abrió la boca Marlon volvió a ponerle el cuenco delante de su nariz.

—Cállate y sigue bebiendo. Estoy tan enfadado contigo que no tengo ganas de oírte —gruñó desviando su atención al muchacho.

Halmor abrió los ojos, pero ante la visión del cuenco que Marlon había rellenado se limitó a seguir bebiéndolo. Marlon, por su parte, dirigió la mirada hacia Lerno y este dejó su cuenco casi de inmediato.

—Tú —dijo señalándole con un dedo—. Tú me dirás a qué habéis venido. Y más te vale no andarte con rodeos.

Lerno miró a Halmor y este levantó sus hombros, indicándole que no tenía más remedio. Así que le habló directamente.

—Hemos venido para que repares mi arco.

Marlon se quedó observando al muchacho como si lo que acabara de decir no fuera con él. Luego miró a Halmor, pero este prefirió seguir bebiendo de su cuenco.

—A ver si te he entendido. ¿No hay nadie en ese árbol que sea capaz de hacerlo? —Luego empezó a reír.

—Nadie que me conozca —dijo entonces Lerno, haciendo que Marlon arrugase su nariz. —¿Acaso no tienes nada que les interese? Créeme, sé cómo funciona vuestro sistema de favores.

—Aunque lo tuviera, sigue sin ser el motivo —intervino entonces Halmor, que había terminado de vaciar su cuenco.

Marlon observó al muchacho con el entrecejo fruncido.

Lerno miró a Halmor y este volvió a hablar.

—Vamos, díselo.

—¿Decirme el qué? —quiso saber Marlon.

—Soy como tú.

Marlon tomó la lámpara y le dio un ligero empujón, haciéndola correr sobre la superficie de la mesa, hasta que se detuvo frente al muchacho, dejando al descubierto su rostro. Cuando pudo verlo con claridad, se levantó de un brinco a causa de la impresión.

—¡Por los perros de Leya!

— ¿Qué?, ¿ahora vas a escucharme? —preguntó entonces Halmor con una media sonrisa.

—¿Qué son perros? ¿Y quién es Leya? —quiso saber Lerno, pero no obtuvo respuesta.

—Más te vale contarme qué es lo que sucede aquí. Y no te dejes nada — en esta ocasión fue a Halmor a quien apuntó con su dedo inquisidor.

Halmor le contó los detalles más trascendentales concernientes al muchacho. Marlon no paraba de mirar de reojo al muchacho, quien se sintió incómodo al ser el protagonista de aquella historia. Marlon insistía en conocer más detalles acerca de cómo había llegado hasta el valle. Cuando Halmor terminó de explicarse, hubo un silencio prolongado en el que solo las miradas hablaban. Marlon no sonreía, pero sus ojos parecían estar alegres

mientras observaba al muchacho con aquel toque de locura que le caracterizaba.

—Hace mucho tiempo que le debo un favor a Halmor.

Ambos lo miraron con interés, esperando a que Marlon les ayudase con el asunto por el que habían ido. —Pero no es a él a quien debo ningún favor. Así que no puedo ayudaros.

Lerno volvió a mirar a Halmor, que al parecer por su expresión aún no había asimilado las palabras de Marlon.

—Pero —volvió a hablar el salvaje, con una sonrisa siniestra que dejaba al descubierto la locura en su mirada—. Podría hacerlo a cambio de algo.

—Sabes bien que el chico no tiene nada de valor —intercedió Halmor.

—Nada que vosotros consideréis de valor, para mí significa mucho.

—¿Y qué es? —preguntó Halmor.

Marlon se frotó las manos y miró al muchacho como si tuviera ante sí un valioso tesoro.

—Repararé tu arco con una condición.

—¿Cuál? —quiso saber Lerno, presa de la curiosidad.

—Que te quedes aquí conmigo hasta el próximo invierno.

—¡Eso es una locura! —estalló Halmor—. Ni loco va a quedarse aquí contigo, maldito chiflado.

Marlon ignoró las palabras de Halmor y continuó observando al muchacho con las cejas levantadas. Lerno, por su parte, también ignoró al padre de su amigo mientras consideraba sus opciones. Se fijó en el rostro de Marlon, quien apenas movía un músculo esperando una respuesta por parte del muchacho.

La propuesta pilló a Lerno por sorpresa. No se imaginaba abandonando el árbol durante todo un lustro para ir a vivir con aquel salvaje a quien hacía solo unos instantes había conocido, pero en su interior sintió como si aquella idea le atrajera. Un sentimiento que empezó a crecer y que le hizo sonreír. Aquello bastó a Marlon para que él también sonriera y sus ojos adquirieran aquella locura que manaba de su fiereza.

—Acepto.

Marlon se levantó entonces de un salto de su cómodo sillón y se marchó al fondo de la estancia. Descolgó algunos artilugios que fue amontonando entre sus brazos. Halmor aprovechó para acercarse al muchacho y hablarle.

—Escúchame —llamó Halmor—. ¿Cómo explicarás tu ausencia durante tanto tiempo?

—Nadie me echará de menos, salvo vosotros y el profesor. Diréis que estoy enfermo, como aquella ocasión que enfermé y nadie se molestó en preguntar por mí.

—¿Sabes que podrías haber regateado? —dijo Halmor tras asimilar la respuesta del muchacho.

—Lo sé.

—¿Entonces? No tienes idea de lo que te espera al lado de este salvaje.

Lerno miró al gigante; caminaba tosco cargado con muchas herramientas, que le iban cayendo continuamente al suelo, mientras se quejaba en su propia lengua.

—Aunque me hubiera pedido más tiempo. Es la primera vez que alguien me quiere a su lado.

Halmor miró al muchacho y un asomo de comprensión se manifestó en su rostro.

—Además —añadió con una sonrisa—, salgo yo ganando.

—¿Y eso?

—Tengo muchas cosas que aprender del mundo de mi padre.

IV

Una sombra alargada silbó atravesando el aire y acabó impactando en la gruesa pared de troncos. A pesar del ruido de aquella flecha, Halmor continuó roncando. Lerno, en cambio, observaba con sumo interés la ardua tarea que Marlon llevaba a cabo con el arco de su madre. —No he conocido ser más honesto y bondadoso —dijo éste sin quitarle el ojo.

Lerno asintió con la cabeza tras dedicar una mirada al padre de su amigo.

—Chico, ¿te gustaría saber por qué vivo en este lugar?

Lerno volvió a asentir levemente con la cabeza y Marlon sonrió. Acto seguido ladeó su cabeza y señaló con un dedo a Halmor.

—Fue él quien me trajo hasta este lugar. Cuando crucé el paso de las montañas me atravesó la pierna con una de esas malditas flechas. Pero ese bastardo —volvió a mirarlo, pero en esta ocasión con una expresión distinta, casi rozando el afecto—, me arrastró medio valle y me ocultó en esta cueva. Ese es el favor que ha querido cobrarse por ti en esta noche.

—Pero... ¿Por qué no has querido aceptar ese trato?

Marlon siguió con su labor un instante y volvió a cruzar su mirada, apenas un breve instante, con el muchacho.

—Un favor así no se salda arreglando un arco.

Marlon se quedó quieto por un momento.

—Eso solo puede significar dos cosas. Bien porque eres importante para él, cosa que dudo, puesto que es un interesado y un cobarde. O bien porque le importas demasiado a otra persona, como su mujer. ¿Me equivoco?

Marlon lo escrutó con la mirada como si de aquel modo leyera los pensamientos del muchacho. Lerno no pudo evitar sonreír ante la suspicacia del salvaje.

—*Hum...* Así que fue ella —gruñó—. Después de todo, sigues teniendo una madre en ese árbol.

Lerno no consideró necesario decir nada. En el fondo, aquel salvaje tenía razón. Eina se había convertido en una madre recurrente incluso antes

de que Lerno aprendiese a dar sus primeros pasos. Aquel recuerdo despertó su interés por una cuestión que siempre le había rondado la mente en las tardes que pasaba contemplando las distantes montañas que separaban el valle del mundo de los humanos.

—Tú llegaste del otro lado.

Marlon asintió con un carraspeo, mientras amasaba un mejunje que desprendía un agradable olor a hierbas, para luego aplicarlo a lo largo del cuerpo del arco.

—¿Qué hay más allá de las montañas?

Marlon se detuvo y lo miró a los ojos. Supo que el interés del muchacho iba más allá de la mera curiosidad. A juzgar por su reacción, parecía haber estado esperando aquella pregunta desde hacía tiempo.

—Es demasiado grande para describirlo con palabras. Haría falta más de una noche para contarte lo que he visto. Y es bastante probable que sea de los que menos han podido ver. Pero te diré que hay muchos como tú en la gran ciudad al sur de las tierras donde yo nací.

Lerno escuchó con atención las palabras del salvaje, cuyo tono era apaciguado, mientras sus manos continuaban atareadas con la reparación del arco.

—¿Cómo es el lugar en el que creciste? —quiso saber Lerno.

—Mi tierra —dijo perdiendo la mirada en el hogar de las llamas—, es blanca como las nubes. Allí a donde mires todo lo cubren las nieves, desde las montañas hasta las cumbres donde acaban los bosques. Siempre hay abundante caza. A diferencia de ellos, mi pueblo no vive en ningún árbol, sino en cabañas como esta en las que vivimos con nuestras familias.

Guardó silencio durante largo tiempo con expresión de anhelo.

—¿Los echas de menos?

Marlon lo miró, entristecido.

—Dos niños y una hermosa pero fiera esposa. Si viven, deberían tener tu edad —respondió, sonriendo.

—¿No has intentado regresar?

Las manos de Marlon se detuvieron, como si aquella pregunta lo hubiera

sorprendido de alguna manera.

—¿Cruzar dices?

—Sí.

El salvaje miró de soslayo a Halmor, quien roncaba ignorando la conversación que ambos mantenían. Luego habló en voz baja.

—¿Qué sabes acerca de la grieta? —Sé que está prohibido atravesarla, como hizo mi madre.

Marlon se quedó atónito.

—No hay modo de salir de este valle, muchacho —y añadió—: No al menos para quienes estamos a este lado de las montañas. No tengo idea de cómo lo consiguió tu madre. Y no será porque no lo haya intentado.

Lerno escuchó al gigante con la boca medio abierta y la incredulidad en la mirada. ¿Cómo era posible que se lo hubieran estado ocultando? Pero de pronto recordó que su madre consiguió atravesar la gruta con un desconocido, quien bien pudiera ser su padre.

—Entonces, ¿cómo lo consiguió mi madre? —Si alguna vez lo supo, el secreto se marchó con ella.

Lerno miró las llamas que bailoteaban y crepitaban a espaldas de Marlon. Este percibió en el muchacho una expresión con la que estaba familiarizado.

—Lamento que no te quede familia, chico —dijo Marlon en tono afable. Luego volvió a mirar de reojo a Halmor con aquella sonrisa cargada de locura—. ¿Sabes? Tienes suerte de poder contar con amigos como él. Y con este arco que perteneció a tu madre.

—Supongo que sí —asintió.

—Jamás te fallará. Si alguna vez lo hace, será porque habrás errado en tus elecciones —comentó Marlon entregándole el arco—. Tu madre te acompañará allá a donde lo lleves. ¿Quieres saber cómo lo sé?

Lerno asintió.

Marlon se marchó y trajo consigo la extraña arma de filo curvo y mango alargado con que los había aterrorizado a su llegada. A la luz de la lumbre tenía un aspecto temible y Lerno no pudo evitar removerse.

—Esta hacha la heredé de mi padre, al que llamaban Jarlon el Temible. ¿Ves las muescas? —dijo señalando con sus dedos—. Ha sido blandida en incontables batallas. Ha atravesado centenares de escudos y armaduras y acabado con la vida de muchos. Cuando la sujeto, siento la furia de mi padre aferrándose al mango.

Lerno observó detenidamente el hacha y, sin quererlo, evocó el instante en que lanzó el arma hacia su cabeza.

—Sé que tú también sentiste esa furia cuando lo sujetaste. —Marlon no pudo evitar ocultar la admiración en su mirada.

Lerno entonces contempló el arco que sostenía entre sus manos. Su suave tacto le resultó entrañablemente familiar y, a diferencia de cómo le había ocurrido con el hacha del salvaje, sintió como aquel contacto le evocaba una paz inusitada.

—Bueno, dejémonos de tonterías. Ahora que por fin tienes tu arco, quiero que me hagas un favor, pero sin que se entere ese malnacido. Y sí, sigo enfadado con él.

Marlon caminó hacia el interior de la estancia y regresó, poco después, con un pequeño bulto. Estaba envuelto burdamente con una cuerda y un pedazo de piel.

—Dale esto de mi parte a Eina cuando estés a solas con ella. Ella sabrá lo que hacer.

—¿Cómo...?

—¿Qué cómo sé su nombre? Observa la mesa, chico. Yo no sé hacer cuencos.

Ambos sonrieron cuando Halmor se removió en su sitio y siguió roncando como si no hubiera dormido en días.

—Oh, una última cosa antes de que salgáis corriendo. Dile al profesor que el bosque está creciendo. Es importante que se lo digas. Ahora, si me disculpas...

Lerno no comprendió a qué se refería, pero sus pensamientos se vieron interrumpidos por lo que el salvaje hizo a continuación. Este se incorporó y tomó tanto aire como pudo.

—¡LARGO! —gritó.

Rugió tan fuerte que Lerno no tuvo más remedio que cubrirse los oídos. Halmor, por su parte, saltó de su silla y acabó cayendo de espaldas contra el suelo. Trató de levantarse, pero sus piernas no le respondieron del modo en que él quería.

Ambos rieron al ver como el curtidor trastabillaba buscando la salida, al tiempo que lanzaba improperios al gigante.

—Recuerda chico —dijo Marlon en cuanto Halmor se perdió de vista—. No olvides nuestro acuerdo.

V

—Hacía mucho que no te veía alejarte tanto del camino.

La solitaria na´rin ignoró las palabras del anciano, que le habló desde un árbol cercano. Yacía encorvado sentado sobre la tierra. Como si se tratase de una raíz marchita más, descansaba su espalda sobre el hueco tronco con aquella capucha cubriendo su rostro. Ella fingió no escucharlo, aunque cualquiera hubiese temblado al escuchar aquella voz profunda y espectral.

Siguió caminando despacio, altiva, entre los siniestros árboles que un día había amado. Con las vestiduras rasgadas y los pies desnudos, pisaba la tierra marchita. Como el velo de una novia, una oscura neblina la perseguía allá a donde iba, sumergiéndola todavía más entre las sombras de aquellos árboles secos.

—Sabes bien que no debes continuar —volvió a hablar el anciano, sin dirigirle la mirada.

Se quedó allí de pie, observando como la verde hierba menguaba bajo sus pies y se convertía en cenizas. Más adelante, a apenas veinte pasos de donde estaba, dos extraños flanqueaban el límite de aquel bosque.

—No es común verte tan cerca del camino. ¿Qué te ha hecho abandonar tu escondite?

El anciano estaba en lo cierto. Una extraña sensación que creyó extinguida hacía demasiado tiempo la había atraído hasta aquel lugar alejado, a pesar del dolor que le producía aquel atrevimiento.

—Qué fortuita coincidencia —insinuó el anciano mientras observaba a los recién llegados.

Al frente, un na´rin de aspecto famélico caminaba mientras sostenía con mano trémula un farolillo, cuya luz bailoteaba por la lontananza. Su miedo podía olerse desde la distancia. Tras él iba un joven humano, ¿o tal vez un na´rin?, ¿ambos? Fuera lo que fuese, aquel pequeño fue la razón de que ella apareciese. Aquel muchacho se detuvo y miró al lugar donde ella se encontraba.

Aunque el joven no se dio cuenta, ambos cruzaron sus miradas durante

un breve instante, hasta que el anciano, con un movimiento de su mano, hizo aparecer una densa niebla que la engulló por completo.

—Es extraño que en estos tiempos se dejen ver —el anciano observó con atención a la mujer, que había retrocedido un paso al ver los ojos del muchacho.

—¿Quién es el joven? —habló por vez primera la desconocida. Su voz se escuchó como si surgiese del interior de un pozo sin fondo.

El anciano se puso entonces en pie y su herrumbrosa y raída túnica se descolgó de sus hombros, ocultándole el cuerpo por completo. Luego, se acercó lentamente a la mujer, que curioseaba dirigiendo su atención hacia la distancia.

—¿Por qué te interesa el muchacho? —sintió curiosidad el anciano.

Ella trató de avanzar, pero se detuvo al ver como un árbol cercano se oscureció de pronto. Sus hojas se tornaron amarillas y empezaron a caer al suelo en silencio.

—Recuerdo...

El anciano se detuvo al escuchar aquella palabra. Tal vez... Solo tal vez fuera posible que ella recordase.

—Recuerdo la ciudad de Dunas de plata. Pero ¿quién es ese a quien no consigo ver? —Su pensamiento se manifestó en voz alta.

El anciano continuó aguardando en silencio.

—Lo recuerdo libre..., vestido de oro y piedras. Pero también cautivo, portando grilletes y cadenas. Pero esos no eran sus ojos.

—Entonces, ¿de quién son? —preguntó despacio el anciano, tratando de no perturbar su trance.

El viento aulló sobre las copas de los árboles y la capa del anciano se revolvió.

—Son mis ojos...

De pronto el viento cesó, muchos otros árboles sanos empezaron a palidecer a su alrededor. Una voz ancestral surgió desde las profundidades del bosque marchito, haciendo que la mujer se estremeciera.

—Él también lo ha visto.

—Regresa —urgió el anciano—. No permitas que se libere.

Ella asintió y caminó por el angosto camino, hasta perderse de vista, hacia el lugar por donde había llegado.

Una vez estuvo solo, dirigió su mirada hacia el lejano horizonte, donde se adivinaba la silueta de las afiladas montañas de hielo. Luego, se llevó la mano bajo la capucha y de su interior surgió una delgada hebra que flotó en el aire y brilló en mitad de la oscuridad.

—El vagabundo debe saber.

La delgada hebra se agitó en el aire y la voz de una mujer surgió de ella.

—Solo si me permites cuidar de él.

El anciano tardó un tiempo en responder.

—Con una condición —dijo al fin—. No podrás hablar con él.

La diminuta voluta brilló iluminando la raída túnica del anciano.

—Sea, pues.

Entonces el anciano agitó lentamente su mano y de la hebra surgieron plumas, garras y unas alas que lucharon contra el viento con furia. Dos grandes ojos amarillos dedicaron una profunda mirada al anciano desde la distancia antes de perderse en la oscuridad de la noche.

—Ve, antes de que sea demasiado tarde.

VI

—Y luego se pregunta por qué no voy a visitarle. ¡Maldito idiota! —se quejó Halmor cuando ambos cruzaron el umbral de la puerta.

Eina hacía tiempo que les estaba esperando sentada a la mesa, y los recibió con aspecto de cansancio. Al parecer, no había podido pegar ojo desde que se habían marchado. Halby, por el contrario, dormía en su alcoba a pierna suelta.

—No te quejes tanto —inquirió Eina a su marido levantándose para ir a darles la bienvenida—. ¿Cómo es posible que sigas asustándote con sus bromas?

—¿Bromas dices? —Halmor parecía ofendido—. Lerno, cuéntale como nos ha lanzado esa hacha el muy bruto.

—Sí, es cierto, aunque —Lerno levantó ambos hombros— deberías ir a verlo más a menudo. Está bastante molesto.

—El chico tiene razón, cariño.

—Eina le dirigía una mirada acusatoria.

—Sí..., bueno —empezó Halmor, y se quejó tras meditarlo durante un breve instante—. Es que no me gusta que me asusten.

Los tres se sentaron a la mesa y Eina cogió el arco de Lerno, el cual se lo cedió de buen gusto. Ella lo acarició y lo miró con cariño, como si estuviera sosteniendo a un viejo conocido.

—Al final ha hecho honor a la deuda, y de qué manera —dijo ésta admirando la pieza.

Halmor y Lerno cruzaron sus miradas, detalle que no escapó a los ojos de Eina.

—¿Qué sucede?

—Respecto a eso... —empezó Halmor—, hay un pequeño detalle sobre el que deberíamos tratar. No me mires así, no tiene demasiada importancia...

Durante el viaje de retorno, Halmor y Lerno habían pasado la mayor parte del trayecto discutiendo la forma de encauzar la discusión que iba a tener comienzo, sobre las reacciones de Eina y cómo debían actuar en cada caso. Ambos habían coincidido en la mirada sibilina, inteligente y amenazante que descargaba en su marido y en el chico en aquel preciso instante.

—Dilo, sin rodeos —dijo, manteniéndose erguida como una serpiente olisqueando con su lengua el aire frente a ella.

Volvieron a cruzar sus miradas, confirmando que debían confesar todo de golpe antes de que su mente afilada asimilase la mala noticia. Así que Halmor dio el siguiente paso.

—Halmor dijo que no era a mí a quien hacía el favor. Así que Lerno ha hecho un trato con él. Han acordado que le reparaba el arco a cambio de que pasara todo un lustro a su lado —dijo rápidamente Halmor mientras aguantaba la respiración, y añadió—: y Lerno ha aceptado.

Eina no mostró ninguna reacción y se mantuvo observando a su marido, al que le sudaba la frente mientras trataba de coger aire. Luego, giró la cabeza y miró a Lerno, reaccionando de una forma que ninguno de los había predicho. Relajó la dureza de su mirada y habló.

—Me parece justo.

—¿Cómo? —preguntaron al unísono, incrédulos.

—No es ningún trato. Es un regalo. Con Marlon aprenderás lo que nadie de aquí te querría enseñar. Podrás saber acerca del lugar de donde provienes, cosas que ni el profesor ni nosotros jamás te podríamos mostrar.

Halmor y Lerno cruzaron sus miradas de nuevo, presos del giro inesperado que había tomado el asunto.

—Ahora es momento de ir a dormir. Mañana trataremos de organizar la cacería.

Halmor se levantó de la mesa y se despidió de Lerno, y este hizo lo propio. Cuando Halmor salió de la estancia, Lerno aprovechó para sacar el

pequeño objeto envuelto en piel que Marlon le había entregado para dárselo a la mujer del curtidor. En cuanto Eina lo vio, lo tomó y lo desenvolvió ante el muchacho, dejando a la vista una diminuta urna con un tapón de madera en la parte superior. Eina tiró de esta y decantó su contenido sobre su dedo, el cual se llevó a la boca y lo probó relamiéndose los labios. Luego miró al muchacho y vio que la miraba con suscitado interés.

—Pon un dedo aquí.

Lerno obedeció y ella decantó nuevamente la urna, de la que manó el hilillo dorado de un líquido espeso que olía a flores. Se lo llevó a la boca y un sabor extremadamente dulce invadió su paladar, haciéndole toser. Se cubrió la boca con sorpresa mientras ella lo observaba con picardía. Ambos rieron en silencio, tratando de no llamar la atención de Halmor. Poco después, Eina escondió la pequeña urna en su armario y regresó a la mesa. Su expresión cambió cuando volvió a ver el lustroso arco sobre la mesa.

Lerno descubrió que parecía entristecida.

—Quédate. Debo contarte una historia.

VII

Anduvo la corta distancia que la separaba de la puerta, pero fue incapaz de moverla. Alguien, tras ella, trataba de evitar que saliera. Miró con fastidio la mano que la retenía, pero aquella joven aún parecía más enfadada.

—¡Lura! —maldijo la joven Eina con aquel genio implacable que la caracterizaba—. Estás loca si crees que puedes largarte así, sin más.

—No tengo más remedio —repuso—. Debo marcharme antes de que se vuelva a cerrar la puerta. Antes de que lo encuentren.

—Es muy peligroso... Podrías perder la vida.

Las lágrimas resbalaron por sus mejillas.

Solo hubo miradas de entendimiento donde reinaba el silencio, hasta que Eina tomó la palabra.

—Al menos... —La miró con aprensión y una sonrisa velada—. Cuéntame cómo es.

La tarde cayó sobre el valle como una espesa cortina, cubriendo las copas de los árboles. Tumbada sobre la fresca hierba, miraba un cielo que la hizo sentirse minúscula, como si se asomase a un precipicio azul que discurría distante e infinito. Aquella sensación de caída libre podía llegar a absorberla durante horas hasta la llegada de las primeras estrellas.

Estaba junto a una hermosa laguna, rodeada de hiedras y arbustos, que la ocultaban del resto del bosque, al regazo de la montaña. Pronto llegaría la noche y con ella el frío que descendía de las montañas para cubrir las hojas de escarcha en el valle.

Había llegado la hora.

Caminó hasta la orilla y se agazapó para acercar su rostro a la superficie del agua. Asombrada, una hermosa y joven nárin de ojos verdes le devolvió la mirada. Siguiéndole el juego, su reflejo le sonrió y rio hasta que su largo cabello, negro como el cobalto, resbaló por su cuello perturbando la calma del agua. Pronto, los pececillos recién nacidos acudieron para jugar con su pelo.

Su risa resonó en la laguna cuando sintió las frías gotas de agua

descolgándose por su espalda, escurriéndose entre las comisuras de su armadura de cuero negro. Sus dedos recorrieron la superficie del agua, sintiendo las cosquillas que los diminutos pececillos le producían.

Hacía mucho tiempo que no se permitía visitar aquel lugar tan alejado del árbol. Muchos salvajes atravesaban por aquellos días la grieta, movidos por el miedo o la ira, y llevaba vigilando y andando por el bosque durante días sin apenas poder ver el agua.

El fresco contacto del agua sobre su mano la convenció para darse un capricho en aquel recóndito lugar. Dejó caer sobre la mullida hierba la oscura capa y se despojó de todas sus ataduras hasta quedarse desnuda, al amparo de las arroyuelas que adornaban la laguna y el aroma del dulce jazmín que envolvía aquellos árboles.

Su delicada piel brilló ante la ausencia de la armadura a la luz de la reciente luna. Se sumergió mezclándose con el espejismo de su propio reflejo, con tal delicadeza que pareciera verla nadando entre las estrellas. Daba tanta envidia, que un pez la salpicó con su cola, poniendo fin al espejo que la envolvía. Ella se burló y consiguió atraparlo con ambas manos. El vil pez aleteó con nervio tratando de escurrírsele, pero desistió tan pronto sintió los suaves dedos acariciando bajo sus aletas. Sonrió y soltó al pez que, en lugar de marchar, le devolvió el favor picoteándole la piel para encontrarle las cosquillas. La silenciosa laguna se impregnó de risa en algún lugar que ella solo conocía, lejos del árbol sagrado de los na´rin.

Pero esa noche los insectos y las aves guardaron silencio cuando llegó el sonido de la hierba pisoteada, el crujido de pequeñas ramas que se desdoblaban y rompían para ceder el paso a lo que se acercaba desde la distancia. Aún desnuda, no vaciló. Con la agilidad de una gacela salió del agua, hacia donde sus pertenencias; asió su arco de cerezo y, sin moverse, tensó la cuerda y apuntó a los arbustos del otro lado de la laguna con una de sus flechas negras. Los crujidos cesaron y de entre las sombras surgió la figura de un desconocido, cubierto por una oscura capa que le ocultaba por completo. Este se apoyó contra un árbol cercano y, vacilante y cabizbajo, miró a la na´rin que, desde las sombras, le amenazaba con su arco. Ella, sorprendida, alzó las cejas al verse descubierta con tal facilidad, pero lo que más la sorprendió fue escuchar aquella voz humana hablándole en la antigua lengua de los na´rin, que ella había aprendido en los polvorientos manuscritos del profesor.

—Por favor, ayúdame.

Las palabras llegaron arrastradas por la brisa a oídos de la na´rin débiles y cargadas de dolor. Luego, la cabeza del desconocido quedó inerte y su cuerpo se desplomó sobre el agua. La na´rin dudó y observó como aquel ser flotaba sobre el agua sin moverse. Caviló un momento y decidió que había llegado el momento de bajar el arco.

Miró el agua y el color del rubí plagó la superficie de la laguna. No dudó en abandonar el arco y echarse al nado; se acercó al cuerpo, que tenía la cabeza hundida bajo la superficie. Tiró de la capa y lo arrastró hasta la orilla, dejando medio cuerpo fuera del agua.

A primera vista supo que estaba herido por dos flechas que le atravesaban muslo y hombro. La primera había sido rota por él mismo a dos dedos de la carne. La segunda sobresalía mostrando unas ensangrentadas plumas negras.

La na´rin sabía que nadie podía vivir mucho tiempo tras ser herido por una de aquellas flechas. Mucho menos si eran dos las que hendían al desgraciado que tenía ante sus ojos. Pero aquel desconocido, que era humano, había rogado su ayuda en el idioma de los na´rin.

Ella no supo qué hacer, hasta que recordó las enseñanzas del anciano: ofrecer ayuda a quienes la necesitan, tanto na´rin como bestias. Aquel salvaje no tenía de ambos más que la lengua y un hermoso rostro que resplandecía a la luz de la luna. Su sien estaba recubierta de fiebre y sus ojos cerrados transmitían sinceridad. No halló a ningún salvaje en aquellos suaves labios, que le provocaron cosquillas en las yemas de los dedos. Aunque parecía joven, su pelo cano sobresalía de su capucha y le otorgaba una belleza inusitada.

Las historias que el profesor le contó de niña siempre habían descrito a los humanos como feos y viles, salvajes, faltos de lengua o escrúpulos, que encontraban diversión y placer en la matanza. Pero aquella criatura temblorosa nada se parecía a aquellas historias, pues más bien se asemejaba a los héroes o príncipes de las leyendas o de las ensoñaciones que las na´rin compartían en secreto. Fue precisamente aquella manifiesta belleza la que sembró la duda en el corazón de la na´rin.

Tiró de él con cuidado a través de la suave hierba, llevándolo lejos del

agua, hasta un claro apartado. Allí llegaba la tenue luz de la luna a través de los helechos y las altas ramas de los árboles. Cuando tocó la flecha del hombro, el extraño despertó aferrándose con fuerza al brazo de ella, haciendo que se sobresaltara. Tenía la mirada puesta en ella, y su rostro manifestó miedo y sorpresa. Sus ojos grises le transmitieron un afecto que hizo que se ruborizase por completo.

—Irdrässil... —la débil voz de aquel extraño le habló en su propia lengua como si la conociera—. Has venido a llevarme contigo.

Luego liberó su brazo y le acarició el rostro, recorriendo con su suave mano desde la sien hasta los labios. Los acarició con sus dedos, antes de entornar aquellos ojos grises, para volver a desmayarse.

Aunque desnuda, se enderezó y corrió deprisa, en busca de sus pertenencias, para tratar de salvar la vida del extraño salvaje. No fueron las historias de su infancia, ni el odio o el miedo quienes la convencieron. Fue el hecho de haber escuchado de sus labios que una vez hubo amado a alguien con quien la había confundido por la fiebre del veneno de aquellas flechas. Alguien que ama jamás puede considerarse un salvaje.

Retiró apresuradamente el amasijo de telas sucias y húmedas que envolvían al extraño. A medida que le desprendía de sus ropas revelaba la pálida y delicada piel de su torso. Sirviéndose de un afilado cuchillo que encontró entre sus ropas, logró sacar con cuidado los últimos harapos del lugar donde las flechas atravesaban el cuero y la tela hendiendo la carne. Asíó su carcaj, del que extrajo una flecha distinta a las demás. Con gran práctica, despuntó la flecha y del interior del asta cayó un polvo que abrasó la hierba.

—Esto te va a doler.

Puso el remedio sujetándolo con sus labios, mordiendo aquella asta hueca con los dientes, mientras que con ambas manos asíó las que sobresalían del muslo y el hombro, y tiró de ellas con fuerza. Desgarrando la carne, dejó a la vista dos oscuros orificios de los que manó la sangre. El extraño no reaccionó, víctima del avanzado proceso del veneno. Miró ambos agujeros, para los que solo disponía de una solución. No lo dudó, se llevó el remedio a los labios y vertió parte de aquel polvo en su boca. Luego clavó el asta en el muslo y llevó sus labios hasta la herida del hombro. Probó la sangre del hombre, aunque no sabía a sangre. Era dulce y amarga a partes iguales.

Se quedó allí, tumbada al lado del extraño, taponándole la herida con su cabeza apoyada sobre el hombro, transmitiendo su calor, envolviéndolo con su cuerpo desnudo. Pese a todo, ella dudaba de que pudiera salvar al extraño. Su cuerpo estaba helado y temblaba. Pero a pesar de ello, le sorprendió que, durante un breve instante, el extraño despertase. Sintió como el desconocido acercaba su nariz, rebuscando entre sus cabellos para aspirar el aroma de su cuello. Luego, le regaló un tierno beso, al que siguió una débil palabra.

—Gracias.

Él perdió el conocimiento. Ella cayó en un profundo sueño.

Al principio sintió frío, pero en su sueño lucía un sol que le abrasó la piel. Al dejarse caer entre las flores, estas se tornaron en unos extraños frutos aterciopelados que la embriagaron con su suave y cálido tacto. Sintió que tenía la nariz helada por el frío, así que rebuscó entre los frutos y las flores hasta que encontró la esencia del fresno y el dulzor de la canela tras aquel cálido cuello. Aquella noche, la llama prendió en lo más profundo del bosque. En lo más hondo de su corazón.

VIII

Se sobresaltó cuando sintió que algo la había golpeado en la frente. Abrió sus ojos y trató de protegerse de la cegadora luz del alba. Miró a su lado y entre sus cabellos encontró una diminuta bellota. De pronto, como una tormenta de verano, recordó dónde se encontraba.

Estaba cubierta con su propia capa, y a su lado la aguardaban todas sus ropas, carcaj y arco. Pero no halló ni rastro del extraño.

Rebuscó entre los arbustos y más allá en la orilla, sin embargo, no pudo verlo por lado alguno. No tuvo tiempo para sentirse abandonada, pues el sonido de hojas pisadas por muchas botas llegó hasta sus oídos, y supo que se acercaban.

Asió sus ropas y se vistió tan rauda como pudo. Bajo la última prenda halló un montoncito de frutos secos y algunas bayas que el extraño había dispuesto sobre una gran hoja de palma. Sonrió, sintiéndose agraciada mientras miraba a su alrededor. Cuando empezó a comer, sintió que los recién llegados la observaban desde la lejanía. Al mirar atrás, atisbó un numeroso grupo de na´rin portando sendos arcos a sus espaldas.

Uno de aquellos na´rin, de rostro despectivo, mirada recia y paso altivo, se acercó a ella por la espalda, quedándose a tan solo un par de pasos.

—¿Qué se supone que haces aquí? —dijo él plantándose ante la na´rin, interponiéndose entre ella y la vista de la laguna—. ¿Acaso pretendes no responderme?

Lura siguió comiendo los frutos y trató de ignorar a quien tenía a escasamente un paso de distancia.

Aquel na´rin, que vestía el mismo color de armadura que ella, dio una patada a los frutos al ver que lo ignoraba. Ella vio como la hoja salió despedida con el resto de los frutos, luego lo miró a los ojos. Se trataba de Metius, un na´rin procedente de una de las familias de mayor prestigio de Alicorn y comandante de los exploradores. Metius sonrió con malicia.

Aunque sintió la rabia palpitándole en la sien, hizo acopio de frialdad y continuó ignorándolo.

—No necesito tu permiso. Puedo hacer cuanto desee sin tu

consentimiento —respondió ella, mientras seguía con la mirada perdida en algún lugar de la laguna.

—Aprovecha cuanto puedas —le espetó con arrogancia—, hasta que nuestras familias queden unidas. Entonces...

—Eso jamás ocurrirá —cortó ella.

Metius no disimuló su enfado, pese a encontrarse cerca del resto de exploradores que comandaba. Era conocido por aquella arrogancia. Al ver la pasividad de la joven, la agarró con sus manos por el mentón y la obligó a mirarle. Lura sintió que le faltaba el aliento cuanto Metius empezó a hablarle.

—No eres nadie. La última de tu linaje. No tienes nada y vives en esa cueva a la que llamas hogar. Pronto no tendrás más remedio que pertenecerme, porque nadie más te aceptará en su familia.

La na´rin, presa del yugo, miró con gran desprecio al opresor, que parecía disfrutar con la visión de su asfixia. Sintió que le dolía la sien y su vista empezó a fallarle, pero se mantuvo impávida, mirándole fijamente a los ojos. Por alguna razón, su mano buscó refugio en la tierna hierba, donde sus dedos encontraron algo duro y frío. Era el cuchillo del desconocido a quien había salvado la vida.

Su mano asió la empuñadura y apuntó con el filo al cuello de Metius, donde la sangre empezó a manar con un pequeño hilillo. Él, con mirada incrédula, retiró ambas manos de su cuello. Lura sintió de nuevo el fresco aire recorriendo sus pulmones, sin poder evitar toser por el esfuerzo de volver a respirar. Metius retrocedió un paso cuando ella se levantó, erguida; mantenía el cuchillo con la punta clavada en su cuello.

Retrocedió otro paso.—¿Qué te crees que haces? —dijo Metius, asustado y molesto a partes iguales.

Otro paso y se escucharon el sonido del agua bajo sus pies.

—Te juro que no vas a salir de esta. ¿De dónde has sacado ese cuchillo? —Se sorprendió entonces cuando vio la hoja—. ¡Es del salvaje!

El grupo de exploradores ignoró lo que sucedía al otro lado de los arbustos, donde ambos se encontraban. Estaban acostumbrados a aquel tipo de trato hacia aquella na´rin por parte de su comandante.

Otro paso más.

De pronto, una sombra apareció bajo el agua y tiró fuertemente del pie del na´rin. Metius, con un grito ahogado, desapareció engullido por el agua. Aquella fue la última vez que Metius, hijo de Matius, molestó a la na´rin. Fuera lo que fuese aquella sombra bajo el agua, esa fue la última vez que se vio a Metius con vida.

—Grita ayuda —le susurró una voz a sus espaldas.

Ella miró, pero no vio a nadie. Fuera quien fuere, había desaparecido con una agilidad sorprendente y le había quitado el cuchillo de sus manos. Aun así, obedeció, puesto que no tenía explicación para lo que acababa de suceder.

—¡Auxilio! —gritó la na´rin.

—¡Lura, estás aquí! —gritó el anciano, que llegó a su altura mientras se sujetaba el pecho con una de sus manos. Respiraba con dificultad, pero pese a ello continuó—. Ya estoy mayor para estas carreras, jovencita. Sabes que está prohibido acercarse a este lugar.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó uno de los exploradores—. ¿Dónde está Metius? —Algo lo ha arrastrado hacia el agua y no ha vuelto a salir —dijo Lura, asustada.

—¿Es cierto eso? —cuestionó otro explorador.

Varios exploradores se quitaron las corazas y las capas y se lanzaron al agua.

—Investigad lo sucedido. Debo llevar a Lura de vuelta a Alicorn. No es seguro con ese salvaje por ahí suelto —mandó el profesor.

Varios exploradores más se lanzaron al agua en busca de Metius, y otros bordearon la laguna dejando solos al profesor y a Lura.

—No necesito que nadie me diga lo que debo hacer —repuso Lura.

—Esto no depende de ti —susurró el anciano, sujetándola por el brazo para evitar que se marchara—. La desaparición de Metius no ha sido casual. Debemos prepararnos para lo peor.

—Él desapareció bajo el agua... —trató de decir, pero el profesor selló sus labios con un gesto de silencio.

—Ahora no. Marchémonos.

Caminaron en silencio a través del sendero que les conduciría a Alicorn. La niebla de la mañana dificultaba la visibilidad y anunciaba la cercanía del solsticio de invierno. Pronto, las nieves descenderían de las montañas y helarían las tierras bajo las montañas. Aún no había salido el sol, pero ya se podía divisar por encima de los árboles el resplandor de los primeros rayos.

El viaje fue más lento de lo habitual debido a la presencia del profesor, que caminaba algo despacio a causa de su edad.

—¡Maldita sea! —maldijo el profesor, tratando de sentarse en una roca que había a su lado, pegada a un viejo árbol de aspecto extraño.

—¿Qué sucede, profesor? —quiso saber Lura, que sujetaba al profesor por un brazo para ayudarlo.

—Los años, muchacha. Son los años los que pasan, pero el dolor en las piernas siempre se queda.

—Iré por agua, si hace falta —se ofreció Lura, al tiempo que dejaba su arco y demás enseres al lado del árbol.

—No es necesario —rechazó el profesor. Luego, miró hacia lo alto y señaló uno de los frutos de aquel árbol—. Pero no me negaría a darle un bocado a esa fruta.

Lura miró hacia arriba y descubrió un fruto que jamás había visto en su vida. Rojizo y brillante, permanecía sujeto a una fina rama en lo más alto del árbol. Para cogerlo, debía trepar por la enmarañada copa, abigarrada de pequeñas ramas y hojarasca.

—Tal vez sea demasiado complicado —sugirió el anciano.

Lura se acercó al árbol con la intención de treparlo. El manzano parecía ser tan viejo como el profesor. Había infinidad de imperfecciones en el tronco que permitían la escalada con extrema facilidad, y antes de darse cuenta ya se encontraba sujeta a las primeras ramas del árbol. Pero estas eran delgadas y abundaban. Se escurrían y doblaban con extrema facilidad, arañándola a cada intento que hacía por subir más. Trató de elevarse, pero no encontró rama que soportara su peso.

Gritó, aterida de rabia.

Aquella manzana se negaba a ser alcanzada a tan solo un palmo de sus magullados dedos. Trató de tirar de todas las ramas, rompiendo algunas,

hasta que resbaló y cayó de bruces contra el suelo. Se quedó allí tumbada boca arriba, mirando como la roja manzana se burlaba de ella.

—¿Ya has desistido? —se burló el profesor mientras observaba el lejano paisaje.

Con su largo cabello cubierto de hojas, volvió a trepar el enorme y deforme tronco del manzano, decidida a conseguir aquella manzana. Subió hasta la revuelta de ramas, y una vez allí peleó tratando de ascender hasta lo más alto. Intentó atrapar la manzana, pero apenas alcanzó a acariciar su piel con la yema del dedo. Se quedó quieta, pensativa, ideando algún modo de obtener el fruto sin correr la suerte de su último intento. Rompió una delgada rama que jugueteaba acariciándole la barbilla e hizo un nudo en torno a ella. Sujetándola con cuidado del otro extremo, hizo pasar la manzana a través del nudo y tiró atrapándola en aquella improvisada trampa, hasta que se desprendió con facilidad de la rama que la sujetaba.

Bajó del árbol con cuidado de no perder aquel precioso fruto, y se acercó al profesor, que se había vuelto a calzar las botas. Ante la atónita mirada de la na´rin, el profesor se incorporó y pasó por su lado ignorándola. Luego, se acercó al árbol y se quedó observándolo.

—¿Qué acabas de aprender? —preguntó entonces el profesor.

—¿Que no tiene hambre? —respondió, un tanto molesta.

—Tener hambre, tengo. Pero esa no es la respuesta.

—¿Hay que ser insistente para conseguir lo que se quiere?

—Sin insistencia no hay consecuencia. Pero esa tampoco es la respuesta.

—No lo entiendo. ¿Entonces, por qué me ha hecho subir a ese maldito árbol? —se enfureció Lura al sentirse presa del juego del anciano.

El profesor acarició el tronco del árbol, apartando algunas de las ramas rotas y hojas que lo ensuciaban.

—¿Te puedes creer que este es el único manzano que existe en todo el valle? —habló el profesor sin mirar a la joven—. Ninguno más. Y los que son de su especie solo crecen al otro lado de las montañas.

Lura miró entonces el árbol, de aspecto magullado, y la brillante y rojiza manzana que seguía sosteniendo en su mano.

—¿Cómo llegó hasta aquí?

La brisa procedente de las montañas empezó a aullar sobre las copas de los árboles y el profesor regresó para sentarse en la roca junto a Lura. Sus ojos entristecidos se tornaron entonces hacia la na´rin, de mirada curiosa. Sus ojos verdes evocaron en el anciano una cálida y comprensiva sonrisa.

—Como tú, en mi juventud fui explorador. No por vocación, debo admitirlo, y no por mucho tiempo. Mi padre me obligó por tradición de familia. Tal día como este, discutí con él y me alejé del resto del grupo que comandaba mi padre. Preso de un odio juvenil, me adentré en los lindes de las montañas, allí descubrí el lugar donde te ocultas.

Lura trató de hablar, pero el profesor la interrumpió.—No me tomes por tonto. Al menos, no a mí. Desde el primer día sé que era allí a donde ibas. El olor a jazmín es difícil de disimular.

Lura miró hacia el suelo sintiendo el calor en sus mejillas, avergonzada por saberse descubierta de aquella manera.

—No seas necia. Este valle es demasiado pequeño para quienes tenemos el espíritu inquieto.

Lura sonrió.

Desde aquel lugar, se podían observar las cumbres de las montañas de roca y hielo, cortando el horizonte de lado a lado. Las copas de los árboles parecían situarse bajo sus pies, dispuestos a que caminasen sobre ellos hasta el lugar donde se asentaban aquellas montañas.

Tras un momento de silencio, Lura fue la primera en hablar.

—Profesor..., ¿puedo hacerle una pregunta?

—Sí, adelante.

—¿Cómo llegó el árbol hasta este lugar?

—¿De verdad quieres saber? —El profesor la observó con aquella mirada inteligente con que solía retar a sus alumnos—. Tal vez no te guste la respuesta. En ocasiones, el desconocimiento aporta la felicidad que el conocimiento se lleva.

—No me importa. Quiero saberlo.

—En una de tantas escapadas descubrí a una mujer bañándose en esa

laguna. Sí, a una humana. No me mires con esa cara. Era preciosa. Tenía el cabello del color de la puesta del sol en un día de mucho calor. Nada que envidiaros a las na´rin.

Tras un intercambio de sonrisas, el profesor continuó.

—Estaba sola y parecía hambrienta. De algún modo me las arreglé para llevarle comida, pues, aunque era muy bella, no era tan resuelta a conseguirla por sí misma —sonrió el anciano profesor—. Un día me quedé dormido observándola mientras comía. La muy atrevida aprovechó el descuido para descubrir a quien le traía la comida. Cuando desperté, ella estaba bañándose como la habían traído al mundo. Y yo cubierto de flores por todas partes.

—¿Cómo se entendían? —quiso saber Lura.—Si te refieres a nuestras lenguas, eran distintas, sí. Pero cuando el corazón habla, pocas lenguas hacen falta.

—¿Qué fue de ella, profesor?

El profesor observó el horizonte con la mirada perdida durante largo tiempo. Luego respondió.

—Murió. Pero esa es otra larga historia, y hoy no nos queda más tiempo. Solo te diré que lo último que me dejó fue un fruto como el que sostienes. El fruto del que brotó el viejo árbol.

IX

—¡Vamos, déjame! —exclamó Halby—. Solo una flecha.

—¡Ni de broma! —se burló Lerno, que esquivó a su amigo alzando en el aire su arco.

Ambos corrieron por el sendero del este, que las raíces habían ido formando a lo largo de los siglos. Salvo sus voces y sus escandalosos pasos, no se escuchaba absolutamente nada. Ni la brisa, ni las aves que llegaban en ocasiones a ensordecer los oídos de quienes cruzaban el camino al lugar donde se solía practicar el tiro con arco.

Ambos se detuvieron en un recodo del camino, donde había un viejo árbol podrido que los dos amigos solían emplear para practicar con el arco de Halby.

—Se me hace extraño verte con tu propio arco —dijo este mirando a su amigo.

—Y a mí.

Lerno se quedó mirando su arco, el cual todavía no había podido disparar desde que Marlon lo había reparado hacía ya varios días. El evento de la caza estaba próximo y debía practicar si no quería errar el tiro.

—Toma. El primer disparo es tuyo —dijo Lerno sorprendiendo a su amigo.

—¿Lo dices en serio? —se sorprendió Halby. Tenía los ojos muy abiertos, observando el arco que Lerno sostenía frente al muchacho.

Según la tradición de los na'rin, salvo el propio artesano, debe ser su propietario quien dispare la primera flecha. No era una ley impuesta. Pero se decía que el arco podía resultar maldito si una mano ajena disparaba la primera flecha, pues daría mala suerte al dueño que tratase de acertar la presa. Por el contrario, ceder voluntariamente el primer disparo se consideraba un acto de gratitud, lealtad, respeto y un grandioso honor.

—Sí, adelante. Cógelo.

Halby miró a su amigo mientras trataba de asimilar las palabras. Al verlo, le acercó el arco hasta el pecho y lo obligó a cogerlo al vuelo.

—Vaya, es bastante pesado —dijo con sorpresa.

—Vamos, dispara.

Halby se sonrojó, pero adoptó la posición de disparo. Irguió su espalda y alzó su brazo con el arco en posición simétrica al cuerpo a la altura de su hombro. Luego, inclinó su torso, ladeó la cabeza y el arco, replegó el codo del brazo con que sostenía la flecha conforme al estilo de los exploradores na´rin. Centró ambos ojos en el viejo y tosco árbol podrido y se quedó en aquella postura durante un largo rato. Lerno, al ver que no se decidía a tensar la cuerda, miró a su amigo. A juzgar por su rostro, parecía estar haciendo un gran esfuerzo. Abandonó la pose y volvió a intentarlo, aunque en esta ocasión sin florituras ni poses, pero con mayor ímpetu. Logró mover la cuerda, pero la flecha terminó cayendo para clavarse en el suelo a tan solo dos pasos de distancia.

—¿Qué ocurre? —preguntó Lerno mientras observaba los gestos de su amigo.

—¡Es tremendamente duro! —exclamó Halby—. Es imposible de tensar. Ese Marlon... —luego bajó la voz mirando alrededor—. Ese bestia lo ha dejado inservible.

Halby le pasó el arco y en cuanto Lerno lo tocó sintió como se le erizaba el vello de la nuca y un cosquilleo apenas perceptible que le subía por el brazo.

—Vamos, dispara. Verás de lo que te hablo —animó Halby, indignado, mientras bufaba y daba palmadas al aire.

Lerno dispuso una flecha y asió la cuerda con dos dedos, como le gustaba hacer. A Halby aquella forma de disparar le molestaba, porque era incapaz de disparar empleando solamente dos dedos. Los na´rin habituaban a disparar empleando cuatro dedos. Tal vez por costumbre, o por la delicada forma de sus manos.

Justo cuando estuvo a punto de tensar la cuerda, algo alertó a los muchachos. Un zumbido apenas perceptible que hizo que todo el bosque se quedase en silencio. Luego, muchas aves de todos tipos abandonaron las ramas de los árboles para volar hacia el sur. Un temblor que sintieron en sus pies empezó a sacudir el suelo. A lo lejos, infinidad de ramas rotas, hierba pisada y piedras empezaron a escucharse cada vez más cerca. Ambos

intercambiaron las miradas.

—¡Corre! —gritó Lerno por encima del estruendo que se aproximaba.

Corrieron por el camino de regreso tanto cuanto pudieron, pero aquel estruendo estaba cada vez más cercano y pronto les alcanzaría. De repente, Lerno vio una posibilidad de escapar de aquel lugar. Se detuvo y tiró del brazo de su amigo. Este lo siguió y ambos treparon a un árbol de grueso tronco, cuyas ramas cruzaban por encima del camino. Se situaron allí arriba y, resguardados entre ellas, miraron hacia el camino.

De lado a lado cruzaron las siluetas de pequeñas y grandes bestias movidas por el pánico. Apenas un salto costaba a los ciervos atravesar el camino, que cruzaban como sombras. Los jabalíes y otras fieras lo atravesaban como rayos, levantando el polvo. Pasaron infinidad de fieras de lado a lado del camino sin importarles los arbustos. Poco a poco la tormenta de la estampida se fue atenuando, a medida que se alejaban hacia el sur. Pero entonces empezaron a pasar otras bestias entre el polvo. No movían los arbustos. Ni siquiera pisaban la tierra. Eran sombras de muchas formas que cruzaban en silencio, veloces, al otro lado del camino. Ambos, de pronto, sintieron frío.

Entonces llegó un fornido grupo de na´rin armados con arcos y largos cuchillos. No advirtieron a los muchachos que los observaban en silencio. Una de aquellas cosas, al parecer rezagada, saltó sobre uno de los na´rin, un joven recién incorporado a los exploradores que ambos conocían. Saltó por los aires, cual pedazo de carne, arrastrado por aquella sombra. Todos dispusieron las flechas al ver como su compañero desaparecía comido por los arbustos.

Al poco tiempo se empezaron a escuchar los gritos del joven. Luego una mezcla de estos y el gruñido de una bestia. Tras un breve momento, silencio.

Fue entonces cuando Lerno sintió una dolorosa y electrizante sensación recorriéndole la columna. Su corazón se aceleró y de pronto perdió la visión. No podía ver, ni entendía qué le estaba sucediendo. Se aferró a su amigo, por miedo a perder el equilibrio. Este lo miró y no dio crédito a lo que vio.

—Tus ojos... —lo alertó Halby, que contuvo su asombro en un susurro—. ¡Están cambiando!

Sintió como recuperaba de pronto la vista. Pero el mundo que ahora veía

nada tenía que ver con lo que estaba acostumbrado. Los na´rin eran sombras por las que manaba la sangre por todas partes. Y más allá, acechando entre los árboles, una bestia de la que parecía manar fuego portaba las ropas del joven explorador. No dio crédito a lo que veía, ni a cómo lo veía. Percibía el odio que aquel ser sentía hacia los na´rin a los que acechaba, quienes eran incapaces de verle como él lo veía.

Soltó a Halby y asió su arco, al tiempo que se enderezaba de pie sobre la rama.

La bestia se acercaba sigilosa al camino, acechando a los na´rin mientras se disponía a saltar sobre el grupo. Sus enormes garras relucieron un instante.

Lerno dispuso una flecha y tensó la cuerda con extrema facilidad.

La bestia saltó por los aires mostrando al grupo su terrible corpulencia, envuelta por los restos de aquellas prendas que hubieran pertenecido al explorador.

Liberó la flecha.

Todo empezó a dar vueltas a su alrededor, hasta que perdió la consciencia. Lo último que vio fue la ira, a lo lejos, en la mirada de la criatura.

X

Despertó al escuchar el grito. Su cama, una pila de heno mezclado con estiércol, hizo que el estómago le diese un vuelco. Cuando trató de incorporarse el tintineo del hierro resonó en el lugar. Sintió como aquellas cadenas le abrasaban el cuello y lo asfixiaban. Tenía la boca cubierta por un arnés, del que sobresalían un par de puntas de metal por las que empezó a desfilarse la sangre cuando intentó gritar.

—No hagas nada —le susurró al oído la voz de una mujer.

De algún modo aquella voz lo tranquilizó al saberse acompañado. Miró a su alrededor, pero en aquel lugar no encontró a nadie más. Solo una única ventana con burdos barrotes y cristales enmohecidos, por la que apenas entraba la luz y que le mostraba, entre tinieblas, el distante y solitario esqueleto de un viejo álamo bajo la profunda noche. De nuevo, los gritos de alguna mujer resonaron al otro lado de la pared.

Tembló de rabia.

Otras voces siguieron al grito. Voces de hombres que hablaban en aquella burda y extraña lengua que no alcanzaba a comprender. Uno gruñó cuando la mujer gritó. El otro solo jadeaba y su respiración era agitada, como la de quien corre pese a no tener suficiente aire.

Trató de moverse, de cubrirse los oídos con sus doloridas manos, pero era como si su cuerpo se negase a responderle.

—No escuches —volvió a susurrarle aquella voz—. Piensa en algo bueno.

De pronto sus ojos se cerraron con fuerza y una lluvia de imágenes invadieron su mente. Fragmentos de momentos vividos que no le pertenecían, interrumpidos por los gritos de la mujer del otro lado de la pared, o por los gruñidos del salvaje que trataba de sofocar su voz cubriéndole la boca.

—Piensa en tu hermano.

Cuando escuchó de nuevo la voz, el recuerdo de un pequeño recién nacido inundó cada rincón de su mente. Ya no oía los gritos de la mujer ni a los hombres tras la pared. Solo vio los grandes ojos verdes de un recién nacido, que le miraban desde los brazos de su madre, y que trataba de atrapar

sus dedos con sus diminutas manos. Luego escuchó la voz de su madre, cuyos ojos eran idénticos a los de la criatura.

—Alastir —dijo la na´rin mirándole a los ojos.

De pronto algo lo despertó. Algo que sacudió la oscura pared y lo sacó del trance en que estaba inmerso.

El grito del primer hombre fue el que dio la alarma. Luego, varios golpes contra la pared. Cristales rotos y el sonido del metal al caer sobre tablas de madera. El segundo hombre ya no jadeaba. Su voz sonaba ahogada, gutural. Varios golpes más contra la pared y alguna silla que caía. Tras un angustioso instante, aquel hombre cayó contra el suelo haciendo que el edificio entero temblase.

El primer hombre gritó al exterior y varios más acudieron portando antorchas. La pequeña estancia, de apenas dos pasos, se tiñó del ocre de las llamas cada vez que alguno de ellos cruzaba la pequeña ventana. Tras varios gritos y una acalorada discusión que no comprendió, otras cadenas distintas recorrieron la sala contigua. La mujer suplicó, pero aquellos salvajes la enmudecieron a golpes. Más tarde, pudo ver como aquellas antorchas salían al exterior arrastrando consigo la figura de una mujer desnuda. Un humano de aspecto menudo y con cojera llevaba la delantera tirando de la pesada cadena.

La furia se apoderó de Lerno y quiso salir de aquel lugar. Alzar su arco y herir de muerte a aquellos salvajes que eran capaces de tamaña barbarie. Pero su cuerpo no se lo permitió. Quiso gritar, pero solo sintió el sabor de su propia sangre. Hasta que de pronto, cuando el grupo de salvajes alcanzó el árbol, aquella mujer pudo dirigir su última mirada hacia la ventana. Aunque el muchacho jamás la había visto, sintió en ella la conexión que solo existe entre madres e hijos.

—Por favor. Encuéntrala —volvió a susurrar la voz de la mujer mientras aquellos bárbaros pasaban una pesada cuerda sobre su cabeza—. Debes protegerla.

De pronto una fuerza tiró de él cuando creyó que todo había llegado a su fin. Una fuerza que lo obligó a salir del cuerpo en que había estado atrapado durante todo aquel tiempo. Una vez fuera, la pudo ver a su lado. Una niña de apenas su edad. Tenía el pelo oscuro enmarañado y sucio de restos de excrementos. Sollozaba descontroladamente mientras sus ojos, como dos

esmeraldas, miraban hacia la ventana. Atada, como si de una bestia se tratara, tiraba de la cadena oxidada mientras intentaba alcanzar con sus esqueléticos brazos la figura que tras la ventana trataba de alcanzar la tierra.

Una rabia incontrolada se apoderó de él; quiso salir corriendo para salvar a la mujer y hallar venganza con la muerte de aquellos salvajes que reían en torno al árbol. Pero entonces la fuerza invisible volvió a tirar de él, alejándolo de aquellos ojos verdes bañados en lágrimas.

—Regresa, joven Lerno.

Aquella extraña voz hizo que abriese los ojos y la visión de retorcidas raíces y hojas secas le dieron la bienvenida. Aunque el olor de los excrementos se instaló en la boca de su estómago como un recuerdo intermitente, no halló ningún rastro de aquel lugar terrible. Solo árboles podridos, piedras y ceniza por todas partes. A su lado, un misterioso encapuchado yacía encorvado con la espalda pegada al tronco de un antiguo árbol. Su capa, vieja y raída, creaba la ilusión de que formaba parte del tronco de aquel árbol.

—Olvida a la niña —dijo el desconocido con una fría voz carente de toda emoción.

—La niña —inquirió Lerno, evocando aquella mirada—. Tengo que ayudarla.

El extraño encapuchado movió de pronto su cabeza para mirar a la lejanía.

—Su suerte no está en tu mano. ¿O acaso pretendes cruzar la senda de la montaña?

—No es posible. No se puede cruzar al otro lado —respondió Lerno, tras recordar las palabras de Marlon.

—Hay un modo —dijo de pronto una voz oscura desde las profundidades del bosque podrido.

Lerno se volvió de inmediato, y aunque lejana, pudo ver una extraña silueta envuelta entre las sombras que les observaba desde la distancia.

—Si quieres conservar tu vida, no la mires.

—¿Quién es? —quiso saber Lerno, volviendo la vista hacia el anciano.

—Solo hay dos que conocen la forma de cruzar la brecha. La que conoce el secreto de la gruta de piedra y hielo. No la mires, o quedarás maldito para siempre.

Un escalofrío le erizó la nuca y una sensación helada penetró su piel bajo la ropa. Tras sus espaldas, llegó el sonido de pisadas sobre ceniza y hojas.

—Lo que has visto aún no ha sucedido —continuó hablando ella desde la distancia—. Solo tú puedes salvarla del destino que la aguarda.

—¿Cómo? —preguntó Lerno sin volverse.

—En tu interior se ha revelado la sangre de tu padre. Solo quien la posee podrá atravesar la montaña.

—¿Entonces puedo cruzar al otro lado?

El anciano fue quien respondió.

—También posees la sangre de aquellos que fueron malditos.

El solitario anciano extendió su brazo señalando hacia el árbol, y Lerno lo miró.

En su cabeza permanecía vívida la imagen de aquella niña suplicando su ayuda.

—Debes elegir —insistió la mujer—. ¿Salvarás a la niña? ¿O prefieres vivir a la sombra de las gentes del árbol durante el resto de tus días?

La mente de Lerno evocó de pronto el tiempo que había pasado en aquel árbol. El trato despreciable que aquellos na´rin reservaban para el muchacho y lo solitaria que había resultado su vida. Luego evocó aquella mirada familiar en los ojos de la niña.

—¿Qué debo hacer?

Un castañeteo de huesos tembló bajo la arraigada túnica del anciano cuando hizo la pregunta.

—Deberás renegar de la sangre de los na´rin y, llegado el momento, podrás cruzar la grieta para salvar a la niña. Entonces, viajarás con ella al sur, a la tierra de las dunas. Deberás encontrar la piedra que creo la maldición con

la ayuda de la muchacha y devolverla al lugar al que pertenece.

—¿Y si decido quedarme? —preguntó Lerno.

—Ella seguirá custodiando la maldición y el destino de la niña quedará sellado. En lo que a ti concierne, verás pasar el tiempo lentamente ante tus ojos, sin que puedas hacer nada por salvar a los na´rin de lo que les depara la maldición.

—¿Te refieres a lo que sucedió bajo el árbol?

—Uno de los malditos encontró la debilidad en su corazón y poseyó al muchacho. Si no hubieras estado cerca, aquellos na´rin habrían corrido un destino distinto.

Lerno miró al anciano comprendiendo la dificultad que entrañaba la decisión a la que se enfrentaba. Abandonar a su pueblo para salvar la vida de la niña, a cambio del sacrificio que le exigían, y dejar el futuro de los na´rin en manos de del destino. O quedarse a velar por su pueblo mientras este era exterminado por aquellas sombras a las que el anciano había llamado malditos.

—El chico no está listo para tomar su decisión —dijo la voz de la mujer a sus espaldas, quien se había acercado peligrosamente al muchacho.

—Tal vez necesite ver.

Nuevamente, el sonido de temblorosos huesos surgió de entre las ropas del anciano.

De pronto, una mano helada le cubrió los ojos desde atrás. Sintió la quemazón de la escarcha y el aliento del fuego ardiendo en el interior de sus ojos. La voz de aquella extraña le susurró al oído.

—Acepta este don. Te ayudará a tomar una decisión.

Entonces gritó, pero sus gritos se vieron ahogados por una mano invisible, mientras otras muchas se aferraban a su cuerpo tratando de inmovilizarlo. Algunas voces cercanas le resultaron familiares. Pero hubo una, fría y remota, que atravesó el umbral de su mente.

Úsalo bien.

Aquel dolor profundo cesó y por fin fue capaz de abrir los ojos. Los rostros de Eina, Halmor y el profesor le dieron la bienvenida. Todos lo

miraron sorprendidos, como si algo no marchara bien en el muchacho, que acababa de despertar tumbado sobre la improvisada cama. Eina se llevó ambas manos a la boca en un intento por reprimir el grito, al descubrir que el verde esmeralda de sus ojos se había esfumado, quedando en su lugar un profundo y frío gris.

Aquella noche y en muchos lugares, las negras aves batieron sus alas cuando sintieron que el joven había despertado.

XI

Los gritos se sucedían incesantemente en el exterior. Los incansables y enfurecidos na´rin se agolparon a la puerta del hogar del profesor como si trataran de derribarla. Desde el interior, Halmor y su hijo Halby soportaban con gran esfuerzo las dolorosas embestidas del gentío. A su lado, Eina trataba de husmear por la ventana, que había sido convenientemente tapiada con uno de los pesados armarios de la biblioteca. El viejo profesor cojeaba yendo y viniendo, cargado de enormes volúmenes que iba colocando desordenadamente entre los estantes, en un intento por asegurar aquella ventana.

—¡Maldita sea! —bramó Eina—. Todo Alicorn está ahí afuera, con Matius a la cabeza.

Lerno observó impotente la escena. No hacía nada que se había despertado de aquellos extraños sueños y todo parecía regresar a la normalidad, cuando de pronto, antes de que pudieran intercambiar palabra alguna, aquellas gentes habían empezado a congregarse exigiendo que le entregasen.

Halmor y Halby fueron rápidamente hasta la puerta, y hasta el momento habían conseguido evitar que nadie pudiera entrar. Por alguna extraña razón, su cuerpo no le respondía y sentía un frío que le atenazaba los huesos. Notó un terrible dolor a un costado de su cabeza. Cuando llevó su mano hasta la zona, descubrió un improvisado vendaje, del que manó una sustancia pegajosa.

—Es un buen golpe el que tienes ahí —dijo Elmo, cuando regresó del rincón más alejado de la estancia. El viejo druida se percató de inmediato de la preocupación del muchacho e hizo un aspaviento con la mano en dirección a la puerta—. Ignora sus gritos y mírame a mí. ¿Cómo te sientes?

—Tengo mucho frío —respondió Lerno, dirigiendo su mirada a los ojos del druida.

—La mayoría de los que están ahí fuera no son capaces de derribar una puerta, aunque estuviera abierta. Seguro que el viejo Finneas está pegado a ella quejándose del callo que traté de curarle ayer.

—Es cierto —dijo Eina, mientras veía por la esquina de la ventana a un

anciano bastante bajito con un dedo metido en la boca, mientras que con la mano libre estorbaba al resto cuando trataba de empujar la puerta.

—No te imaginas la suerte que tienes de sentir frío. No muchos siguen con vida después de un golpe así—. Elmo lo miraba con el ceño fruncido, mientras le tocaba la frente con la mano.

—Te pusiste pálido y no respirabas. Creímos que habías muerto. —El rostro de Eina se contrajo de preocupación.

De pronto el profesor apareció trayendo algunos tomos consigo, que dejó con sumo cuidado sobre la estantería que tapiaba la pequeña ventana.

—¿Hiciste lo que te pedí? —preguntó dirigiéndose a Elmo.

Elmo se giró dejando un instante a Lerno, y miró por un costado del muchacho en dirección a la ventana. Lerno no pudo evitar volverse. En una ventana al fondo de la estancia, dos grandes farolillos, de los que el profesor jamás hacía uso, descansaban encendidos, cada uno en un extremo del alféizar.

—Sí. Me temo que sí. Cada uno a un extremo de la ventana, tal como me dijiste.

—Entonces solo es cuestión de tiempo —puntualizó el profesor, mientras trataba de secarse el sudor de la frente con una de sus mangas.

—¿Cuestión de tiempo? —preguntó Lerno—. ¿Qué es lo que ocurre?

—Este no es el momento. Debemos ganar todo el tiempo del que podamos disponer —respondió el profesor, acercándose a su lecho.

La puerta de la entrada de pronto crujió y se entreabrió un instante, haciendo que el estruendo de todas aquellas voces se acentuase en el interior.

—¡La gente se ha vuelto loca! —se quejó Halmor, que empujó con todas sus fuerzas para cerrarla nuevamente.

Eina, a un costado, atizó con uno de los pesados libros las manos de quienes intentaron evitar que cerrasen la puerta. Luego se sumó a su marido y a su hijo para empujar con ellos.

—Ya sabemos para qué más sirven —bromeó Halby, mientras trataba de evitar la fulminante mirada de su madre.

Lerno intentó reír, pero apenas reunió las fuerzas para mostrar una

tímida sonrisa.

—Escúchame, no me importa lo que haya sucedido ahí abajo —habló el profesor, tomando una de sus manos—. Sabía desde hace mucho que este día llegaría.

—¿Qué quiere decir, profesor? —quiso saber Lerno.

—Este lugar ya no es seguro para ti —dijo el profesor.

—Muchacho... —empezó Elmo—. Esos de ahí afuera quieren verte muerto.

—¿Es por la criatura a la que disparé? —preguntó Lerno al intuir el motivo.

—Unos pocos —prosiguió el druida—, quienes estuvieron más cerca vieron algo que los dejó helados y no se atreven a hablar sobre lo ocurrido. Los otros, muchos, solo han visto el cuerpo del joven Benjamín, con una de tus flechas atravesándole el cuello.

El profesor miró a Lerno con una profunda tristeza. No por lo que había sucedido, ni por el estado enfermizo en que se encontraba el muchacho. Había algo más en aquellos ojos cansados, algo que a Lerno no se le pasó por alto.

—¿Qué sucede, profesor?

Pasó un tiempo hasta que el anciano respondió.

—Tienes los ojos de tu padre.

Aquella respuesta lo pilló por sorpresa. No habría imaginado jamás que el profesor hubiera podido conocer al misterioso humano con quien se marchó su madre.

Muchas preguntas se agolparon de pronto en su cabeza. Tantas que no sabía por cual empezar. Pero cuando trató de formular la primera, fue incapaz. El estruendo en la puerta se había intensificado de tal forma, que habían conseguido abrir un agujero en la puerta. Lerno trató de levantarse, cuando de pronto Elmo le cubrió la nariz con un trapo húmedo que hizo que se le cortase la respiración.

Todo a su alrededor empezó a dar vueltas en su cabeza, cuando una gran figura recubierta de pieles apareció ante su cama. El desconocido lo cogió

con ambos brazos y se lo llevó sobre el hombro, del que colgó como una presa. Miró hacia la cama, donde el profesor y el resto observaban como se alejaba.

—Halby... Eina. ¿Dónde me lleva? —consiguió articular Lerno—. Profesor...

Lerno miró a los ojos del profesor con sus últimas fuerzas. Antes de que sus párpados le traicionaran y se cerraran, consiguió leer en sus últimas palabras.

—Hasta siempre, heredero de Alastir.

XII

Las hojas retorcidas caían mecidas por la brisa a través de la ventana. Dos polvorientos farolillos permanecían sobre el alféizar, como dos vigías que esperan el alba para el cambio de una guardia que nunca termina. Un joven de aspecto famélico pasaba su tiempo mirando a través de aquella ventana. Su estómago rugió, pero Halby ignoró la punzada y prefirió naufragar entre los viejos recuerdos que iba encontrando entre las hojas. — Toma esto —dijo Eina tras alcanzarle un pequeño cuenco de madera, que él tomó entre sus manos sin perder de vista la ventana.

Eina lo observó y le revolvió el largo cabello con su mano.

—Él estará bien —dijo ella, intuyendo los pensamientos de su hijo.

De pronto, se escuchó a lo lejos el sonido de una tos, que hizo que ambos mirasen al lugar de donde provenía.

—Iré a ver —dijo Eina, quien se marchó deprisa, dejando a solas a su hijo.

Había transcurrido un lustro desde que Lerno abandonó el árbol a través de aquella misma ventana, a hombros de un salvaje al que jamás había visto en su vida. Y aunque desde su marcha la situación no había hecho más que empeorar, no había un día en que no echara en falta la compañía del mestizo; los juegos y las bromas en la sucia casa abandonada en la que solían pasar la mayor parte del día; las tardes en las que se perdían cuando eran niños, mientras trataban de explorar el valle con sus arcos imaginarios para encontrar salvajes.

Su madre Eina le decía que conservara la esperanza de que algún día todo cambiaría y ambos podrían volver a estar juntos como antes. Sin embargo, cada día que pasaba aquella esperanza se veía más lejana. Cuando Lerno desapareció, las gentes del árbol trataron de buscarlo por todo el valle. Buscaron sobre el árbol y bajo él. Incluso partieron en su búsqueda hasta las montañas, en el sur. Por algún motivo, nadie se atrevió a buscar en el norte, donde la tierra se une con el mar. Al no hallar venganza por la muerte del joven Benjamin, vertieron su frustración sobre aquellos que habían mantenido a salvo al muchacho. Allá a donde fueran, siempre había alguien dispuesto a acecharlos.

No obstante, ya no era así. Las cosas habían cambiado de tal modo, que nadie se atrevía a bajar del árbol. Aquel invierno la cacería se celebró sin la tan ansiada asistencia del muchacho y muy pocos fueron capaces de conseguir alguna pieza. Y quienes lo hicieron no la compartieron con el resto. Poco a poco la hambruna fue dividiendo a las gentes del árbol en pequeños grupos que solo velaban por su propio bienestar y el de aquellos que cumplían las nuevas leyes a cambio de asilo y comida.

Por fortuna para su familia, Halby consiguió dar caza a un jabalí que bien supieron compartir con aquellos que más lo necesitaron. Durante algún tiempo lograron resistir, pero pronto se quedaron sin nada que poder llevarse a la boca.

Y aquellas hojas mecidas por el viento continuaron cayendo, pues el árbol sagrado estaba enfermo.

Halby bebió del cuenco, que apaciguó por un instante el quejido de su estómago. Cuando terminó con el caldo, asió el arco que tenía a su lado y se irguió. Había crecido al menos un palmo y su característica actitud de pícaro inquieto se había esfumado.

Eina había regresado, trayendo consigo un pequeño cuenco vacío que dejó sobre la mesa. Varios arcos, cuchillos y lanzas de largas astas que parecían haber sido improvisadas descansaban sobre ella.

Algunas voces llegaron entonces desde el otro lado de la puerta, y tanto Halby como su madre cruzaron sus miradas.

—Ya han llegado —dijo Eina.

—Ya era hora —asintió Halby, cuando dejó su propio arco sobre la atiborrada mesa.

Halmor entró de pronto atravesando la puerta, y la mantuvo abierta. Dos jóvenes na´rin cruzaron el umbral tras él y permanecieron en la entrada, mientras observaban la surtida mesa. Uno de aquellos na´rin se llamaba Rorin y, por muy curioso que parezca, se trataba del hermano de Benjamin, cuya vida había terminado por la mano de Lerno. El otro, aunque más menudo, se llamaba Tobías, y era el hijo del jefe de la patrulla de exploradores que presenció la muerte del muchacho. Ambos aguardaban pacientemente a que Eina les dirigiera la palabra.

—¿Entonces? —preguntó finalmente ella.

—No ha habido manera —respondió Rorin.

—¿Estamos solos? —quiso saber Halby.

—Sí. Pero no es todo —continuó Rorin—. Matius y los suyos se han acuartelado con todas las provisiones. No piensan salir hasta que todo pase.

—¿Y el resto? —preguntó nuevamente Eina—. ¿Acaso no saben lo que les espera?

—Son incapaces de contravenir a Matius —dijo entonces Tobías.

Halmor chasqueó la lengua al tiempo que cerraba la puerta; luego se acercó a la mesa.

—¿Temen que ese malnacido les deje sin sus sobras? —preguntó.

—En realidad... —empezó Rorin.

—¿Qué sucede? —quiso saber Eina.

—Prefieren morir de hambre a tener nada que ver con nosotros.

—Ni siquiera nos han querido escuchar —concluyó Tobías.

Eina tomó una de las lanzas de la mesa y se acercó al joven, que la miró con aprensión. Portaba una armadura de cuero que le daba un aire imponente, a pesar de su belleza. Con un golpe del extremo de la asta, golpeó el suelo ante el muchacho y la irguió ante él. Tobías sostuvo la lanza. Eina miró a ambos.

—No los necesitamos.

Tras un breve instante, Eina se dirigió a Tobías.

—¿Lo has traído?

El muchacho apretó sus labios y tragó saliva. Luego asintió, bajando su mirada hacia el suelo.

—Lo hemos dejado afuera. Con el druida...

Eina miró hacia la ventana. Al otro lado pudo distinguir la figura de Elmo, quien estaba sentado ante un gran bulto, cubierto por varios trapos, sobre el suelo.

—Lo lamento... —empezó Eina, pero sus palabras fueron interrumpidas por la voz de Tobías.

—Mi padre estuvo en el bosque aquel día. Fue sobre quien saltó aquella criatura en la que se había convertido su hermano —dijo, al tiempo que puso su mano sobre el hombro de Rorin.

Luego miró a Halby, quien le observaba con los ojos muy abiertos.

—Si no hubiese sido por Lerno, aquel día mi padre habría muerto.

—Siento que haya acabado así —respondió Halby, dirigiendo su mirada hacia el exterior de la ventana.

—Él mismo tuvo la idea. Fue su forma de pagar la deuda por el tiempo que le regaló para estar conmigo —Una lágrima resbaló por la mejilla del joven.

Eina lo llevó entre sus brazos.

—Él estaría muy orgulloso de ti.

Tras un largo tiempo en el que supervisaron las armas que había dispuestas sobre la mesa, salieron. Elmo les esperaba junto a un cuerpo que había sido convenientemente cubierto por varios trapos. Todos portaban lanzas, cuchillo y arcos, a excepción de Halmor, que iba cargado con un par de bultos ceñidos a la espalda y una lanza, con la que se ayudaba a caminar para soportar todo aquel peso.

Rorin y el otro na´rin asieron el pesado y largo bulto por ambos lados y lo acercaron al límite del árbol. Luego, desprendieron uno de los extremos de la tela que lo cubría, dejando al descubierto el rostro de Tomas. Su hijo se acercó al cuerpo y se arrodilló ante él con la intención de despedirse. Tras un largo silencio, asió el costado de su padre y lo empujó hasta precipitarlo hacia el vacío. Tomas desapareció de la vista en el más absoluto de los silencios. Al cabo de un tiempo, varios espantosos aullidos resonaron, rompiendo la calma del duelo.

—Es como si esperasen a que el hambre nos hiciera caer... —dijo Tobías con la mirada perdida en la distante caída. Luego se incorporó y miró al resto —. ¿Y ahora?

—Esperemos que estén tan hambrientos como lo estamos nosotros. Con suerte, tu padre los distraerá lo necesario.

Cuando todos se dispusieron a partir hacia la larga escalinata de descenso, Elmo sujetó a Eina por el brazo, haciendo que esta se detuviera. El

resto no se percató y siguió caminando.

—Toma. Como me pediste, aquí te lo traigo —dijo Elmo, poniendo sobre su mano un pequeño cuchillo con el mango labrado.

A juzgar por su aspecto, el druida también había sufrido las consecuencias del hambre. Las ropas le venían demasiado grandes, tenía los huesos muy marcados bajo la piel y las cuencas de sus ojos parecían dos profundos hoyos.

—Ojalá pudiera acompañaros. Sin embargo, será mejor que acompañe a mi amigo —dijo Elmo, mirando hacia el hogar del profesor. Luego volvió a observar a Eina a los ojos, con el rostro muy serio—. Recuerda. solo si no os queda otro remedio.

Eina vio como Elmo desaparecía a través de la puerta, y una punzada de tristeza atravesó su mirada.

—¿Eina? —llamó Halmor cuando se percató de que su mujer se había retrasado—. Vamos, no tendremos otra oportunidad.

Llegaron abajo en completo silencio, con las tres lanzas en primera fila y Eina en el centro, mientras caminaba atenta a cualquier amenaza. A cada lado y un paso por detrás, Rorin y Tobías le cubrían los flancos con sendas lanzas. En una segunda fila y con los arcos dispuestos con flechas, estaban Halby y Halmor, con el otro na´rin cubriendo la retaguardia. La alfombra de hojas secas crujía con cada uno de sus pasos. Eina se detuvo y todos la imitaron.

El cuerpo de Tomas no se veía por ningún lado. Era como si hubiera desaparecido. Eina miró alrededor y encontró marcas en la tierra por donde habían sido removidas gran cantidad de hojas. El rastro seguía hasta perderse entre los arbustos.

Cuando supo que las bestias estaban dando cuenta del cuero, empezó a andar sigilosamente por el camino que les conduciría hacia el sur.

—¿Por qué no podemos simplemente darle caza a una de esas bestias? —quiso saber Halby, cuando ya se encontraban de camino hacia las montañas.

—¿No los has visto todavía? —preguntó Tobías.

—No. Pero por lo que he escuchado, dicen que son parecidos a los lobos.

—Solo unos pocos los han visto lo suficiente como para contarlos. Están muy lejos de poder llamarse lobos.

Rorin se acercó a ambos, mientras todos seguían caminando por el estrecho camino bordeado de malezas y árboles. Todo estaba en silencio.

—¿A qué te refieres? —preguntó este.

—Son tan grandes como un ciervo adulto. Tienen dos pares de colmillos, tan largos como cuchillos. Nunca cazan en solitario.

Halmor miró a los jóvenes, aterrado ante la visión de semejante bestia.

Los chicos callaron cuando Eina les pidió que guardaran silencio, pues se acercaban a un paso que debían atravesar bordeando una colina. El camino transcurría junto a un precipicio que se había ido formando a través de los años, debido al deshielo de las montañas en el sur. Aunque no habían sufrido ningún contratiempo, Eina tenía el presentimiento de que no eran los únicos que estaban en aquel lugar.

—¿Qué ocurre? —preguntó Halmor.

—Creo que no estamos solos —dijo, poniéndose al frente con su lanza preparada.

El resto la imitó ocupando su lugar, a pesar de las limitaciones del camino. Avanzaron despacio.

Desde lo alto de la cresta de la colina cayeron algunas piedras diminutas y polvo, que hizo que agudizaran sus sentidos. Siguieron avanzando hasta que alcanzaron la mitad del recorrido, donde el camino se alejaba del precipicio brindándoles mayor espacio.

—Aguardad —Hizo que se detuvieran. Luego se agachó para recoger una piedra y la lanzó adelante en el camino.

El sonido de la piedra resonó en la distancia. Pero ya no se escuchó nada más.

Eina continuó observando más adelante, inquieta.

—¿Por qué nos detenemos? —susurró Halmor.

El sonido de piedras cayendo desde lo alto de la colina los alarmó. Luego, silencio.

—Hay que salir de este lugar.

Poco a poco empezaron a retroceder. Pero algo les impidió abandonar el lugar por donde habían llegado. Dos grandes bestias semejantes a lobos caminaban agazapadas mostrando sus enormes colmillos. Avanzaban lentamente sin hacer el menor ruido. Al verlos, retrocedieron de espaldas situando sus lanzas al frente. Pero otras dos bestias habían aparecido por el otro extremo del camino. Estaban acorralados.

—¡Son enormes! —se aterrorizó Halmor, apuntando a una de las criaturas.

—Mantened la calma —Eina trató de tomar el control de la situación—. Rorin, Tobías, manteneos atrás. El resto, disparad.

Halmor y Halby dispararon sendas flechas a las dos criaturas que avanzaban sin detenerse. Cuando sus flechas las alcanzaron, rebotaron sobre la piel y terminaron cayendo al suelo. Ambos cruzaron sus miradas. Cargaron nuevamente sus arcos y dispararon una vez más, y otra, pero ninguna de aquellas flechas logró atravesar la gruesa piel de las criaturas que avanzaban lentamente, como si no tuvieran ninguna prisa. Gruñendo y humedeciendo la tierra con su saliva, mostrando sus enormes colmillos, que sobresalían de sus deformes fauces.

Al comprender la situación en la que se encontraban, Eina miró a su marido a los ojos, y él, desolado, bajó su arco.

Halby y el otro na´rin siguieron disparando flechas sin cesar contra aquellas criaturas.

Eina se llevó la mano al cinto y desenvainó el cuchillo que Elmo le había entregado. La hoja desprendía un fuerte olor amargo. Halmor entonces entendió que su mujer no iba a permitir que nadie sufriera la horrorosa muerte que les aguardaba.

Otras piedras volvieron a rodar colina abajo. Eina miró hacia arriba, pero fue incapaz de distinguir con claridad la sombra del ser que había emergido en las alturas.

Una cuerda estalló sobre la colina, y una de las bestias cayó abatida.

Otro golpe de cuerda, y la segunda bestia tropezó gruñendo y gimiendo, mientras trataba de incorporarse provocando una gran polvareda.

Otra sombra atravesó la distancia, y la agónica criatura quedó inmóvil, dejando libre aquella vía para que los na´rin pudieran escapar.

Al percatarse las dos criaturas restantes de lo sucedido, gruñeron y se irguieron dispuestas a darles caza a la carrera. Los na´rin no corrían lo suficientemente deprisa como para escapar de las temibles criaturas, que destrozaban la tierra con sus poderosas patas.

Pero de pronto una enorme figura surgió por el camino. Saltó por encima de los na´rin y sus lanzas, blandiendo dos enormes hachas que lanzó sobre las bestias. Una de ellas fulminó a la primera criatura, pero la segunda la esquivó con una agilidad asombrosa. Cuando creyeron que el recién llegado, desarmado, no tenía ninguna posibilidad, la bestia cayó repentinamente abatida.

—*¡Braudr grent er dem!* —gritó el recién llegado en la lengua de los salvajes.

—¡Es un salvaje! —gritó Rorin con pánico. Para desgracia del muchacho, apuntó hacia el gigante y su flecha salió disparada sin pretenderlo.

Otra sombra surgió desde la cima de la colina, que hizo que su flecha terminase clavada en el suelo frente al salvaje.

—¡No disparéis! ¡Bajad las armas! —ordenó Eina, mientras sujetaba la mano del joven na´rin asustado, impidiendo que sacara otra flecha de su carcaj—. Es un amigo.

De pronto, algo se desplomó a sus espaldas. Se trataba de Halmor, quien se había desmayado. Todos, a excepción de Eina, ignoraron a Halmor. Observaban con temor al enorme salvaje, que desincrustaba sin dificultad la extraña arma, con la que había sido capaz de partir en dos mitades el cráneo de la criatura. Dieron un paso atrás cuando este se acercó con ambas armas. Su estatura y su feroz mirada impresionaron a los jóvenes. De pronto, el gigante alzó al aire ambas hachas y rugió con todas sus fuerzas, haciendo que tuvieran que cubrirse las orejas.

—¿Dices que es un amigo? —preguntó inquieto Tobías, incapaz de bajar la lanza que mantenía alzada, apuntando al salvaje.

El desconocido se acercó tanto que apoyó su pecho contra la afilada punta. Un hilillo de sangre manó de la herida.

—¿Piensas bajar ese pincho o necesitas ayuda? —esta vez habló en la lengua de los na´rin, lo que sorprendió sobremanera al muchacho e hizo que bajase la lanza de inmediato.

—Así me gusta. Ahora ayudad a ese. Debemos marcharnos antes de que huelan la sangre.

—Marlon —habló Eina, mirando hacia lo alto de la colina—. Ese es...

—Así es.

—Lerno... —Halby trató de avanzar hacia la cima de la colina, donde una figura iluminada por la luz del sol los observaba desde la distancia. Pero no pudo dar un paso más. Marlon lo retuvo poniendo su gran hacha frente al pecho del muchacho.

—Tu amigo no quiere que lo veáis. Si queréis decirle algo, este es el momento. Él os escuchará.

Halby observó al gigante, incrédulo. Luego miró hacia la cresta y habló.

—El profesor... —balbuceó Halby.

—¿Qué le ocurre al viejo? —quiso saber Marlon.

—El profesor se muere.

XIII

—Dejad de mirarme de ese modo. Me pone de los nervios —gruñó Marlon mientras avivaba el fuego—. Ni que fuera a clavaros a un palo y a ponerlos sobre las brasas —ironizó con una punzada de locura en la mirada.

Rorin y Tobías se removieron en sus sitios al escuchar aquellas palabras, y trataron de no mirar como despiezaba el costado del lobo que tenían frente a sus narices. El suelo se había embarrado con la abundante sangre que manaba de la criatura con cada corte de su hacha. La grotesca imagen del salvaje pisoteando la sangre les recordó alguna historia que les contaron de niños. Marlon, por su parte, soltó una carcajada que resonó en las paredes de piedra.

—Estáis tan delgados que me pasaría más tiempo chupando vuestros huesos que masticando.

—No parece que hayas pasado mucha hambre —acusó Halmor, que también observaba al gigante, cuyo aspecto lucía igual que la última vez.

Este lo miró y sonrió, al tiempo que colocaba sobre la hoguera un gran pedazo de carne.

—Carne no nos ha faltado. Ni una sola cabra me ha quedado.

—¿Qué les ha pasado? —quiso saber Eina.

Los dos muchachos miraron al salvaje, al cerciorarse de que mantenía cautivos a esos animales, pero sus ojos fueron rápidamente al gran pedazo de carne que había dispuesto sobre la hoguera. Se quedaron incrédulos al ver cómo se sacaba del cinto una pequeña faltriquera de cuero, la abría y vertía parte de su contenido sobre la ensangrentada pieza. El aire se impregnó rápidamente con un agradable aroma a especias que les hizo salivar.

El estómago de Halmor rugió y Marlon gruñó, imitándolo con una media sonrisa.

—Las malditas enloquecieron cuando llevé al muchacho a la cabaña. Una se mató ella sola tratando de atravesar la puerta —escupió tras probar con sus dedos la pieza de carne, a la que le dio la vuelta—. Jamás he visto

nada semejante. Embistió la puerta como un maldito ariete. ¡Un día entero estuvo!

—¿Cómo es posible? —cuestionó Marlon, quien recordó de pronto el delicioso sabor de su leche.

—Cuando se detuvo, la encontré con los cuernos hechos astillas y el cráneo hundido. Pero lo peor es que había cambiado.

—¿A qué te refieres?

—Lo mismo que estas bestias. Si te parecen grandes, tendrías que haber visto a Luci.

—¿Quién es Luci? —preguntó de pronto Rorin.

—Es una de las cabras con las que habla —se burló Halmor.— ¡Halmor! —le riñó Eina, atizándole con una mano en su brazo—. Ten un poco de respeto.

—No tiene importancia —dijo Marlon con un aspaviento.

—¿Y las otras?

—No habían cambiado, pero una la ató con una cuerda y terminó asfixiándose ella sola. Las otras se amontonaron en la entrada, clavándose las estacas. Alguna hubo que se escapó. Pero a las demás les ahorré el camino.

—Rorin, Tobías y Halby miraron atónitos como el gigante acababa con la vida de una cabra imaginaria, y se removieron en sus sitios. Al percatarse, Marlon les dedicó una siniestra sonrisa y repitió el gesto con mayor entusiasmo.

—No se lo tengáis en cuenta —dijo Eina—. En realidad, tiene mejor corazón que algunos de los que vivimos en ese árbol.

—Acogió a Lerno cuando lo necesitamos —habló Halby—. Con eso a mí me sirve para confiar en él.

—Tonterías —se pronunció Marlon, sacudiendo su gran hacha sobre la hoguera, mientras señalaba con ella a ambos muchachos—. Todavía servís para hacer un buen guisado, si no os andáis con cuidado.

Halmor rio y Marlon lo miró sorprendido, con los ojos muy abiertos y el ceño fruncido. Este calló de pronto y ambos intercambiaron sus miradas. Al cabo de un instante, ambos reían a carcajadas.

Marlon dio una vuelta al pedazo de carne, cuya grasa hizo crepitar las llamas.

—Desde que el viejo colgó aquel farol, todo se ha ido al traste. Y por lo que parece, vosotros también habéis corrido la misma suerte.

—Durante un tiempo sacamos provecho de la tierra y de la poca caza que quedaba. Pero ahora las plantas tampoco nos alimentan.

—Comed. Al menos, esta noche y unas cuantas más tendréis algo que llevaros al estómago. La carne de estas bestias no dura mucho, a no ser que se guise rápido.

—¿Qué crees que les ha sucedido?

—El chico y yo hemos estado tratando de averiguarlo. Solo hemos averiguado dos cosas. Van y vienen del norte, del bosque marchito. La segunda solo se trata de una conjetura.

El gigante volvió a dar una vuelta al gran pedazo de carne y se mantuvo en silencio ante la atenta mirada de todos. Al cabo de un tiempo miró hacia las montañas, al sur.

—En el lugar donde crecí existe una leyenda, de las muchas que tenemos, que habla de la llegada de los *huargos*. Una bestia similar a un lobo, pero mucho más temible, fiero e inteligente.

—Hizo una breve pausa para avivar las llamas—. Es el mensajero de los mártires. Criaturas endemoniadas con un único fin. Matar a todo aquel que se cruce en su camino.

Tras decir aquello, Marlon rebanó la carne de *huargo* con sus propias manos y la repartió entre los na´rin y él mismo. Luego rebanó con su pesada hacha otro pedazo de carne del costado de la criatura y lo dispuso sobre las llamas, que crepitaron cuando la sangre hirvió entre las brasas. Todos miraron su ración con precaución.

—No temáis. *Huargo* o no, también alimenta, sobre todo si lo acompañamos con un poco de hidromiel.

El gigante sacó de sus enseres un gran fardo de piel, en cuyo interior se agitó un líquido. Pegó un largo trago presionándolo con sus manos y luego se lo lanzó a Halmor, a quien le costó esfuerzo sostenerlo. Todos bebieron y comieron del dulce licor que ardía en sus estómagos y de la crujiente carne

especiada que ardía en sus gargantas. Cuanto más comían, más bebían del licor y reían, hasta dejar de lado sus diferencias.

—El muchacho también ha cambiado —dijo Marlon al cabo de un tiempo, mientras mordía su pedazo de carne y la masticaba, con una mezcla de locura y preocupación en su mirada.

—Esa no es razón para esconderse. Yo también he cambiado —alzó su voz Halby, sin tener en cuenta la ferocidad con la que lo miró el salvaje.

Marlon relajó su semblante. Luego le habló.

—Se ha convertido en un hombre, pero no es a eso a lo que me refiero.

—¿Qué significa eso? —esta vez fue Halmor quien se interesó.

—Cuando el chico llegó estaba casi muerto. Blanco y helado. Nada más entrar a la cabaña lo metí en el catre y allí se quedó durante varios días. Ni comía ni bebía. Cuando prácticamente lo di por perdido, lo descubrí tratando de salir de la cama. Seguía frío y sus ojos eran tan grises que dolía verlos. Pero el muchacho ya no era tan niño.

—Sigue —lo animó Eina cuando Marlon se tomó un respiro—. ¿Cómo ha cambiado?

—Casi tan alto como yo. Y fuerte, como un oso. Pero pálido y frío, tanto que solo con tocarlo hiere. —Marlon chasqueó la lengua—. Y no solo eso. Es capaz de escuchar un pedo a la legua.

Eina de pronto buscó la mirada de su marido.

—¿Es así cómo nos encontrasteis? —quiso saber esta.

Marlon la volvió a mirar de reojo.

—Ojalá hubiera sido por eso. Más aun habiendo salido con Halmor, que hasta yo he escuchado sus pedos cuando os salieron los *huargos* en el paso —esta vez no rio su broma. Se quedó con una punzada de preocupación en el rostro.

—¿Entonces?

—El muchacho dice hablar con los muertos.

Aquella frase inundó de silencio el lugar.

—Eso es imposible —saltó Halmor, incrédulo.

Marlon lo miró directamente de un modo al que no estaba acostumbrado.

—El muchacho me dijo que necesitaba mi ayuda para salvar vuestras vidas. Le pregunté, y su respuesta fue que, si no salíamos a tiempo, solo encontraríamos vuestros cuerpos esparcidos por el paso. Cuando llegamos, ya los teníais a ambos lados.

—No sé qué pensar... —continuó Halmor.

—No fue lo único que me dijo —esta vez miró a Eina—. Si no llegamos a tiempo, los habrías envenenado. ¿Acaso no es por eso que llevas ese cuchillo al cinto?

La revelación de Marlon la enmudeció.

—En cuanto lo vi, me dije; ¿quién en su sano juicio sacaría un cuchillo tan pequeño teniendo una lanza a mano ante semejantes criaturas? No tardé en deducirlo, así que me lancé sin dudarle sobre el primero de los *huargos*. El resto ya lo conocéis.

Marlon volvió a colocar un enorme pedazo de carne sobre las llamas de la hoguera. Eina llamó su atención con una punzada de esperanza en la mirada.

—¿Quién...? ¿Con quién habló Lerno?

—La muerta... No me dijo su nombre. Solo lo que el chico contó por el camino —Marlon advirtió la forma en que todos le observaban, deseosos de saber todo cuanto supiera acerca del muchacho—. Muy bien —enfaticó—. Pero os advierto que no es una historia con final feliz. Al menos... para nosotros.

Todos los que estuvimos alrededor de la hoguera escuchamos la historia de cómo dos amantes concibieron un amor prohibido por ser de razas diferentes. De cómo les fue arrebatado todo aquello por lo que vivieron y de cómo el destino los volvió a unir para no volver a separarlos jamás.

XIV

A lo lejos escuchó el eco de alguna roca desprendiéndose de las altas montañas. A pesar de ello, el bosque seguía guardando aquel funesto silencio que parecía perseguirle por muy lejos que llegase. Anduvo por aquellos bosques desde que el sol había emergido, tornando de un brillante ámbar el interior de la alcoba que, de manera improvisada, le había construido Marlon. La abundante vegetación del lugar parecía mermar con cada día que pasaba junto al salvaje.

Respiró profundamente mientras observaba como el viento mecía sobre su cabeza las hojas del viejo sauce. Yacía tumbado sobre la tierra, mirando el brillante azul del cielo. No es que el gigante le hubiera impuesto alguna obligación y necesitara aquel lugar para encontrar la paz que no hallaba en el interior de la cabaña junto a Marlon, quien siempre estaba ocupado con sus cosas, sino todo lo contrario. Desde el momento en que le acogió, descubrió que era libre para hacer cuanto deseara. Al principio, siempre que abría la puerta advertía a Marlon de que iba a salir para tomar el aire fresco, aunque finalmente acababa perdido explorando los alrededores. Un buen día Marlon le explicó que era libre para hacer cuanto quisiera.

—Ya no eres un na´rin —le dijo—. No necesitas mi consentimiento ni el de nadie. Eres un hombre libre.

Le costó un largo tiempo olvidar las normas que los na´rin le impusieron desde que tenía conciencia y asumir aquella nueva realidad. Era un hombre, no un na´rin. No más lecciones, no más favores ni ruegos. No más miradas de odio ni rencor. Solo largas noches de charlas e historias en la lengua de las gentes del otro lado de las montañas. «Aquellas gentes», fue como los llamó en el momento en que descubrió en Marlon a un igual. Aunque él, en el fondo, lo sentía como un hijo siente a un padre orgulloso de su prole.

Ese día había decidido andar un largo trecho hacia las colinas del sur, donde no alcanzan las frías brisas del infinito océano, obligándole a vestir aquellas enormes pieles. Le gustaba aquel lugar. Sentir la cálida brisa recorriendo su pecho desnudo, aunque para alcanzarlo tuviera que recorrer una gran distancia para bordear el gran árbol de Alicorn que, por razones obvias, trataba de evitar en gran medida.

Llantos.

Trató de no prestar atención. Sus sentidos le traicionaban y le tendían trampas siempre que trataba de encontrar la paz, desde que padecía aquella extraña enfermedad que le había mantenido postrado en la pequeña alcoba durante largo tiempo. Primero creyó escuchar efímeros susurros acompañando al viento, que se colaba en la cabaña a través de las delgadas fisuras de sus paredes de gruesos troncos. Luego fue la vista la que le hizo creer que algo le acechaba en la oscuridad de la noche. Cuando miraba, no hallaba nada. Solo sus pisadas. Pero en aquella ocasión, fue distinto.

Llantos.

Era la voz de una mujer la que escuchó con claridad sollozando un nombre no muy lejos de donde se encontraba. Ladeó su cabeza, sintiendo el dolor en cada palabra.

¿Dónde está mi amado?

Aunque lejano, el sollozo resonó en todo el bosque, proveniente de algún lugar del sur. No era fruto de su mente. Aquel dolor le superó y tuvo que levantarse. Sin pensarlo, empezó a correr hacia la voz. A medida que avanzó sintió como aquel dolor se hacía más intenso, hasta que no lo pudo soportar más y se detuvo.

Entonces el dolor cesó.

Aquel lugar plagó su mente de recuerdos que no le pertenecían. El dulce aroma del jazmín contrastaba con la imagen de lo que tenía delante. Los arbustos y la hierba parecían haber sido pasto de algún fuego. Los árboles conferían un aspecto lúgubre y sin hoja. Pero lejos de aquel lugar, el resto del bosque lucía el mismo aspecto joven y verde de siempre.

Trató de adentrarse entre dos grandes árboles que separaban ambos lares, pero algo hizo que se detuviera. La figura de un desconocido que yacía sentado sobre el grueso tronco, al cobijo de las sombras, hizo que diera un respingo.

—Detente —habló con aquella voz profunda el anciano. Su capucha se tornó para observar hacia donde se internaba la hierba chamuscada.

—Eres tú —exclamó Lerno al recordar el momento en que conoció al anciano—. ¿Qué me hicisteis aquella noche?

—No estoy aquí para responder a tus dudas.

—He matado a un na´rin por lo que me hicisteis. He tenido que abandonar mi hogar. ¡He perdido todo cuanto me era querido!

El anciano se mantuvo en silencio un momento. Luego dirigió su oscura mirada hacia el muchacho.

Llantos.

Lerno miró hacia el sendero, sorprendido al escuchar tan de cerca aquel funesto lamento.

—La mujer a la que escuchas atesora un secreto. Un secreto que solo te incumbe a ti.

—No comprendo.

—Ella conoce la verdad acerca de tus padres —su mano se elevó para señalarlo lentamente—. En ella hallarás todas las respuestas. Pero no será sencillo.

—¿Qué quieres decir? —quiso saber Lerno.

Llantos.

—Es una *banshee*. Un espíritu vengativo que ha despertado de su letargo.

—¿Por qué ha despertado?

—Para anunciar la muerte de un ser amado. Si no es liberada de la maldición, estará condenada a habitar este lugar hasta el fin de los tiempos. Sin nadie que la vea o la escuche. Solo la tierra marchita.

Lerno miró la tierra frente a sus pies, donde la hierba parecía haber sido chamuscada.

—¿Es esto lo que sucede en el bosque maldito?

—Ella no se equivocó contigo. Aunque yo tenga mis dudas.

Ambos se observaron durante un largo silencio.

—¿Qué se supone que debo hacer para liberarla?

—Un trato habrás de hacer con ella. Pero te lo advierto. No te resultará sencillo.

La figura del anciano desapareció de aquel lugar sin dejar rastro. Lerno trató de encontrarlo para obtener más información, pero le resultó inútil.

Tras un largo rato, pensó en sus palabras. Aquella mujer conocía la verdad acerca de sus padres. Miró de nuevo el suelo marchito ante sus pies.

Sin detenerse a pensarlo, dio un paso.

Como un huracán, un cúmulo de sentimientos le invadieron por dentro. Dolor, odio, tristeza, rabia. Todo se entremezcló haciendo que se doblegara de rodillas sobre la hierba chamuscada. Veloz, rodó por el suelo hasta que abandonó la senda y todos aquellos sentimientos desaparecieron. Respiraba agitadamente, sintiendo como las venas estaban a punto de estallar en sus sienes y las lágrimas resbalaban sobre sus mejillas contra su voluntad.

El anciano no erraba. El secreto que atesoraba aquella mujer iba a requerirle un sacrificio mayor de lo que jamás se hubiera imaginado. ¿Era así cómo se sentía la misteriosa dama del bosque marchito?

Llantos en la distancia.

Dejó su arco y su carcaj apoyados a un costado del sendero y trató de armarse de valor para la tarea que le aguardaba. Miró al frente, tratando de escuchar los lamentos de aquella mujer. Recordó el hogar de su madre, la paz que le evocaba aquel lugar y cuánto ansiaba regresar a él. Como le había sucedido en el bosque bajo el árbol, junto a su amigo Halby, dejó de ver. Sintió como el frío invadía su interior, y su visión regresó mostrándole un mundo completamente distinto.

Entonces la vio.

A través de las hileras de árboles y arbustos, vagaba una mujer a no mucha distancia de donde se encontraba. La hierba parecía haber recuperado su frescura. Hizo acopio de voluntad y avanzó un paso. Esta vez no sintió ningún dolor, sino entusiasmo.

Empezó a caminar.

Avanzó entre la hilera de árboles que enmarcaban la senda, hasta un recodo tras el que descubrió una laguna. Su superficie cristalina reflejaba las grandes montañas de roca bajo las que se encontraba. Y sobre la hierba, mirando hacia la senda, una joven de aspecto risueño observaba el camino. La joven no miró a Lerno cuando este avanzó y se movió hacia un costado.

Parecía ignorarle, como si esperase a que alguien apareciese por aquella senda.

Lerno trató de acercarse para verla más de cerca, pero una punzada de dolor lo invadió, evitando que pudiera acercarse tanto como le hubiera gustado. La joven no era *na'rin*, sino una hermosa humana con el cabello enrojecido como una puesta de verano. Su piel era blanca y estaba sembrada de diminutas pecas que hacían juego con su pelo. Sus ojos marrones parecían tristes. Una fina seda la envolvía y dejaba entrever la belleza bajo la prenda. Era la primera humana que había visto en su vida, y le resultó hermosa.

De pronto alguien apareció a través de la senda. No podía verle el rostro, pero supo por sus ropas que se trataba de un *na'rin* de buena familia. A la joven se le encendió la mirada, esperanzada, y movió sus labios, pero de ellos no emergió ninguna palabra que Lerno pudiera escuchar.

El *na'rin* se acercó a la joven y ella lo abrazó con todas sus fuerzas, como si temiera que se fuera a marchar. Ambos se besaron e intercambiaron palabras mudas, mientras se miraban a los ojos con la nariz de ella pegada a la del *na'rin*. Este le acariciaba con sus manos ambas mejillas. Luego, el *na'rin* sacó de uno de sus bolsillos un pequeño colgante que brilló bajo la luz del sol. Un pequeño rubí, a juego con el color de su pelo, colgó del cuello de la mujer entre briznas de oro y plata. Ambos entrelazaron sus dedos e intercambiaron sus miradas con una felicidad absoluta.

De pronto, como si Lerno lo intuyera, varios arbustos alrededor de la senda se agitaron, perturbando a la pareja. Miró y vio como de entre ellos surgieron las figuras de varios *na'rin*, con sus arcos apuntando hacia la pareja. El joven *na'rin* trató de abrazarse a la mujer con todas sus fuerzas, pero aquellos desconocidos se acercaron y lo arrancaron de sus brazos a la fuerza, dejándola expuesta. Otro de ellos, quien parecía encabezar la emboscada, se acercó a la humana y le apuntó al pecho. El joven pateó y gritó el nombre de la dama, que sonó como un eco en la distancia.

¡Vela!

El desconocido *na'rin* que vestía la armadura de cuero negro liberó finalmente su flecha. Las lágrimas de la joven enamorada surcaron sus mejillas cuando trató de hallar a su amante con la mirada. Las noches bajo las estrellas, las tardes de juegos y risas. Todas pasaron ante sus ojos cuando vio marchar a su amado. Todos desaparecieron quedando ella, a solas, tumbada

sobre la hierba.

Entonces ella también desapareció, como lo hacen las hojas secas que se consumen con el tiempo.

—Ellos me quitaron todo cuanto quise.

Lerno no se movió. Permaneció observando el cuerpo de la joven que tenía delante, aunque aquella voz siguió hablándole a sus espaldas.

—No te vuelvas —continuó—. Si vieras mi aspecto tu sortilegio se desvanecería y perderías la cordura. No me lo perdonaría, siendo como eres mi única esperanza.

Lerno bajó la mirada y continuó escuchando la voz que le hablaba a sus espaldas.

—Sé quién eres y a lo que has venido.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó entonces Lerno.

—Mi amado abandona este mundo, y yo ansío cruzar ese puente junto a él.

—¿Qué se supone que debo hacer?

—Debes entregarle mi colgante.

Sintió como aquella mujer caminó detrás de él, y una punzada de dolor le agitó el estómago en cuanto ella se acercó.

—Tómalo y sigue tu instinto —le dijo, al tiempo que un pequeño colgante cayó sobre la hierba ante el muchacho—. Hazlo, y obtendrás tu parte.

—¿Cómo sabré a quién debo entregarlo? —quiso saber. —El colgante te guiará hasta él.

—¿Solo eso? —dudó, puesto que el anciano le había advertido que no confiara en aquel espíritu—. ¿Cómo sé que puedo confiar en ti?

Ella se removió a sus espaldas y una punzada de odio le invadió el pecho.

—El anciano te ha advertido y haces bien en ser desconfiado. Pero dime, ¿acaso le conoces? —y añadió—: ¿Debes confiar tú en él?

Lerno se quedó en silencio.

La *banshee* tenía razón. No sabía nada acerca de quién era el anciano, ni cuáles eran sus intenciones para con él. Por su parte, había actuado ciegamente con tal de conocer la verdad sobre sus padres, que cada vez se le antojaba más distante. Ante su silencio, ella siguió hablándole.

—Tómalo como un gesto de buena voluntad a cambio del que no espero nada.

Sus manos se pusieron de pronto sobre los hombros de Lerno y un gran dolor le recorrió el cuerpo, haciendo que se convulsionara. Sus ojos se quedaron en blanco y perdió el control de la situación. Un sinfín de días, estaciones y lustros pasaron a su alrededor sin que él pudiera siquiera moverse.

—¡Qué me estás haciendo! —gritó.

—Aguanta... —lo tranquilizó—. Ya hemos llegado. Mira.

Cuando se frotó los ojos, secándose las lágrimas que brotaron por causa del dolor, no pudo creer lo que veía. Estaban en aquel mismo lugar, pero todo era distinto. Ante ellos, una joven de pelo oscuro y ojos esmeraldas hablaba animada a una pequeña criatura que tenía entre sus brazos, mientras trataba de sumergir sus pequeños piececillos en las aguas de la laguna.

—¿Madre...? —logró articular Lerno, pero ella no lo miró.

—Es hermosa, ¿cierto? —dijo la *banshee*.

—Más que ninguna.

Lerno trató de acercarse a su madre. Pero la *banshee* lo retuvo.

—Estás en uno de los muchos recuerdos que guardo del tiempo que he pasado atrapada en este lugar. No la puedes tocar, no te oírás jamás, por mucho que grites. Mira, ahí llega él.

De pronto apareció la figura del anciano, con su túnica raída y el rostro oculto bajo su capucha.

—Ha venido a llevársela. Se escuchó un ruido a lo lejos entre los arbustos, y varios *na'rin*, encabezados por Matius, se presentaron ante la joven y el recién nacido. Ella trató de incorporarse, pero Matius no se lo permitió.

—¡No! —gritó Lerno, que trató de liberarse, cuando vio como aquel *na*

'rin disparaba una de sus flechas contra la joven.

—¿Qué hacemos con el niño? —preguntó uno de los exploradores ante el cuerpo de la joven, que lo abrazaba contra su pecho. El pequeño sollozaba con todas sus energías.

—De él se ocuparán las bestias—respondió Matius, con una siniestra sonrisa en su enrojecido rostro.

Todos siguieron al asesino de su madre y dejaron sola a la criatura en los brazos de la mujer, que luchaba por su vida. De pronto el anciano caminó hacia ella y se arrodilló a su lado, extendiendo su mano. El niño dejó de llorar y asió su manga, haciendo que detuviera el gesto. El anciano se separó de su cuerpo, y con un movimiento de su mano acabó con la vida de todas las criaturas que acechaban al pequeño.

Cuando llegó el profesor, apenas le quedaban fuerzas a la madre para sostener al pequeño. El profesor fue corriendo a su lado y trató de cubrir con sus manos la herida de la flecha. Ella lo miró y le habló.

—No permitas que nada malo le suceda. Él es el último. Protegedlo.

Cuando la joven murió, el profesor tomó a Lerno y se marchó con él entre sus brazos.

Su madre quedó tendida sobre el suelo, junto al anciano al que solo ellos veían.

—Observa, joven. ¿Quién es aquel que te brinda consejo? —le susurró entonces la voz de la *banshee*.

El anciano se arrodilló ante el cuerpo de su madre y se apartó la capucha, dejando al descubierto su rostro. Tenía la piel arrugada, blanquecina. No tenía ojos con los que poder ver. Cuando tocó aquel cuerpo, abrió su boca de tal modo que su rostro se había alargado, dejando al descubierto un gran pozo negro y profundo que no parecía tener fin.

—Ya has visto suficiente —dijo la *banshee*, liberando a Lerno con un empujón que lo devolvió de pronto a la realidad.

El anciano y su madre habían desaparecido por completo, y en su lugar solo había hierba marchita. Cuando se volvió, pudo ver el aspecto de la *banshee*. Estaba desnuda y sus cabellos rojizos le ocultaban sus pechos. Lerno trató de evitar mirarla, pero por algún motivo se sintió extenuado,

como si se hubieran agotado todas sus fuerzas.

—Te he mostrado lo que ansiabas ver. Ahora cumple con tu parte.

Lerno tomó el colgante y caminó veloz hacia la senda.

—Lerno —lo llamó una última vez, haciendo que el joven se tornara desde el camino.

Cuando la vio de nuevo, había cambiado. Sintió como aquella visión lo consumía con cada instante transcurrido, pero no apartó la mirada de aquella imagen de carne podrida y huesos sobresaliendo por entre sus costillas. Sus ojos vacíos le miraban desde la distancia.

Protege a tus amigos.

De pronto un grito ensordecedor surgió del agujero de la garganta de la *banshee*, hasta convertirse en un lamento que le heló el corazón. El espectro extendió sus brazos y se movió veloz hacia el muchacho. Lerno abandonó la senda y corrió como nunca jamás había corrido.

Encuentra a mi Damien.

XV

No le resultó difícil pasar inadvertido al amparo de las sombras en aquella noche sin luna, a pesar del reto que le había supuesto llegar hasta aquel lugar.

Con el cuerpo dolorido, miró a su lado un gran bulto que descansaba sobre unas varas amarradas con cuerdas a lo que se asemejaba a un enorme tronco sin desbatar. Varias ramas terminadas en punta sobresalían, amenazantes, por un costado. En el suelo, una delgada línea de sangre delataba el camino por el que había llegado.

Apenas sin fuerzas, acarició el enorme bulto con expresión de tristeza, como si sintiera aprecio por aquel objeto.

Arriba, en las alturas del árbol, un farolillo permanecía encendido en una de las ventanas. Aunque su llama hacía tiempo que había ido menguando, prefirió permanecer donde estaba. Nada había vuelto a ser lo mismo desde que la casualidad o el destino decidieron que abandonara aquel lugar al que había llamado hogar. Aquel pensamiento le hizo sentir como una hoja arrastrada por la corriente.

Miró hacia la nada y asintió con la cabeza, como si alguien le hubiera susurrado algo al oído. Entonces su mirada volvió a posarse en aquella ventana, donde la luz del farolillo ya se había extinguido.

Había llegado el momento.

Se irguió de pronto y subió los peldaños con normalidad, sin preocuparse de que pudieran escucharlo. Estaba oscuro y nada se veía, salvo las diminutas luces iluminando sobre su cabeza las altas ramas del árbol. Pero él no necesitó ninguna antorcha.

Pasó frente al hogar de su amigo y una punzada de añoranza le atravesó el pecho. Miró a través de la ventana. El interior estaba vacío. Luego, miró al sur. Marlon seguramente estaba contando alguna de sus batallas a Halby y a los otros dos *na'rin*. No pudo evitar recordar el momento en que vio por

primera vez al salvaje. Continuó ascendiendo la escalera en silencio, sin ninguna cautela. Por alguna razón no temía que le descubrieran.

Cuando llegó, un cúmulo de recuerdos lo invadió. Tuvo que detenerse para verse a sí mismo mirando al exterior a través de aquella ventana. Queriendo ser como el resto. Otro na´rin más. De pronto, una fría voz emergió de la oscuridad, una voz que no le pilló por sorpresa.

—Esa opción jamás existió para ti.

La figura yacía sentada a un costado de la escalinata, junto a un montón de aparejos que facilitaban la subida de objetos pesados, para que los na´rin no se pasaran el día subiendo y bajando aquellas escaleras. Su rostro, oculto bajo la grotesca capucha, se movió para observarlo.

Lerno lo ignoró y caminó hacia la puerta. El anciano, por su parte, se mantuvo inmóvil.

—Solo cumple con nuestro acuerdo.

Abrió la puerta sintiendo la mirada del anciano en su nuca, y entró sin mediar más palabras. Una vez dentro, creyó que todo el lugar había encogido. La cómoda silla donde el profesor leía a sus pupilos no le pareció tan lejana. Ni las estanterías, cuyo polvo le dio a entender que aquellos libros no se habían tocado en mucho tiempo. Algunos taburetes descansaban volcados sobre el suelo, como si los hubiesen apartado con prisa. El suelo, pegajoso bajo sus pies, no había sido limpiado.

—Lerno... Lerno... —emergió una voz febril desde el otro lado de la estancia.

Dejó a un lado todos sus pensamientos y corrió hasta la alcoba del profesor. Estaba tendido en su cama, a oscuras. Lerno asió el farolillo y alimentó la mecha, haciendo que la llama lo iluminara. Estaba en los huesos y le brillaba la frente. Sumido en la pesadilla de la fiebre, buscaba a tientas con las manos alzadas, pronunciando su nombre.

—Lerno. ¿Dónde estás? Lerno....

Sus manos se encontraron después de mucho tiempo. La de Lerno, curtida y cálida. La del profesor, débil y fría.

—Estoy aquí, profesor.

El profesor lo miró sin creer.

—Muchacho. ¿En verdad eres tú? —le habló el profesor con el rostro contraído por la fiebre—. Eres su viva imagen. Ojalá tuviera tiempo para contarte...

—No hable, profesor. No es necesario. Lo sé todo.

—¿Lo sabes? Pero no es posible...

El profesor ladeó su cabeza y lo miró fijamente con gran esfuerzo.

—Eres... su viva imagen.

—He venido a saldar la deuda.

De pronto se llevó las manos al cuello y se quitó un labrado colgante, que agarró ante la atónita mirada del profesor. Un pequeño rubí sujeto por una elaborada filigrana de oro y plata brilló a la luz de la lámpara. La incertidumbre del profesor se convirtió en sorpresa, y ésta en entendimiento, cuando sus miradas volvieron a encontrarse. Lerno se acercó al profesor y, sujetando su cabeza, le ayudó a ponerse el colgante, que observaba con nostalgia. De pronto, el profesor miró hacia la nada, sonriente. Ya no sintió el dolor de la fiebre, ni el frío de la noche. Tampoco la lágrima que resbaló por el rostro del joven, cuando sus manos se separaron para siempre y abandonó la habitación.

XVI

—No hay ningún Damien ni bajo el árbol ni sobre él.

Eina fue la primera que habló tras escuchar la historia que el salvaje había relatado al grupo de na´rin, frente a la crepitante hoguera. Aunque el ambiente había cambiado, parecía más pesado y extenuante que antes, a pesar del frescor de la noche, que les obligó a avivar las llamas.

—Eso mismo le dije al muchacho. Traté de disuadirlo de que fuera al árbol —masculló Marlon—. Si esa muerta lleva así hace mucho, el tal Damien debe de estarlo también.

—Pero nada de esto explica por qué ni siquiera podemos verlo — explotó finalmente Halby, que había permanecido en silencio desde hacía mucho tiempo.

El salvaje lo miró fijamente, sorprendido por el sobresalto del muchacho y por como lo miraba, del modo en que solo se mira a alguien cuando se busca una respuesta sincera. Alzó su cabeza y apretó los labios. Había estado esperando aquella pregunta desde el principio.

—Queréis saber por qué el muchacho no quiere ser visto —dijo, tratando de evitar sus miradas—. Por mucho que os explique, no lo entenderéis, aunque os dijera que ha cambiado de tal modo que no lo reconoceríais.

—Pero eso a mí no me importa. Siempre ha sido distinto al resto. — Halby parecía tan enfadado como entristecido.

Marlon lo miró de soslayo.

—Ya no queda nada del muchacho al que conociste.

—¿Qué quieres decir, Marlon? —preguntó Eina, preocupada.

Marlon se mantuvo en silencio durante un instante que les pareció eterno. Luego, siguió hablando.

—Jamás os conté como llegué a este infierno a ninguno de vosotros, salvo al anciano —dijo refiriéndose al profesor—. Al principio fue solo una

sospecha. Esos ojos grises como dos profundos pozos. Luego, tras la enfermedad, lo vi a él.

—¿A quién te refieres? —quiso saber Halmor.

Marlon alzó la vista y miró las llamas durante un instante.

—A su padre.

Eina abrió los ojos y se levantó de pronto. Cuando se dio cuenta de que todos la observaban, volvió a sentarse, despacio.

—¿Estás seguro? —preguntó Halmor, quien ayudó a su esposa.

—Hasta entonces no tenía idea de quién era. Si lo hubiera sabido... no lo habría dejado al amparo de las ratas del árbol desde el principio.

—¿Quién es su padre? —urgió Eina conteniendo el tono de su voz—. ¿Quién es el que se llevó a mi amiga y me la devolvió sin vida? ¿Quién es el desgraciado que abandona así a su hijo, a mi pequeño?

Marlon sostuvo su mirada, plagada de lágrimas, y escuchó cada una de las palabras que pronunció.

—Desconozco los motivos que le llevaron a cometer tan grave asunto. Solo puedo hablarte del hombre al que conocí. —Y añadió—: Aunque poco tuviera de hombre.

—Habla, amigo, y no te detengas hasta el final.

Marlon echó algunos leños al fuego y las llamas crepitaron, iluminándole el rostro. Su mirada se perdió entre las llamas, donde trató de encontrar los recuerdos del pasado.

—Su nombre jamás lo supimos. Pero lo que hizo por nosotros fue el motivo por el que crucé la gruta de las montañas, sabiendo que por ello entregaba mi vida a cambio del favor del desconocido.

—¿Qué fue lo que hizo para que tú estuvieras en deuda de tal manera? —preguntó Halmor, desconcertado.

—Salvó a mis hijos.

Eina y Marlon intercambiaron por un breve instante sus miradas y una punzada de comprensión viajó entre ambas.

—Mis hermanos y yo habíamos salido de caza a algún lugar cercano a

las montañas.

XVII

La pequeña construcción de madera estaba totalmente desprovista de cualquier mueble. Un pequeño caldero pendía por tres diminutas cadenas, que estaban sujetas a un hierro toscamente forjado y que sobresalía del suelo, retorciéndose sobre el crepitante fuego que marcaba el centro del lugar. Sobre este, un enorme agujero en el techo, por donde buscaba escapar el humo, dejaba al descubierto el oscuro manto de la noche, con algunas tímidas estrellas. A excepción de los pequeños camastros de pieles, esparcidos en torno al hogar, pocas eran las pertenencias de quienes habitaban el lugar. En un lado del caldero, dos niños de no más de cuatro palmos jugaban con improvisadas armas talladas en madera, mientras que, al otro lado, una joven de pelo cobrizo y mirada cálida sonrió al observar a sus hijos.

Marlon miró a su esposa y Brema le correspondió con aquella sonrisa. Él siguió sacando filo a su lanza.

—No hay mujer más feliz en este mundo que yo.

Marlon alzó la vista y le dedicó una sonrisa de complicidad, con aquella punzada de locura en la mirada que la hizo reír. Luego se incorporó.

—Debo marcharme antes de que lleguen mis hermanos —dijo Marlon, ciñéndose el pesado abrigo de pieles con una gruesa correa de cuero—. Ya casi es la hora. Maldita sea.

Ella se incorporó y se abalanzó sobre sus brazos.

—Qué hermosa eres, mujer.

Ambos pequeños rieron al ver a sus padres.

—Mazo, Beorn, venid a despediros de vuestro padre —los llamó Brema—. Seguro que va a traernos una buena pieza con la que calentarnos y alimentarnos durante el invierno.

Ambos pequeños se abalanzaron a sus piernas y alguien llamó tras la puerta.

—¡Vamos, maldito! ¡Deja de fornicar, o nos levantarán las presas los de la colina!

—¡Maldito Roni! —gritó Marlon.

—Ve, no hagas esperar a tus hermanos —lo despidió con un beso Brema—. Que las nieves bendigan tus huellas y que estas te traigan de vuelta.

Marlon dedicó una última mirada a su esposa. Luego, aseveró su rostro y ella se irguió, llena de orgullo por la bravura de su marido. Entonces él se tornó hacia la puerta y abandonó el lugar.

—Tu familia te espera —dijo Brema en voz baja, cuando Marlon abandonó la cabaña.

Afuera, sus cinco hermanos aguardaban envueltos en gruesas pieles y con sus harapos de caza, listos para resistir las duras condiciones a las que se enfrentarían durante días.

La vida en aquellas tierras era tranquila, pero extremadamente dura. Dependían de la caza, la pesca y de los pocos frutos que les brindaba la tierra. Pero sobre todo de la piel de los animales que ellos mismos se procuraban.

Partieron sin mediar palabra en dirección a las montañas. Por algún motivo, Marlon no podía dejar de dirigir su mirada hacia la pequeña aldea que se iba alejando con cada paso.

—En cuanto regresemos nos estarán esperando. No te preocupes, muchacho —le dijo Gomir, el mayor de sus hermanos.

Como en otras cacerías anteriores, tardaron varios días en regresar satisfechos, portando sobre sus hombros las magníficas piezas de caza. Aunque aquella noche a Marlon le estaba resultando distinta, pues su corazón le advertía de que algo no marchaba bien.

Primero fueron los vientos que arreciaron desde el sur, trayendo consigo el hedor del humo y de la sangre. Luego fueron las llamas que en el horizonte asemejaban la llegada del alba.

Los hermanos soltaron sus presas y corrieron portando sus lanzas en mano. Pero cuando llegaron al lugar, todo había sido arrasado. Solo hallaron la nieve teñida de sangre y las llamas devorando los restos de sus amados hogares. Y en el centro de aquel lugar, dos desconocidos a los que rodearon blandiendo sus armas. Uno de pie, inmóvil, envuelto en sucios harapos y el rostro oculto tras una capucha. El otro, con sus rodillas hundidas en la nieve, portando armadura de malla y escudo de armas, con la espada del primero cruzada sobre su cuello y un puñal ensartado en un costado.

Marlon fue el primero que reprimió su instinto y esgrimió su lengua antes que el filo.

—Hablad, antes de que mis hermanos y yo os ensartemos como a cerdos.

—No haréis tal cosa —dijo el encapuchado en su idioma.

Su voz abrumó a Marlon y a sus hermanos, que entendieron a la perfección cada palabra del desconocido. La frialdad con que las pronunció hizo que el resto reprimiera su instinto.

—No hallaréis ni a vuestros hijos ni a vuestras mujeres entre las llamas.

—¿Dónde están entonces, maldito? —gritó Gomir, alzando sobre su cabeza la pesada lanza.

—Los tiene el señor de este que podéis ver ante vuestras propias narices —respondió el extraño.

Las miradas de todos se pusieron de pronto sobre el que estaba de rodillas, ataviado con una elegante cota engalanada con florituras. En su pecho, una fina seda de color azabache lucía, en su centro, las figuras de un escudo: un orgulloso halcón con un ala plegada, soportando una espada, y la otra abierta, apuntando en arco hacia el cielo abierto. El hombre, de pelo cano y mirada turbia, balbuceaba palabras ininteligibles que no comprendían los salvajes.

Dos de los hermanos de Marlon retrocedieron y trataron de rebuscar entre las llamas, chamuscándose manos y piernas, descubriendo cadáveres a medio quemar o despedazados por el filo de alguna espada.

—El vagabundo dice la verdad. No hay mujeres ni niños —gruñó el primero de los hermanos.

—¿Dónde se los han llevado?

—Aunque lo supierais, de poco os serviría blandir las armas ante las murallas de su castillo —respondió el vagabundo.

—No nos importa que haya muros de por medio —escupió Roni—. Mataremos hasta al último de esos malnacidos.

—No seas necio. En cuanto pusiéramos un pie en el lugar, nos curtirían a flechas —dijo Marlon, quien observaba fijamente al extraño—. En cuanto a

ti, ya puedes ir soltando lo que tienes en mente.

El vagabundo miró a Marlon. Marlon trató de sostener su mirada, pero le valió un instante para evitarla.

—Hay una forma de que halléis venganza y recuperéis a vuestras mujeres y vuestros niños —dijo lentamente el vagabundo—. Pero de igual modo tal opción requerirá de vuestro sacrificio.

—¿Cómo estás tan seguro? —quiso saber el primero de los hermanos, quien no quitaba el ojo al que estaba arrodillado clamando por su vida.

—Conozco a tu pueblo y sus costumbres. Aunque todavía respiréis, poco os interesan vuestras vidas.

—¿Y qué propones, desconocido? —preguntó Marlon.

—Solo dos iremos al castillo. Tú, como mi prisionero. Yo, portando las ropas y su escudo. Tus hermanos harán buena cuenta de él mientras esperan a que abramos las puertas.

Marlon sopesó las palabras del extraño y frunció el ceño, temiendo que aquello solo era una parte del planteamiento.

—¿Y qué pides a cambio de tal hazaña?

El desconocido apartó entonces el filo del cuello del hombre de armas y le atizó con el pesado pomo tras la cabeza, haciendo que cayera inconsciente. Luego, dio dos pasos hacia atrás, dejando al hombre tendido sobre el suelo entre él y los salvajes, que lo miraron con descarnado deseo vengativo.

—Un trueque. Recuperar vuestras familias, o lo que quede de ellas, a cambio de vuestras vidas.

Las palabras del vagabundo desconcertaron a los salvajes que, inconscientemente, retrocedieron un paso.

Todos excepto Marlon, que observó detenidamente al desconocido. Miró sus ropas sucias, su gran estatura y la forma con que trataba de ocultar su rostro con aquellos harapos. Sus ojos grises brillaron con una frialdad que le estremeció. Y aquella espada roma y oxidada, repleta de muescas.

—Tú eres al que llaman Obborg.

El desconocido asintió levemente con la cabeza bajo su capucha.

—¿Y qué pretende este degenerado, vendernos como luchadores, o como esclavos, si hay suerte? —saltó uno de los hermanos.

—¿Para qué necesita Obborg de nosotros? —quiso saber Marlon, y todos guardaron silencio esperando la respuesta del extraño.

—Solo vuestra compañía a través de la gruta.

Todos intercambiaron sus miradas, nerviosos ante la revelación del extranjero.

—Hermanos —habló Marlon, sin separar la vista del encapuchado—. Tratad de no manchar demasiado las ropas del degenerado. Temo que el vagabundo vaya a necesitarlas.

—¿Te has vuelto loco? —le dijo entonces Gomir, que lo asió del brazo.

—Él está en lo cierto —añadió, liberando el brazo ante la atenta mirada de su hermano—. Si voy a morir, prefiero hacerlo sabiendo que Brema y mis hijos vivirán gracias a mi sacrificio.

XVIII

—¿Qué sucedió entonces? —preguntaron Rorin y Tobías, entusiasmados, casi al unísono, cuando Marlon terminó de relatar su historia.

—Me limitaré a decir que el vagabundo nos entregó la venganza y nosotros cumplimos con nuestra palabra. El resto... ya lo conocéis.

—Pero... —quiso saber Halby—. ¿Por qué necesitó cruzar con vosotros? ¿Qué es lo que buscaba?

—Él vino a por ella —respondió Marlon—. No nos dio más detalles, pero sí nos dijo que para cruzar al otro lado era necesario pagar un peaje con un alto precio. Nada menos que nuestras vidas. Teniendo en cuenta que el mayor de mis hermanos cayó en el castillo y solo quedamos cinco, tuvimos que decidir quién de nosotros debía quedarse para cuidar de nuestras familias. Al final decidimos que fuese el menor de nosotros, y el resto cumplimos con lo prometido —miró a Halmor de soslayo—, hasta que éste me clavó una flecha en la pierna.

—¿Y qué querías que hiciera? —se quejó Halmor señalando con un dedo la gran hacha—. Corrías hacia mí gritando con esa cosa por encima de mi cabeza.

—Si no recuerdo mal, fue por ti por quien dejó de ser explorador —añadió Eina.

—¿Padre fue un explorador? —dijo sorprendido Halby elevando la voz.

—Si no recuerdo mal —continuó Halmor, algo molesto, mirando a su esposa—, fue porque alguien se hizo pasar por Lura para que distrajésemos al consejo, mientras ella y ese secuaz se daban a la fuga con total libertad.

—La cara de idiotas que se les quedó cuando me quité el capuchón.

Ambos rieron.

—Fue idea del profesor —añadió Eina, cuando las risas cesaron—. Él organizó todo para que ambos pudieran marcharse.

Todos perdieron sus miradas entre las llamas, salvo Halby.

—Lo que no entiendo es como pudieron atravesar la gruta si no es

posible una vez te encuentras a este lado —dijo Halby, pidiendo una explicación.

Rorin y Tobías miraron expectantes a Marlon, Eina y Halmor, esperando la ansiada respuesta.

—Vosotros sois na´rin y yo soy un humano —empezó a decir Marlon, dirigiéndoles su mirada. Luego, señaló hacia las montañas—. Él no es ninguno de ambos. Desde el principio fui incapaz de verle el rostro. Solo esa mirada helada que te calaba hasta los huesos.

De pronto Marlon enmudeció, y su vista navegó perdiéndose entre las llamas.

—¿Qué ocurrió en el castillo? —preguntó de pronto Eina, quien intuyó los pensamientos del salvaje.

—Logramos entrar sin ningún esfuerzo. Algún golpe me llevé por parte de algún soldado, cuando pasamos por su lado en dirección a las mazmorras. En principio el plan consistía en saber dónde los tenían encerrados, esperar a que la noche cayese y abrir a mis hermanos para, con su ayuda, sacarlos del lugar sin armar alboroto. Pero cuando llegamos... —De pronto enmudeció.

—¿Qué sucedió?

Marlon dudó de si debía continuar, pero tras comprobar que todos le observaban, continuó con su relato.

—Recuerdo que escuchamos gritos desde el exterior. Las mazmorras eran profundas y el suelo estaba cubierto de lodo. Había llovido mucho por aquellos días. Cuando llegamos a las primeras salas, el olor era insoportable. Tras las puertas entreabiertas pudimos ver como a algunos de los míos los estaban despellejando vivos. Los tenían colgados boca abajo, abiertos como puercos, mientras les sacaban las entrañas. Al principio seguimos con el plan, hasta que encontramos a las niñas.

—No sigas... —lo cortó Eina. En sus ojos asomaban algunas lágrimas.

—No daré detalles —continuó Marlon—. Pero recuerdo el momento en que se volvió hacia mí y me miró con aquellos ojos.

Las manos de Marlon temblaban al recordarlo.

—El lugar donde nos detuvimos estaba vacío —prosiguió. La voz del salvaje vacilaba y tenía la frente empapada en sudor—. Sus ojos se

oscurecieron de tal modo que pude ver en su reflejo que había muchos a nuestro alrededor. Eran como sombras que trataban de alcanzarle a él, mientras que a mí me ignoraban. Luego me dijo que sentía no poder continuar con el plan.

—¿Pero sacó a vuestras familias de aquel lugar? —preguntó Tobías.

—Desenvainó su espada y se internó en las mazmorras, dejándome atrás. Yo intenté seguirlo, pero por allí por donde pasé solo encontré cuerpos rebanados en varios pedazos. Ningún guardia fue capaz de hacer frente al vagabundo.

—¿Es eso lo que le sucede a Lerno? —fue Eina quien hizo la pregunta.

Marlon negó con la cabeza.

—El muchacho está bien sano, si es lo que preguntas.

Tras un largo silencio, Eina volvió a hablar.

—Creo que deberíamos descansar. Mañana será un día complicado —dijo, dando por zanjada la tertulia en torno a la hoguera.

Marlon, por su parte, asió sus hachas y las mantuvo cerca, dispuesto a pasar el resto de la noche atento a cualquier peligro que pudiera amenazar al grupo, del cual se sentía responsable.

Fue entrada la noche, mientras todos dormían, cuando una diminuta piedrecilla cayó frente al rostro de Eina, despertándola del sueño que estaba teniendo. Sintió la necesidad de levantarse y andar entre los arbustos. Cuando avanzó un trecho, descubrió al joven que la esperaba de pie junto a un viejo manzano. Ambos intercambiaron sus miradas. Él con temor por no saber cuál sería su reacción al verlo por primera vez en mucho tiempo con su nuevo aspecto. Pero ella caminó deprisa y se abalanzó sobre el muchacho para rodearlo con sus brazos. Había crecido muchísimo, y su cuerpo había cambiado tanto que, de no ser por su instinto, jamás lo habría reconocido. Tras el abrazo, Lerno le habló.

—Debes escucharme. —Su voz sonó distinta, como la de un hombre.

Ella lo miró. Sus ojos eran como dos pozos profundos. —Solo he venido para despedirme.

Aunque Eina no lo veía, tras el hombre en que ahora se había convertido Lerno, yacía la figura encorvada del anciano.

—No comprendo —dijo ella.

—Hice un trato con alguien —añadió él, mirando de reojo por encima de su hombro.

Al escuchar sus palabras retrocedió un paso, pero no tardó en comprender a qué se refería el muchacho.

—¿Fue por salvarnos?

—No.

—¿Entonces, por qué?

—Hay una maldición que pesa sobre el valle y que los mantiene aquí atrapados.

—¿A quiénes?

—A todos ellos —respondió Lerno cuando puso una mano sobre su brazo.

Fue entonces cuando Eina pudo ver más allá de la oscuridad de la noche. Miró a su alrededor y descubrió innumerables sombras con formas de hombres, mujeres y niños, que los observaban desde la distancia. Cuando Lerno la liberó, todos desaparecieron.

Lerno pudo sentir como el corazón de la na'rin se agitaba, sin comprender qué estaba pasando. Ella lo miró, desconcertada por lo que acababa de ver.

—Mereces una explicación. Todos vosotros la merecéis.

—¿Qué ocurre, Lerno? —preguntó con pesar.

—Hay una maldición.

—Continúa.

Lerno caminó hacia el manzano y acarició su tronco, mientras Eina lo seguía con la mirada.

—¿Recuerdas cuando caí del árbol, el día en que creyeron que maté a aquel joven?

—Nunca lo olvidaré. Pero no tuviste más remedio. Salvaste a todos aquellos exploradores.

En ese momento tomó su arco, que descansaba apoyado sobre el manzano.

—Ese día perdí la vida —dijo, tornándose hacia ella. Sus ojos grises la observaron con una profunda tristeza.

Entonces Eina recordó su piel fría sobre la cama y aquella mirada helada cuando volvió a abrir sus ojos.

—Tus ojos... —pensó en voz alta—. Pero ¿cómo es posible?

—Cuando caí del árbol quedé liberado de la maldición con la que mis antepasados maldijeron a los na´rin. La sangre de mi padre me ha cambiado para siempre. Cuando ellos lo notaron, trataron de encontrarme en el lugar equivocado.

—El árbol... —exclamó Eina con sorpresa, cuando juntó las piezas—. Por eso se marcharon las bestias del valle.

—Veo que Marlon os ha tenido entretenidos —asintió Lerno con la cabeza—. Me gustan sus historias acerca de *huargos* y princesas. Pero estas criaturas no son más que inofensivos lobos que han sido poseídos por seres malditos que antaño fueron como tú.

—¿Pero por qué, Lerno? —dijo angustiada.

—Por venganza. Por todo lo que mis antepasados les hicieron.

De pronto, algo entre los arbustos alertó a Eina, y esta se volvió para ver de qué se trataba. Lerno, en cambio, lo ignoró por completo y siguió hablando.

—Es a ella a quien debemos agradecer que el árbol siempre se ha mantenido a salvo, hasta ahora.

Eina miró a la recién llegada. Aunque estaba oscuro y a duras penas podía distinguir su silueta, sintió como el aire su alrededor se volvía frío y denso.

En ese momento, Eina alzó su mano y tocó el rostro del muchacho. Estaba frío como un muerto.

—¿Qué esperan de ti?

Tras un largo silencio, él le respondió.

—Quieren que cruce la grieta y encuentre el origen de la maldición —y añadió, mirando a la recién llegada—: Ella me abrirá la puerta.

Tras ellos, un estruendo llamó la atención de ambos.

—Y no pensarás hacerlo solo, ¿verdad? —gruñó Marlon, cuando llegó con una de aquellas pesadas hachas descansando sobre su hombro. El salvaje caminó hacia ellos pisando sin ningún cuidado, mientras arrasaba cuantos arbustos encontraba a su paso.

—No quiero que nadie se sacrifique por mí.

—¿Acaso tienes idea de lo que te espera ahí afuera? —gruñó Marlon—. ¡Ay, muchacho! Hay mucho más que *huargos* y princesitas en ese mundo.

Lerno no pudo evitar sonreír al gigante. Pero aquella sonrisa no duró demasiado. Eina fue la primera que lo había advertido. Caminaba lentamente dirigiéndose hacia ellos, con el arco a sus espaldas y la lanza de su madre entre los dedos.

—Toda ayuda va a ser poca —dijo Halby, cuando se detuvo a unos pasos de Lerno.

Ambos se observaron durante un instante que se les antojó eterno, hasta que Halby volvió a hablar.

—¿No creerías que te ibas a marchar sin tu mejor amigo? —sonrió.

Lerno no pudo evitar recordar lo que en una ocasión le dijo el profesor, justo antes de que todo comenzara. «*Solo los amigos de verdad te verán tal y como eres, sin importar desde qué ventana te miren. Si no, echa un vistazo a sus ojos y dime qué ves en quien se esconde tratando de no ser descubierto*».

Lerno lo miró a los ojos y Halby hizo lo propio. Fue entonces cuando olvidó sus temores, y ambos se abalanzaron el uno contra el otro para abrazar al amigo al que habían echado de menos durante tanto tiempo.

—No sé si sabrás —dijo Lerno en su oído mientras ambos se abrazaban — que es a tu madre a quien deberías pedir ese permiso.

Halby rio tras escuchar aquello, pero cuando vio el rostro serio de su madre se quedó mudo al comprender que, pese a la situación, éste tenía razón.

Como Lerno se imaginaba, no faltó mucho para que las figuras de

Halmor, Rorin y Tobías emergieron de entre los arbustos para unirse a los recién llegados. Estos últimos saludaron a Lerno con la mano, un tanto nerviosos.

—Creo que no me he dejado nada... —suspiró Halmor, mientras trataba de rebuscar entre las pesadas bolsas que había traído consigo y que no le dejaban apenas libertad para caminar.

—En realidad, nos marchamos todos —dijo de pronto Eina—. Aquí ya no queda nada para ninguno de nosotros. Además de que vas a necesitar nuestra ayuda.

Lerno los miró asombrado, sin creer lo que estaba sucediendo. Pero entonces cayó en la cuenta de que tal hecho no podría haber sucedido sin que hubiera sido organizado desde el principio. Qué equivocado estuvo al pensar que fue él quien los había distraído empleando a Marlon en el bosque, cuando en realidad todo formaba parte de un gran plan.

Un cúmulo de preguntas se agolparon en su mente mientras ponían rumbo hacia la grieta. ¿Realmente habían dejado el árbol para ir en busca de comida? ¿Por qué la *banshee* le advirtió acerca del peligro que corrían sus amigos? ¿Por qué el profesor lo obligó a abandonar el árbol?

Entonces lo supo.

En todas aquellas preguntas siempre había una pieza que encajaba aquella persona desconocida, pero familiar. Aquel que sabía tanto como desconocía. Alguien que había velado constantemente por él, incluso sin estar presente. Su mente unió las piezas como una araña teje una tela, girando en torno a él. Fue quien lo organizó todo desde incluso antes de que Lerno naciera. Hizo que sus padres se encontrasen y pudiesen abandonar el valle. Supo encontrarlo en el lugar y momento adecuados, cuando vio morir a su madre ante sus ojos. Fue quien se ocupó de él cuando nadie más lo quiso, y quien le advirtió de todos los peligros.

Entonces lo comprendió, y miró hacia su costado, a aquel que solo él podía ver. El anciano torció la cabeza y lo observó desde debajo de su capucha. Al ver la sorpresa en el rostro del muchacho, supo que lo había descubierto. Entonces se llevó la mano a la cabeza y mostró el rostro que había oculto bajo la mugrienta capa.

Los ojos del profesor le saludaron con una cansada sonrisa. Lerno trató

de hablar, pero supo de pronto que nadie más que él podría ver a su interlocutor.

—No hables. Sólo escucha. Gracias a ti por fin podré descansar junto a mi amada —a su lado apareció de pronto una preciosa joven de pelo rojizo y aspecto sonriente, muy diferente a la *banshee* que había conocido en la laguna.

—Ya no podré cuidar de ti una vez atraveses la senda de las montañas. Pero hay alguien que lo hará por mí —dijo el profesor mirando hacia las alturas—. Ella será tu guía para el camino que te espera.

Lerno miró al cielo, donde descubrió un ave. Se dirigía en picado hacia él, con unas enormes garras que le hicieron detenerse y alzar un brazo para protegerse del inevitable embiste. Pero aquella rapaz, una lechuza del color de la nieve, se posó sobre su brazo con una elegancia que sorprendió a quienes caminaban a su lado.

Todos se volvieron para observar a la recién llegada, preguntándose por qué motivo se había posado sobre el muchacho, mientras ambos se miraban con los ojos muy abiertos, como si se conocieran desde hacía mucho tiempo.

—¿Lerno? —preguntó de pronto Halby—. ¿Qué hace ese pájaro en tu brazo?

Los ojos de Lerno se humedecieron de pronto, mientras acariciaba las plumas de un ala de la magnífica ave que tenía ante él.

—Es una vieja amiga —dijo Lerno, cuando la lechuza se puso sobre su hombro de un salto, y reinició el paso—. Ya os lo explicaré por el camino.

Sin embargo, el profesor permaneció a su lado.

—Salva a tu hermana. Recupera la piedra. Acaba con la maldición antes de que no quede más tiempo. De ti depende el mundo entero.

Al lector

—Muchos somos los escritores que, aun no siendo conocidos, nos consagramos al noble arte de la escritura con la ilusión del joven aventurero que no sabe si terminará sus días picando piedra o de limosnero entre tullidos del género.

— ¿Y qué propones? —preguntó el ávido lector, posando su mirada en el escritor—. Siquiera has desvelado ni media trama.

—Tal y como están los tiempos sois vosotros, los lectores, el mayor soporte que se pueda hallar. Tu valoración es tan importante como las velas de este viejo barco en el que nos encontramos. Sin ellas, iría a la deriva y no habría tierra alguna que la amparase.

El lector, pensativo, observó el libro que tenía entre sus manos y que le había entretenido durante horas.

—Sea cual fuere tu decisión —rompió entonces el silencio el escritor, ante la indecisión del lector—, sé que obrarás en consecuencia y que tendrás en cuenta el esfuerzo que he puesto en cada letra. ¿Me harás tamaño favor?

Tu reseña del libro hará que viaje lejos, a lugares donde jamás podría imaginar.

Gracias, con el corazón.

Soy un escritor novel. Eso significa, nuevo y desconocido. Alguien que sabe hurgar entre las teclas de un teclado, comete errores ortográficos y blasfema o aburre con cada párrafo. Pero también soy un amante del género fantástico, en concreto de la fantasía oscura vivida desde la perspectiva de los seres sobrenaturales que usualmente mancillan la paz y conforman la parte horrible, fea, cruel y maligna de las novelas épicas. Para mí no son más que criaturas incomprensibles, con una historia, un fondo, un pasado tan brillante como el de cualquier héroe de leyenda.

Si tienes algún interés en seguir esta estela, puedes hacerle junto a mí a través de mi blog “La taberna de Cruce del cuervo” donde podrás ponerte en contacto conmigo y encontrar todas las novedades.

¡Te espero en la taberna!

<https://www.crucedelcuervo.com>